

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA DE BIBLIOTECAS

000

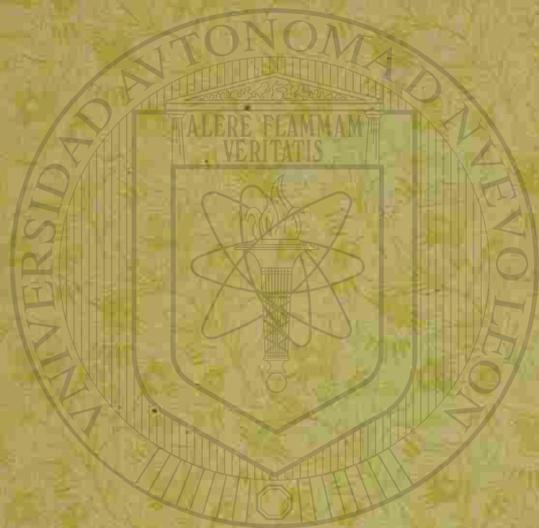
BELOF

LOS
MISTERIOS
MUNDANOS

PC2193
.B7
M58



1020026099

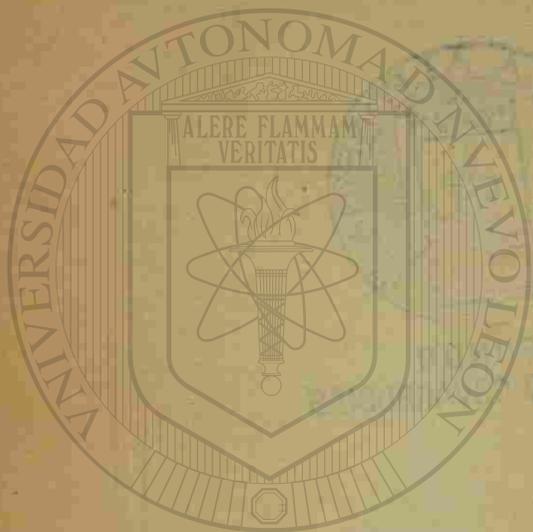


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS MISTERIOS MUNDANOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. N
Núm. Autor B 452/m
Núm. Adm. 29758
Proceder. - 8 -
Precio
Fecha
Clasific. CAS
Catalogó

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

PESETAS

ADOLPHE BELOT	
La Boca de la Sra. X..., un tomo.....	2
Fior de crimen, dos tomos cada uno.....	3
Las Fugitivas de Viena, un tomo.....	2
Reina de Hermosura, un tomo.....	3
La Sultana Parisiense, un tomo.....	2
La Fiebre de lo Desconocido, un tomo.....	2
La Venus Negra, un tomo.....	2
ARTHUR A. MATTHEY	
La Bella Julia, un tomo.....	1,50
La Virgen Viuda, un tomo.....	2
EMILE RICHEBOURG	
La Señora del Velo Negro, un tomo.....	3
Juan Lobo, tres tomos: cada uno.....	1
JULES CLARETIE	
El Tren 17, un tomo.....	2
OCTAVE FEUILLET	
El Diario de una dama, un tomo, <i>tercera edición.</i>	1,50
PONSON DU TERRAIL	
El Diamante del Comendador, un tomo.....	1,50
XAVIER DE MONTÉPIN	
Su Majestad el Dinero, cinco tomos: cada uno..	1,50
Su Alteza el Amor, seis tomos: cada uno.....	1,50
La Hija de Margarita, seis tomos: cada uno....	2,50
Madame de Tréves, un tomo.....	3
El último Duque de Hallali, dos tomos: cada uno.	1,50
Una nueva Bailarina, un tomo.....	2
Simona y Maria, tres tomos: cada uno.....	2
El Proceso de Saint-Maixent, un tomo.....	2
La Condesa de Rahón, un tomo.....	2
La Confesión de un Bohemio, un tomo.....	3
El Vizconde Rafael, un tomo.....	2
La Fatalidad, un tomo.....	1,50
La Venganza del Vizconde, un tomo.....	2,50
El Chalet de las Lilas, un tomo.....	2,50
El Secreto de la Condesa, un tomo.....	2,50
Pivoñe, un tomo.....	1,50
Mignone, un tomo.....	2

EN PREPARACIÓN

El Secreto del Titán, de X. Montépin.

ADOLPHE BELOT

LOS MISTERIOS

MUNDANOS

VERSION ESPAÑOLA

POR

ENRIQUE PASTOR Y BEDOYA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CALLE DE ATOCHA, 65 - MONTERREY, MEXICO

MADRID

TIPOGRAFÍA HISPANO-AMERICANA

65 - Calle de Atocha - 65

1884

29758

098153

813
B

PQ2193
.B7
M58



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS MISTERIOS MUNDANOS

I

Era un día en que debía disputarse el gran premio de cien mil francos en las corridas de caballos que se verificaban en el Bosque de Bolonia; París se acordaba de eso al despertar, y perdonaba al sol que se filtrase con fuerza á través de las persianas, hiciese resplandecer las vidrieras y atravesar las cortinas de los balcones.

A las nueve de la mañana los barrios elegantes se hallaban en movimiento y animados como á mediodía. El arreglo y la limpieza de coches y de caballos estaban casi terminados.

Los cocheros y lacayos preparan sus mejores libreas y disputan sobre el mérito de los caballos que han de correr. En las calles, en los *boulevards*, los coches de alquiler, mejor cuidados que de ordinario, andan al paso en busca de parroquianos dispuestos á olvidarse

de las tarifas y ser excesivamente generosos.

Los que los guían se muestran orgullosos de la importancia de su papel en día tan memorable, y hasta los caballos, como si tuviesen conciencia del reservado á sus compañeros de glorias y fatigas en la pista, marchan engallados y con la cabeza alta, adornados muchos de ellos con una gran rosa.

Por ventanas y balcones van apareciendo tímidamente, una á una, las preciosas inquilinas de los *boulevards* de la Magdalena, Malesherbes y Haussmann. El peinador de muselina bordado, precipitadamente echado sobre los hombros, al entreabrirse, permite admirar blancos hombros, habituados á las luces de las arañas, que se extrañan de verse acariciados por el sol. Los cabellos despeinados se esparcen por las espaldas, ó caídos por delante forman marco alrededor del semblante y caen en desorden sobre el pecho. Deslumbradas por la excesiva intensidad de la luz, soñolientas aún, se llevan una mano á los ojos para moderarla, y dos dedos á sus labios para ahogar algún ligero bostezo; después, con las rodillas vueltas hacia el techo, cimbreando su talle, inclinan la cabeza hacia atrás, y con los ojos medio cerrados, sacando los brazos, los extienden, y levantándolos por cima de la cabeza, los dejan

caer después á lo largo del cuerpo, estirándose de mil diversos modos, dando esos característicos y medio ahogados gritos nerviosos en que el dolor y el placer se hallan mezclados. Han sacudido el entumecimiento de la noche, vencido su torpeza, se han despertado por completo. Al momento que se levantan, miran á la calle: el piso está seco y sin barro; de las aceras suben bocanadas de aire caliente; una brisa ligera balancea las copas de los castaños y de los plátanos. Levantan los ojos al cielo para interrogarle. Promete un buen tiempo; un precioso azul se distingue en él; no cabe la menor duda: ya á hacer un día magnífico. Entonces abandonan precipitadamente la ventana, entran en el tocador, ó en el cuarto de vestirse, dan órdenes á sus doncellas y escriben billetitos perfumados por el estilo de los que, como muestra, damos á continuación:

«Querida amiga:

«El Observatorio astronómico dice que hoy no lloverá. Tú misma puedes convencerte de ello. Te iré á buscar á la una. Ten en cuenta mi exactitud. Mi marido se digna acompañarme; pero, es claro, no por mí, sino por estar al lado tuyo; no le agradezco, por tanto, este favor. Si te incomoda, le haces que vaya en

el pescante. Lo veremos de espaldas; él tendrá la culpa y no podrá quejarse. Yo iré vestida con traje de color gris para que tú puedas llevar el de color rosa, que es el que más te gusta. Mis niños, mis ángeles, duermen aún. Hasta luego.»

«¡Sea: me separo de todas por ti; pero quiero entrar en el *peso* del brazo tuyo. Si te avergüenzas de la que te lo ha sacrificado todo, adiós. Enviame la llave y no vuelvas nunca por ella!»

«Querida baronesa:

»¿Tenéis un sitio en vuestro coche para Mismac, *reporter* del *Figaro*? Hablará mañana de vos en su periódico, y vuestro marido, á quien no tenéis tiempo de escribir, recibirá, en Argelia, noticias de vuestra preciosa salud.»

«Mi querida Adela:

»Deseo hoy tefirme el pelo de color rubio rojizo. Póntele tú negro ó castaño. Sin embargo, si quieres ponerte el mismo color que yo, estás en tu derecho, y no puedo oponerme á

ello; pero avísamelo, para que el peluquero sepa qué color debe ponerme.»

«Adorado mío: *él* ha venido á las tres de la madrugada. Este hombre no respeta nada. ¡Ah, madre mfa! ¡tú has sido la que querías este matrimonio!... Para que no riña, satisfará todos mis caprichos... Le pediré que me lleve á las carreras... Ve temprano. Colócate hacia el sitio de los jueces de llegada. Yo iré tarde. Me quejaré de no estar en buen sitio. Le marearé. Tratará de buscar algún carruaje hospitalario. Tú te harás el enconradizo con él. Le ofrecerás el tuyo; pero como es muy pequeño, subiré yo sola contigo, y pasaremos el día juntos. Estaremos divinamente. Adios, ángel mío. Piensa que eres mi vida. No te olvides del vino de Champagne.»

Las cartas se cambian y cruzan desde el Arco de Triunfo al faubourg Montmartre. Los criados, demandaderos y el telégrafo se hallan en plena actividad. Se pide, se niega, se ofrecen sitios en los coches y en las tribunas. París está agitado, tiene la fiebre del placer.

Mientras las señoras se escriben unas á otras y se entregan á su atavío, los hombres se visten apresuradamente, almuerzan corriendo, y

se dirigen á sus círculos, á hacer su libro. Para la mayor parte de ellos, la pista reemplaza á Baden, Hamburgo y Wiesbaden, de triste memoria. Apuestan en pro ó en contra de los favoritos, como pondrían al encarnado ó al negro, al contra ó al color en el treinta y cuarenta. Se creen *sportmen* y no son más que jugadores.

Las mujeres honradas se disponen también á ir al Bosque. Es la última fiesta parisién de la estación; la que todas esperan para entregarse en cuerpo y alma á la vida del campo; se guardarían mucho de faltar á ella. Soportarán con más facilidad los largos días, bastante monotonos, del verano, si tienen cuidado de llevar para entretener sus soledades una larga serie de recuerdos parisienses. Por eso San Agustín, la Trinidad, la Magdalena, Santa Clotilde y hasta San Sulpicio, verán arrodilladas ante sus altares á esas preciosas devotas, abonadas á la misa de una, que se apresuran hoy á presenciar el sacrificio de Dios para tener tiempo de sacrificar al mundo.

En los barrios comerciales y de la clase media, la influencia del gran premio de París se deja sentir también. Los almacenes, ó no se abren, ó se cierran al mediodía. Se saca de la cochera la jardinera que el día antes servía para llevar las mercancías á las casas; se tie-

ne cuidado de sacudirla bien el polvo y quitar los diversos rótulos destinados á hacer conocer el nombre, las señas y la industria de su propietario; se la dan apariencias de un *char-à-bancs* y de carruaje de paseo, y después de haberla enganchado á algún caballo de fuerza, toda la familia, padre, madre, niños, niñeras y dependientes se amontonan en las banquetas. Parten temprano para tener tiempo de almorzar en el Bosque de Bolonia, las provisiones que se llevan en cestas. A la una, mientras el caballo descansa bajo verdes sombreros, toda la tribu se acerca al hipodromo, y de pie, arriados á la cuerda, tienen el placer de asistir á las carreras sin aflojar la bolsa.

Los que no tienen jardinera y no se permiten el lujo de gastar en un coche de alquiler, se dirigen en grupos de dos y de tres á la estación del Oeste. Desde muy temprano hállase atestada de gente, y los trenes para Suresnes y el Bosque de Bolonia se suceden unos á otros de cuarto en cuarto de hora. En las salas de descanso se chilla, se grita, se canta. Aquí los jugadores están en minoría: para unos las carreras no tienen importancia, son un pretexto para pasar un día de campo, otros no desean más que ser de los primeros en saber, no cuál de los caballos lo ganará, sino si

Francia vencerá á Inglaterra ó será vencida por ella. Sin importarles en todo el año nada de lo que se relaciona con el *sport*, se ocupan de él el día en que se disputa el gran premio de cien mil francos; es la fiesta del orgullo nacional.

En una palabra, las pasiones humanas se hallan en plena actividad, las buenas y las malas: la coquetería, la vanidad, la envidia, la afición al juego y el patriotismo.

A la una todos han partido, todo el mundo está en camino. París no es ya París. Es Versalles antes de la guerra, cuando la política no se había refugiado en él todavía. Un gran silencio ha sucedido al movimiento de la mañana. Las ventanas se hallan cerradas, las persianas corridas, las puertas cocheras entreabiertas. Delante de los cafés del boulevard, los mozos, sentados en las sillas, contemplan con melancolía la ninguna ocupación de su servilleta, que cuelga tristemente de su brazo. En el horizonte no se divisa ningún otro carruaje que algún ómnibus vacío que continúa haciendo su servicio reglamentario. Los caballos trotan sin convicción y el zagal, sentado en la imperial, habla con el mayor, que seguro de no estrellarse contra nadie en aquel desierto, abandona las riendas, y

dejando el sombrero á su lado, va medio echado en su asiento.

En las esquinas de las calles los guardias, sin tener de qué ocuparse, se reúnen para hacerse en voz baja toda clase de confidencias. Además, en ese día no abundan mucho dentro de París, y los ladrones tendrían un buen día si sus ocupaciones no les hiciesen retener todo el día en Longchamps.

En los Campos Eliseos se ve ya renacer la vida. La carretera se ve ocupada tan sólo por algún carruaje retrasado que gana al trote largo el Arco de Triunfo; pero en las avenidas y en las calles de árboles circula inmenso gentío de paseantes á pie que esperan la vuelta de los que han ido á las carreras.

Los esperaremos también nosotros, porque el primer cuadro del drama conmovedor y verdadero que vamos á referir, ocurrió el 12 de Junio de 187... en el momento en que París entero, después de haber hecho novillos, volvía á entrar dentro de sus muros.

II

A eso de las cinco de la tarde comienza el desfile. Durante unos minutos la carretera se cubre de carruajes de todas clases: calesas, landós, *breaks*, victorias, *stages*, *huit-ressorts*, jardineras, ómnibus de familia, *coupés*, coches de alquiler, *dogcars*, *four in hands*. Todos estos vehículos bajan por la avenida de los Campos Eliseos. Al llegar á la plaza de la Concordia dan bruscamente la vuelta para volver á seguir en inverso sentido el camino recorrido. La hora de entrar en París ha sonado; pero nadie se decide á volver á entrar en las calles y en los boulevards tan silenciosos, en las moradas tranquilas de cada cual, á reunirse con los amigos y los parientes á quienes se dejó solitarios en ellas, á separarse de aquella muchedumbre, de aquel movimiento, de aquel inmenso hormiguero. Parece que se le quiere ver de nuevo, se quiere sobre todo ser visto.

El aire libre, el sol, el polvo, el ruido han trastornado á todos; están resueltos á completar su embriaguez.

Bien pronto la carretera se ve ocupada en toda su anchura por siete ú ocho filas de carruajes, divididas en dos corrientes distintas: una que sube, y otra que baja; una que saluda, y otra que es saludada. Es un espectáculo extraño y único. La vuelta de las carreras de Espson es tan sólo lo que podría dar idea de él. Pero como de Londres á Espson la distancia es de diecinueve millas inglesas, la aglomeración es menor en todos los puntos, y no se puede abrazar toda ella en un solo golpe de vista como en París. Además, en Inglaterra todo el mundo toma parte en ellas; todos han hecho su papel en el Derby, todos vuelven de él corriendo, trotando ó al galope. En Francia, por el contrario, al lado de los actores existe la multitud inmensa de espectadores: se compone de los paseantes de que hemos hablado antes, y de las gentes estacionadas, de pie derecho, en el Rond-Point, tendidos en los macizos de musgo, ó sentados en las sillas y butacas colocadas en los paseos. Admiran los lujosos trenes, los caballos de precio, las mujeres hermosas y los trajes riquísimos, ó bien, para consolarse del papel pasivo que les ha tocado desempeñar, se ríen de esos carruajes antediluvianos, de esos caballos tísicos, de nuestras ridiculeces y de nuestras deformida-

des actuales, mezclados en nuestras magnificencias, y que forman parte también del desfile.

Entre esos espectadores, algunos disponen de medios distintos para ir á las carreras, y tenían sitios reservados en las mejores tribunas; pero han preferido presenciar el desfile mejor que tomar parte en él. Para ellos, aquella gente que viene del Bosque son actores en una gran comedia de magia; los que van tendidos en magníficos *huit-ressorts*, en *breucks* y victorias, representan los primeros artistas de la compañía, las estrellas del arte. Los conocen á todos, y al pasar, los saludan con la mano. Los otros les recuerdan los comparasas, las figurantas, los individuos sin importancia y sin papel encargados de hacer número y completar el espectáculo. La comedia iba á empezar; á las cinco se levanta el telón, y ellos habían ido desde las tres á ocupar sus asientos, sus butacas de orquesta. Hélos allí, al lado derecho de la avenida, frente al Palacio de la Industria, sentados en la primera fila de sillas, armados de sus gemelos de teatro, dispuestos á observar el horizonte femenino.

Los que les rodean comprenden que han tenido la suerte de encontrarse con verdade-

ros parisienses que se hallan al corriente de todo y conocen á todos, de antiguos vividores retirados, ó gentes inteligentes á quienes les gusta vivir de la vida de los demás. Así es que se les rodea por todas partes, para no perder ninguno de sus gestos, ni la más insignificante de sus palabras. Van á servirles de *cicerone* y de programa, á saber los nombres de los personajes que salen á escena, y á levantar la máscara de ciertas célebres mujeres de mundo. Gracias á ellos, entre aquella masa confusa que va, viene, se agita y gruñe, y donde no se puede distinguir nada, surgirán repentinamente individuos y personalidades. Aquella multitud no era más que un cuerpo informe; bien pronto tendrá un alma.

Uno de esos grupos de filósofos y de espectadores instruidos, llama más que otros la atención, y se atrae el favor del público. En él se ven dos sujetos, á quien *todo París* conoce, cuando menos de vista, y dos mujeres elegantes y hermosas, pero que no deben pertenecer al verdadero *gran mundo*, porque sus acompañantes parece como que temen ser vistos en compañía de ellas, y vuelven la cara cuando algún coche ocupado por personas serias pasa por junto á ellos.

Uno de dichos individuos es alto, moreno,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, N.M.

bastante fuerte. Tiene la apariencia de virilidad, si no tuviese verdadero empeño en afe minarse. Pasa por ser el hombre más perfumado de París, y ha merecido que le pongan por mote el bello Guerlain. Es él quien, sin escuchar las protestas de su naciente obesidad, no temió inventar el chaleco de baile de un solo botón, ni hacer revivir los bolsillos al costado en los pantalones, de donde sale un pañuelo con viñetas. Habla con un extremo de los labios como los *merveilleux* del Directorio; tiene aire descuidado, gestos de exquisita originalidad; cuando anda, una parte de su cuerpo rueda, se contonea y tiembla. Hace la corte á todas las mujeres y llegaría á comprometerlas si no se supiese que es inofensivo. Es también el Saint-Simón de nuestra época, pero un Saint-Simón que va de casa en casa, conoce todas las noticias, los nombres, los escándalos, chismea, charla, desatina una hora, un mes y un año seguido, según los que le escuchan.

Sin embargo, Guerlain es ingenioso, instruido, buen músico, razona con inteligencia entre íntimos sobre cuestiones del arte, y tiene á veces hasta corazón. Sus defectos son superficiales; ahondando un poco se descubren cualidades reales, pero nadie siente el deseo de

hacer ese análisis y se le juzga por lo que se ve y por lo que se siente.

Su compañero no se parece á él en nada. Es modesto en su lenguaje y sencillo en sus maneras. Acaso esa sencillez sea exagerada, es ya hasta negligente, y sus sombreros, de forma antigua, echados sobre su frente, se han hecho legendarios. Levantad el sombrero y veréis una hermosa cabeza de veinticinco años, un semblante de una palidez mate, cabellos negros, ensortijados y de longitud desmesurada, una nariz clásica, grandes ojos y boca animada por una dulce sonrisa. Es el príncipe G... un ruso, que en lo físico se parece á un oriental, un habitante de las orillas del Neva, más parisién que un ribereño del Sena; un bibliófilo y un erudito sin saberlo, y sobre todo, sin decirlo.

Enriqueta D... que se halla sentada al lado del príncipe, no ha ido á las carreras por capricho, por extravagancia, porque todo el mundo va allí, y para no echar á perder en aquel burdel su tren, que sabe guiar con tanta gracia. Apenas tiene veinticinco años, y sin haber hecho esas conquistas que meten ruido, sin haber arruinado á ninguno, ha conquistado entre la gente alegre, por su belleza, su juventud y su originalidad, uno de los primeros

puestos reservados en general á las mujeres al empezar á desengañarse, ó más bien, al estarlo ya. Según dicen, y ella lo asegura, quedó su corazón herido al principio de su vida, y se entregó á los placeres y á las aventuras amorosas para ahogar sus penas. Y las sabe manejar muy bien llevando á las cenas de la Maison d'Or un tinte de tristeza, que se toma muchas veces por rasgos de talento. Hace papeles con inteligencia, pero de un modo tan desigual, que no puede ser clasificada entre las primeras actrices dramáticas, sin embargo de que entre ellas pudiera ocupar un lugar distinguido. Mientras llega la ocasión de ser el encanto del público, hace la dicha de sus amigos, que son numerosos, y no la dejan ningún rato desocupado.

Blanca, á quien la casualidad le ha dado hoy por compañera, como otra vez las reunió ya en un escenario dramático, es conocida por sus amigas con el nombre de la *Bella tonta*: la primera parte de este mote es el único que merece: tiene una hermosa cabeza, colocada en un cuerpo vigoroso, alto y elegante. Para justificar la segunda, se atribuyen á Blanca ciertas ignorancias demasiado absolutas.

—Sois un verdadero modelo Watteau—la dijo un día un artista.

—¿Watteau? ¿qué quiere decir eso?

—Fué un pintor.

—Es posible que me conozca, pero yo á él no—respondió Blanca.

Días pasados, X... que la acusaba de infidelidad, la preguntó bruscamente:

—¿Qué hacías ayer á media noche?

—¡No es verdad! ¡no era yo!—exclamó.

Al rededor de esas cuatro personas se agrupan una veintena de curiosos, ávidos de escucharles. Se parecen á la generalidad de los mortales y no exigen ningún análisis especial. Son, en su mayoría, comerciantes al por menor; no han querido gastar en un coche de alquiler, y se contentan con ver los carruajes ajenos, como aquel que el día que quería dar un premio á su hijo, le llevaba al café Tortoni á que viese cómo tomaban helados los concurrentes. Si oyen con atención á Enriqueta y á Blanca, las miran también con un embeleso que, si se apercibiesen sus mujeres, se lo habrían de echar en cara cuando se hallasen á solas. Estas también echan ojeadas furtivas sobre nuestras dos actrices, pero más bien dirigidas á sus trajes que á sus rostros; critican ó se burlan, dando valor á cada una de las prendas que llevan, exhalando suspiros de envidia.

Cerca de este grupo, y como perdido enme-

dio de él, sólo una mujer, joven, de unos veinticinco años, merece particular interés por su distinción y su belleza. Está destinada á desempeñar un importante papel en esta historia, y debemos detenernos un instante en ella. El lector tendrá que seguirnos, y se verá obligado á detenerse también. En el curso de nuestra narración, muchos tipos femeninos pasarán ante su vista: ninguno, de seguro, le será tan simpático como éste.

III

Está vestida con suma sencillez, pero con exquisito gusto; su rostro se distingue por la pureza de sus líneas y la armonía de sus contornos. La frente es espaciosa, la nariz delicadamente acabada; los ojos, de un azul claro, son notables por su expresión, y sus cabellos, color rubio claro, son abundantes. La boca sonríe graciosamente y deja entrever preciosos dientes de resplandeciente blancura. El talle redondo, elegante y fino, podría creerse que

pertenece á una joven soltera, si el busto, bastante pronunciado, las caderas desarrolladas y sobre todo su apostura, no indicasen claramente la mujer casada. Guantes de Suecia dibujan una mano pequeña, de dedos delgados y finos. El pie es aristocrático y bien calzado. En una palabra, el conjunto y los detalles son encantadores. Pero lo que más seduce en ella es, por decirlo así, un perfume de honestidad que se desprende de tan envidiable joven y se esparce al rededor suyo.

Tiene á su lado una niña de tres años y medio, adorable criatura, cuyos rasgos fisonómicos parecen calcados en los suyos. Encuéntrase en ésta la misma mirada dulce y algo triste, la misma graciosa sonrisa. Los cabellos, que caen sobre sus hombros redondos y blancos, medio descubiertos, son de un tinte más suave que los de la madre, y la nariz conserva aún esa forma indecisa particular á los niños. Los brazos desnudos son maravillas de arte. El traje, sin colores llamativos, sin pretender causar efecto, está muy cuidado, con detalles y refinamientos de coquetería que sólo una madre sabe inventar para hacer aún más hermosa á una hija adorada.

La niña, subida en una de las butacas de hierro del paseo, se apoya en su respaldo, del

dio de él, sólo una mujer, joven, de unos veinticinco años, merece particular interés por su distinción y su belleza. Está destinada á desempeñar un importante papel en esta historia, y debemos detenernos un instante en ella. El lector tendrá que seguirnos, y se verá obligado á detenerse también. En el curso de nuestra narración, muchos tipos femeninos pasarán ante su vista: ninguno, de seguro, le será tan simpático como éste.

III

Está vestida con suma sencillez, pero con exquisito gusto; su rostro se distingue por la pureza de sus líneas y la armonía de sus contornos. La frente es espaciosa, la nariz delicadamente acabada; los ojos, de un azul claro, son notables por su expresión, y sus cabellos, color rubio claro, son abundantes. La boca sonríe graciosamente y deja entrever preciosos dientes de resplandeciente blancura. El talle redondo, elegante y fino, podría creerse que

pertenece á una joven soltera, si el busto, bastante pronunciado, las caderas desarrolladas y sobre todo su apostura, no indicasen claramente la mujer casada. Guantes de Suecia dibujan una mano pequeña, de dedos delgados y finos. El pie es aristocrático y bien calzado. En una palabra, el conjunto y los detalles son encantadores. Pero lo que más seduce en ella es, por decirlo así, un perfume de honestidad que se desprende de tan envidiable joven y se esparce al rededor suyo.

Tiene á su lado una niña de tres años y medio, adorable criatura, cuyos rasgos fisonómicos parecen calcados en los suyos. Encuéntrase en ésta la misma mirada dulce y algo triste, la misma graciosa sonrisa. Los cabellos, que caen sobre sus hombros redondos y blancos, medio descubiertos, son de un tinte más suave que los de la madre, y la nariz conserva aún esa forma indecisa particular á los niños. Los brazos desnudos son maravillas de arte. El traje, sin colores llamativos, sin pretender causar efecto, está muy cuidado, con detalles y refinamientos de coquetería que sólo una madre sabe inventar para hacer aún más hermosa á una hija adorada.

La niña, subida en una de las butacas de hierro del paseo, se apoya en su respaldo, del

cual apenas sobresale su cabeza, y la madre, en pie, detrás de ella, la tiene cogida por debajo de los brazos, para poderla levantar un momento, cuando quiere hacerla ver algún objeto. En la primera fila de sillas parecen ocuparse solamente de los caballos y de los carruajes; pero si la niña no los pierde de vista, la madre no se distrae más que con su niña, inclinándose continuamente para hablarla, sonreírse con ella y besarla. En aquella muchedumbre sin fisonomía propia, aquella mujer encantadora y aquella preciosa niña detienen la vista contemplando tan gracioso grupo.

Una persona, entre los paseantes, parece observarle atentamente. Es una mujer pequeña, delgada, seca, angulosa. Lleva un vestido ancho, de forma antigua, evidentemente destinado á disimular su talle y hacer que no se pueda conocer su edad. Un velo de gasa, muy espeso, de color castaña, puesto en moda por las inglesas, cubre su rostro, arrollándose por detrás de la cabeza, y no contento con ocultar los rasgos de su fisonomía, no permite adivinar el tinte y el matiz de los cabellos. Sin embargo, la mirada es tan brillante, tan metálica, por decirlo así, que parece atravesar el velo, y siguiéndola con atención, podría vérsela fija ávidamente sobre la madre y la hija.

¿A qué sentimiento obedecía? ¿Era admiración, envidia ú odio? Si la dominase la primera, no temería ser descubierta, no se ocultaría con tanto cuidado. No se la vería llevar con tanta frecuencia la mano al velo para impedir que se entreabriese y se ensanchasen sus pliegues; no se la ocurriría echarse hacia atrás cuando la joven se volvía hacia donde ella estaba; y sin perderla de vista, no trataría de ocultarse entre los que la rodeaban, á fin de no ser notada y no dejar que sospechasen su presencia entre la multitud.

No solamente se halla bajo el influjo de algún mal pensamiento, sino que debe acariciar algún sombrío proyecto. En dos ocasiones distintas en que se han producido en el paseo uno de esos incidentes que ponen en conmoción á los paseantes, atrayendo su atención y haciéndosela refluir á un solo punto, abandonó su sitio y se aproximó á la madre y á la niña. Cualquiera que se hubiese dedicado á observar á aquella mujer, la hubiese comparado á un ave de rapiña balanceándose en el aire, pronta á caer, en el momento oportuno, sobre su víctima.

Pero, ya lo hemos dicho: nadie entre aquella muchedumbre pensaba en ocuparse ni de la niña que estaba en brazos de su madre, ni

de aquella mujer oculta bajo el velo, que parecía espiarla. Los curiosos reunidos en el ángulo de la avenida Marigny y de los Campos Eliseos, no tenían miradas más que para el desfile de carruajes, y prestaban oído tan sólo á las conversaciones sostenidas en el grupo de las cuatro personas de que hemos hablado.

Las conversaciones eran sostenidas en alta voz por Enriqueta y sus compañeros, sin ocuparse en lo más mínimo de la gente que les rodeaba, y como si, en vez de estar al aire libre, cercados de desconocidos, estuviesen sentados tranquilamente en un gabinete del café Inglés. Muchos parisienses aparentan no preocuparse de las personas extrañas á su sociedad. Continúan discutiendo, hablando, preguntando y respondiéndose, sin ocuparse de las expresiones malsonantes que puedan escapárseles, y sin dignarse bajar el tono de la voz para ponerse á cubierto de oídos indiscretos. En cuanto á sus acciones, se muestran poco reservados, y no se ocupan jamás del asombro que causan ni de los ligeros rumores que á su lado se elevan. Aquella muchedumbre lleva otros vestidos distintos á los suyos, otras costumbres, otro lenguaje, y es como si para ellos no existiese. Nos hacen recordar aquellas damas romanas de la antigüedad,

que no temían meterse en el baño delante de sus esclavos, sin distinción de sexos, con el pretexto de que un esclavo no era un hombre.

Pero si los individuos que se hallaban cerca de aquellas señoras y caballeros no pierden una palabra de su conversación, en cambio les sucede que no entienden muchas de ellas. Esa es otra propiedad inherente á ellos. Muchos parisienses hablan una lengua que les es propia, llena de reticencias, de neologismos y de equívocos, perfectamente comprendida en la Magdalena, en el *faubourg* Montmartre, en muchos barrios de Viena, de Londres, de San Petersburgo; pero es una lengua muerta para muchos habitantes de París. Es preciso haber vivido cierta existencia, estar iniciado en los secretos de diversos cultos para sorprender los matices y las finuras de esas conversaciones medio extranjeras, en las que las sombras que las oscurecen las prestan gran atractivo y las dan el encanto de lo misterioso y de lo desconocido.

—Príncipe—decía en alta voz Enriqueta,—mirad allá abajo una de esas dos Carolinas que pasan en sus landós de cinco luces.

—Ya la veo—respondió el príncipe,—siempre está tan majestitosa.

—¿Sabéis con qué mote la llamaban ayer en una comida?

—No puedo adivinarlo.

—Pues, la ciudad de Strasbourg.

—¿Por qué?

—Porque se parece á la estatua de la plaza de la Concordia. La misma estatura, la misma regularidad en sus facciones, la misma majestad, como decís ahora.

—Basta ya—dijo Blanca, que fué la única que comprendió aquel juego de palabras.

—No tal—exclamó el bello Guerlain,—el retrato sería incompleto si no añadieseis que tiene un acento alsaciano de los más pronunciados. Aún me parece oírle decir á mi oído estas palabras melodiosas, que le son muy familiares, porque le gusta mucho la oscuridad: «Apaga la bujía.»

Nadie escuchaba ya á Guerlain. La atención de todos se había dirigido sobre una mujer de pequeña estatura, en traje de rigoroso luto, rubia y muy bonita, medio oculta en un *coupe* de color oscuro, sentada al lado de una señora venerable. Blanca acababa de decir su nombre, y todos recordaron haberla aplaudido el año anterior en uno de los teatros de París.

—Es—añadió—la hermana de X... esa actriz tan bonita, á quien sus enemigos no ponen más defecto que su excesiva delgadez, porque no pueden echarla en cara otra cosa.

—No se conmueve por nada—respondió Enriqueta,—es la primera en burlarse de sí misma. «Soy tan delgada, decía en el escenario de su teatro, que puede llover á torrentes sin que me moje; me escurro entre las gotas de agua.»

Se oyeron algunas carcajadas, el público había oído las frases de Enriqueta.

De nuevo pasó un *luit ressorts* y dijo el príncipe:

—Mirad qué bien le guía. ¡Por vida del... la que le ocupá es muy conocida por su elegancia y por su lujo. ¿Habéis visto su hotel de la avenida Friendland? Es una maravilla. El tocador está adornado de encajes y tiene una pila de plata para bañarse, magnífica, que dan deseos...

—¿De bañarse en ella?

—No, de quitársela.

Dos jovencitas que estaban cerca oyeron la frase y se dieron con el codo.

—Has oído—dijo una de ellas.—¡Plata y encajes! ¿Será posible?

—Ya lo creo, hay muchas mujeres que los tendrán como esa, pero no son dignas de envidia.

—¡Quién sabel—murmuró su compañera, pensativa.

IV

Continuaban haciéndose observaciones en el grupo compuesto del príncipe de Guerlain, de Enriqueta y de Blanca, y los que le rodeaban estrechaban el círculo que alrededor suyo hacían para no perder ni una sola de sus palabras.

La joven cuyo retrato hemos delineado en el capítulo anterior, dedicada por completo á su hija, no prestaba á aquellas conversaciones una gran atención, y la que se ocultaba bajo el velo, perdida entre la muchedumbre, tenía siempre fijos anhelosamente los ojos sobre la madre y la niña, sin que hubiese nada que la hiciese arrancar del espionaje que parecía haberse impuesto.

—¿Ves esa que pasa, del teatro del Palais Royal?—preguntó Enriqueta.

—¿Por dónde?

—Allá lejos, aquella joven pequeña y tan bien formada.

—No tiene nada de particular que lo sea, es un deber suyo; ha servido de modelo á los pintores. Pero después...

—¡Chist!—dijo vivamente el príncipe,—que es amiga mía, y no quiero que habléis mal de ella.

—¡Oh! una amazona va en ese grupo!—exclamó Blanca.—¡Calla, si es D...! Por qué diablos montará hoy á caballo.

—Por coquetería, querida,—respondió Guerlain.—Si su cabeza recuerda los mejores retratos de Greuze, su cuerpo deja mucho que desear. Tiene unos cuantos kilómetros de largo, y gracias á los pliegues de la amazona, puede disimular su longitud.

—Quien había de pensar que iba á estar de moda por causa de un gato! Sí, señores, un gato que supo dar á tiempo, cuando sitiaron á París los prusianos, al hijo de uno de nuestros más importantes comerciantes de diamantes. El joven puso el gato en el asador, y un magnífico cuarto á D...

Apenas concluyó Enriqueta esta anécdota, exclamó el príncipe:

—Os anuncio tres carruajes con otras tantas mujeres conocidas: A... la condesa Z... y la baronesa de X...

—¡Oh!—replicó con viveza Guerlain, con

su aire pretencioso;—no hablemos de clichés viejos.

—¿Qué entendéis vos por clichés viejos?

—Las mujeres de mundo cuyo nombre se encuentra en los periódicos al día siguiente de las grandes solemnidades. Hace veinte años que duran. Se las ha nombrado y se las nombrará bajo toda clase de instituciones políticas. Nuestros *reporters* tienen el trabajo hecho con relación á esas damas. Han estado, están y estarán en todas las festividades parisienses, como bailes, corridas de caballos y representaciones extraordinarias. Pueden, sin temor de engañarse, y sin salir de las redacciones, estar seguros de haberlas visto en la primera representación de una obra de Emilio Augier, para marcharse en seguida al baile de la Embajada Otomana. Se cuentan una docena de ellas, cuyo nombre está escrito en las formas de todas las imprentas, y que se citan á diestro y siniestro en los artículos de la *high life*.

—Pero no tienen esas desgraciadas culpa de ello—dijo Enriqueta;—de seguro que no serán ellas quienes pidan servir de pasto á la murmuración general.

—Al contrario—replicó Guerlain,—son ellas casi siempre las que lo piden, ó hacen

indirectamente comprender que les agradaría mucho ser citadas. ¿No han tenido tiempo da protestar contra ese anuncio diario si no no las gustase?

—No serían oídas tal vez.

—No tal, si por descuido ocurre que un periódico se ocupe de una mujer enemiga del ruido y del reclamo, pero á quien gustan las distracciones honestas y lícitas, sin que de ello se entere el universo entero, y sin que sea preciso que suene su nombre y el de sus hijos en todas partes, una observación basta para que se calle en lo sucesivo el periódico; estad seguras de ello, no se pasa, si no se quiere, á ese estado de clichés viejos que antes decía.

Mientras que el príncipe, por educación, escuchaba las disertaciones de Guerlain, las dos mujeres continuaron ocupadas en ver el desfile de carruajes.

—Mira—decía Blanca—la italiana cuyo nombre no sabré pronunciar nunca.

—Y es muy bonito—respondió Enriqueta,—respira alegría.

—Su *huit resorts* nuevo es magnífico.

—Sí, pero no impide que no deje de acordarse de su duque.

—¡Calla! la bella D... la reina de las comedias de magia, ha vuelto de nuevo á darse á

luz. ¡Que atalaje! Y el carruaje es soberbio. ¿Dónde habrá encontrado todo eso?

—En Rusia, querida; abandonó durante un invierno su vida parisién por San Petersburgo, y eso es lo que ha dado de sí ese cambio.

—¿Qué traje tan sencillo lleva!

—Tendrá miedo de arruinarse—replicó el príncipe, que se mezcló en la conversación,— está tan bien hecha, que con nada que viste... Es de esas de quienes se ha dicho «Podría vestirse con un bramante.»

—¡Atención! —dijo repentinamente Guérlain—¡Presenten armas! Ya pasa la antigua guardia.

—¿Por qué dices la antigua guardia?—observó Enriqueta.—Me parece que la guardia muere, pero no se rinde. Y esas señoras, por el contrario, no mueren, pero se rinden.

—¡Bravo, Enriqueta, bravo!—exclamaron todos.

—Señores, mi memoria será lo único que merezca esos plácemes, pero tengo la indiscreción de tomarlos para mí, y por agradecimiento es voy á contar una anécdota reciente sobre la antigua guardia.

—Te escuchamos, y no se te interrumpirá.

—Alicia, la morena esa que ha dado nombre á una pasta, disputaba ayer con la dama

de las esmeraldas; habían ya cambiado varios insultos, cuando Alicia, parándose de repente, dijo: «Perdón, señora, retiro las palabras que puedan ofenderos, y os pido mil perdones. No había conocido nunca á mi madre, y me parece que debéis ser vos.»

—¡Bah!—exclamó el príncipe,—no comprendo esa manía de las mujeres, de tramar riña en cuanto se trata de su edad. A ciertas gentes sencillas las convencen de que acaban de salir del cascarón. La joven D... está en las mejores relaciones con A... y, preguntándola el número exacto de inviernos de esa antiquísima beldad, respondió: «Ella confiesa que tiene cuarenta, pero, según mis cálculos, no puede tener más de treinta años.»

Esta fineza llegó á los oídos de aquella joven mamá de que nos hemos ocupado varios veces. No pudo por menos de sonreirse. En cuanto á los demás que les rodeaban, cada vez prestaron mayor atención á aquellas conversaciones. Uno de ellos había sacado una cartera del bolsillo y tomaba notas para repetir por la noche, cuando estuviese en familia, las frases que escuchaba. Las dos jóvenes de la clase media de que también hemos hablado antes, parecían escandalizarse: se ponían coloradas, volvían la cabeza, levantaban los hom-

bros en señal de desdén, pero no daban un paso para alejarse de allí.

—¿Quién es aquella que pasa en esa victoria?—decía Guerlain.

—Es—respondió el príncipe—una persona muy amable, que se hace recomendar por su gracia y su belleza á vuestra clemencia, á pesar de la mala fama que tiene.

Guerlain no insistió más; acababa de dar, de un modo indirecto, el nombre de bautismo y el apellido de la mujer de que se trataba; pero la gente que estaba alrededor no tenía la clave de aquella frase, y se quedaron medio atontados.

—Esa Luisa M... tiene una bonita cabeza—exclamó Blanca.

—Encantadora, pero qué estatural! Es tan alta, que se ve obligada á inclinarse cuando tiene uno que hablarla al oído.

—¿Sabéis lo que la pasó con D... el oficial de dragones?

—No.

—Pues oídlo. Le engañó con uno de sus mejores amigos D... supo esta infidelidad, y la hizo terribles amenazas. «¿Qué quieres—respondió Luisa,—no podía negarle nada, te quería tanto!»

Esta última anécdota de Guerlain no pro-

dujo ningún efecto. No se le escuchaba la atención de sus compañeros y la de todos los que les cercaban, se había dirigido repentinamente hacia la carretera.

Hacia un instante que en un claro que se había hecho entre los coches, un *breack*, tirado por cuatro caballos, había podido romper la fila y lanzarse al trote en el pequeño espacio que había quedado libre. Pero apenas había recorrido unos cincuenta metros escasos, tuvo que volverse á poner de nuevo al paso; los demás carruajes se habían unido de nuevo y le impedían continuar corriendo. Los caballos, detenidos bruscamente, se encabritaron y, asustados, se echaron á derecha é izquierda. Una victoria, para evitar el choque con el *breack*, hizo un torpe movimiento y se enganchó en las ruedas de otro coche. La lanza de una carretela se introdujo en la caja de un *coupe*, ocurriendo muchos accidentes.

Los testigos presenciales de aquel conflicto se lanzaron hacia los coches para prestar su ayuda. Los paseantes que no se apercibieron de nada, veían á muchas personas dirigirse hacia un mismo punto, las siguieron por curiosidad, y sobre todo, por ese espíritu de imitación exclusivo de todas las muchedumbres. De ahí resultó un desorden inmenso, una con-

fusión extremada: las sillas fueron invadidas durante cinco minutos; se empujaba, se atropellaba, se aplastaban. Poco á poco, sin embargo, se restableció la calma, acudieron los guardias hicieron colocar, arrimados á las aceras los carruajes víctimas del accidente, obligaron á los demás á ponerse en marcha, y los curiosos, satisfechos ya, empezaron de nuevo su paseo.

Pero entonces, en la esquina de los Campos Eliseos y de la avenida Marigny, en el centro del grupo de que más especialmente nos hemos ocupado hasta ahora, se oyó resonar un grito terrible, al que siguieron inmediatamente estas palabras:

— ¡Mi hijal ¡mi hijal ¡me han robado mi hija!

V

Ciertos gritos tienen el privilegio de sacar á los más indiferentes de su egoismo natural. Sucédeles que en medio de la noche oyen las voces de ¡ladrones! y apenas si por curiosidad abren las ventanas para mirar á la calle.

Porque ¿qué riesgo corren? La casa está cerrada, los cerrojos echados. Al día siguiente habrá tiempo de preguntar el nombre del robado y de compadecersele su suerte. Pero si son despertados por el grito de ¡fuego! ¡fuego! al momento se visten apresuradamente, salen de su habitación, llaman á la puerta del vecino y no se acuestan hasta después de haber ayudado á extinguir el incendio. Esta última voz de alerta les interesa directamente: siéntense expuestos á un peligro; sus intereses, su vida acaso se hallan amenazados.

Lo mismo sucede con ciertas quejas, con ciertas voces de auxilio desesperadas; despiertan á los tímidos y conmueven á los más valientes. No hay nadie que pueda permanecer insensible á las quejas de una madre que pide á su hijo arrancado de sus brazos, y que, hacía poco, cubría de besos. La otra madre, que sentada cerca de ella, tiene la dicha de estrechar sobre su corazón á su pequeñuelo, al abrigo de todo peligro, no se conmueve menos con las lágrimas que ve correr; ¿no tendrá que verterlas algún día por un motivo análogo? ¿Todas las madres no se hallan expuestas á las mismas alarmas, á los mismos infortunios? Aquel gran dolor la hiere también y llora, no por la suerte de una extraña, sino por los

fusión extremada: las sillas fueron invadidas durante cinco minutos; se empujaba, se atropellaba, se aplastaban. Poco á poco, sin embargo, se restableció la calma, acudieron los guardias hicieron colocar, arrimados á las aceras los carruajes víctimas del accidente, obligaron á los demás á ponerse en marcha, y los curiosos, satisfechos ya, empezaron de nuevo su paseo.

Pero entonces, en la esquina de los Campos Eliseos y de la avenida Marigny, en el centro del grupo de que más especialmente nos hemos ocupado hasta ahora, se oyó resonar un grito terrible, al que siguieron inmediatamente estas palabras:

— ¡Mi hijal ¡mi hijal ¡me han robado mi hija!

V

Ciertos gritos tienen el privilegio de sacar á los más indiferentes de su egoísmo natural. Sucédeles que en medio de la noche oyen las voces de ¡ladrones! y apenas si por curiosidad abren las ventanas para mirar á la calle.

Porque ¿qué riesgo corren? La casa está cerrada, los cerrojos echados. Al día siguiente habrá tiempo de preguntar el nombre del robado y de compadecersele su suerte. Pero si son despertados por el grito de ¡fuego! ¡fuego! al momento se visten apresuradamente, salen de su habitación, llaman á la puerta del vecino y no se acuestan hasta después de haber ayudado á extinguir el incendio. Esta última voz de alerta les interesa directamente: siéntense expuestos á un peligro; sus intereses, su vida acaso se hallan amenazados.

Lo mismo sucede con ciertas quejas, con ciertas voces de auxilio desesperadas; despiertan á los tímidos y conmueven á los más valientes. No hay nadie que pueda permanecer insensible á las quejas de una madre que pide á su hijo arrancado de sus brazos, y que, hacía poco, cubría de besos. La otra madre, que sentada cerca de ella, tiene la dicha de estrechar sobre su corazón á su pequeñuelo, al abrigo de todo peligro, no se conmueve menos con las lágrimas que ve correr; ¿no tendrá que verterlas algún día por un motivo análogo? ¿Todas las madres no se hallan expuestas á las mismas alarmas, á los mismos infortunios? Aquel gran dolor la hiere también y llora, no por la suerte de una extraña, sino por los

peligros que corren los suyos en último resultado; ¿hay precisión de tener hijos para compartir los sufrimientos maternos? Se comprenden, se adivinan, se sienten por instinto. El amor a la familia es innato en el hombre, y aun cuando se esté privado de la inefable dicha de ser padre, no se conserva menos en el fondo del corazón, y á pesar de una aparente indiferencia, una especie de culto por esas pequeñas criaturas que le recuerdan á uno lo que ha sido, le rejuvenece y le hace vivir en el pasado.

Por eso todos los que oyeron las palabras: «¡Mi hija! ¡mi hija! ¡Me han robado mi hija!» se volvieron conmovidos y buscaron entre la muchedumbre á aquella que pedía auxilio con tanta desesperación.

Era la joven cuyo retrato hemos bosquejado al principiar este relato.

Después de haber lanzado el grito que había herido el corazón de todos los que la rodeaban, se subió en la silla donde estaba su hija unos minutos antes, y sola ahora, dirigía alrededor miradas extraviadas.

Avanzaron dos personas, la cogieron la mano y trataron de hacerla bajar para interrogarla. Ella se resistía defendiéndose.

Le parecía sin duda que desde aquel sitio,

que dominaba á la multitud, percibiría más pronto á su hija, sabría de qué lado debería dirigirse para reunirse á ella y prestarla su auxilio; pero otras personas habían tenido la misma idea que ella, y subidas también en las sillas, miraban por todas partes.

No la pudo ver; entonces se bajó y se mantuvo en pie.

Estaba horriblemente pálida, apenas podía sostenerse; un temblor nervioso agitaba sus manos y sus rodillas flaqueaban.

—Señora, señora—la decían,—valor. Vuestra hija no puede haberse perdido, de seguro que la encontraréis. Recordad lo que haya pasado, dadnos detalles y os ayudaremos á buscarla.

Pero la joven parecía no comprender lo que se decía á su lado, y miraba en línea recta por entre la muchedumbre.

Entonces, alguien exclamó:

—¿Para qué interrogarla? Sus primeras palabras nos lo han hecho saber todo: su hija, ó se ha perdido, ó se la han quitado: busquémosla, y que se esté la madre aquí, en este mismo sitio, hasta que volvamos.

—Tiene razón—dijeron.

Diez personas se dirigieron al momento en todas direcciones: unos corrieron hacia el Rond-

29758

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTURREY, MEXICO

Point, otras bajaron por los Campos Eliseos; muchas, sin alejarse demasiado, recorrieron los alrededores del sitio de la ocurrencia, penetrando en los diversos grupos que allí había.

Al mismo tiempo, la joven prestó ya más atención á los que la rodeaban. Los miraba y parecía comprender la necesidad de responder á las preguntas que la dirigían.

Pero no podía hablar aún.

Trató, sin embargo, de hacerlo: sus dientes chocaban entre sí; ningún sonido salía de su garganta, nerviosamente contraída.

Por fin, en fuerza de su voluntad enérgica, articuló algunas palabras. Su voz, confusa al principio, se fué haciendo cada vez más distinta. Sus palabras eran breves, sus frases entrecortadas, pero se podían entender.

—Yo estaba allí, hacía una hora... sola con mi hija, mi pequeña Luisa... mirábamos pasar los carruajes... Yo la tenía en brazos... ella se entretenía mucho... ¡Ah, cuán feliz era yo!... Pero no es eso lo que debo deciros... son sus señas lo que necesitáis... Tiene tres años y medio... pero es muy fuerte para su edad... parece que tiene más de cuatro años. Lleva un vestido blanco, bordado... se llama Luisa... ¡Ah, creo que ya lo he dicho todo... no, perdonadme, olvido algo!

Y se detuvo para tomar aliento.

Muchas mujeres lloraban junto á ella. Los hombres, poco impresionables de ordinario, enjugaban furtivamente una lágrima.

Ella no lloraba.

Al rededor de aquella madre desolada, de aquellas personas conmovidas, los paseantes continuaban discurrendo alegremente, sin ocuparse del drama que ocurría tan cerca de ellos. Se saludaban, se sonreían, se cambiaban frases alegres. Los vendedores ambulantes hacían oír sus voces pregonando las mercancías; los caballos del tío Vivo, cargados de niños, daban vueltas al compás del tambor; las cabras, uncidas á cochecillos liliputienses, sacudían sus cascabeles, y la orquesta del teatro Guignol anunciaba á los niños que se iba á levantar el telón.

Continuó del modo siguiente:

—Había olvidado deciros que lleva una banda azul alrededor del talle y un gran lazo detrás. Sus cabellos forman bucles y caen sobre sus hombros; es rubia, muy rubia... ¡Ah, sus pies están calzados con botinas blancas... no azules... como la bandal... Iba á ponerla unas blancas, pero no la sentaban bien, y la puse las azules... Señores, por favor, en vez de estar aquí, buscadla, os lo ruego; yo no

puedo... me es imposible... Si volviere... Pero si no podría andar... si mis piernas se doblan... ¡Ah, me siento morir!

Sus fuerzas la hicieron traición. Viéronse obligados á sostenerla y á sentarla en un sillón. Pero, siguiendo sus indicaciones, otras personas se habían separado del grupo, poniéndose en busca de la niña.

Al rededor de la desconocida, se empujaba, codeándose y casi asfixiándose, la muchedumbre. Los curiosos se sucedían unos á otros, tratando de ver ó de oír algo y, cuando no podían conseguirlo, preguntaban á los que estaban cerca de ellos, casi siempre tan mal enterados del suceso como ellos mismos. Otros se subían á las sillas. Una niña gritó: «Papá, yo quiero verlo.»

El padre subió á la niña sobre sus hombros y la levantó por encima de todos.

Al percibir aquella diminuta cabeza que se levantaba de repente, la joven madre creyó reconocer en ella á su hija que se la traían, á su hija que le era devuelta. Dió un grito de alegría y alargó los brazos. No era su hija, la ilusión fué de corta duración.

La muchedumbre aumentaba.

—La vais á ahogar— decía un joven,—la falta aire.

Nadie tuvo en cuenta aquella observación. Las muchedumbres podrán ser compasivas; pero son más que nada curiosas.

Un guardia que se había ido á buscar hacia tiempo, llegó felizmente. Hendió el grupo, haciendo echarse atrás á los más próximos á la joven madre. Ya hubo más espacio alrededor suyo. Al mismo tiempo se reanimaba y respondía á muchas preguntas precisas.

Cuando llegó á los Campos Elíseos, á eso de las cuatro, había poca gente, relativamente poca en el paseo, y creyó que podía acceder al desco de su hija colocándose con ella junto á la carretera, para ver pasar los carruajes...

Bien pronto aumentó el número de los paseantes en proporción considerable; pero no corría peligro alguno; paseaba todo el mundo, y no había grupos muy grandes de personas paradas... Poco á poco se vió rodeada por todos lados: las dos filas de sillones, que hasta entonces la habían protegido, habían sido desordenadas... Quiso marcharse; pero, ¡ay! su niña la decía: «No, no, mamá querida, estate más tiempo, me gusta mucho...» Tuvo la debilidad de ceder y sintiéndose cansada de estar en pie, se volvió á buscar una segunda silla para sentarse, sin quitar á la niña de donde estaba... Vió un sillón que acababa de que-

dar desocupado, dió un paso atrás para cogerle... y en el mismo instante se produjo el choque de los carruajes de que hemos hablado antes, precisamente delante del sitio en que ella estaba. Fué empujada hacia atrás un gran trecho y se vió separada de su hija... Vuelta al sitio donde la había dejado, se encontró la silla vacía.

—Pero acaso algún amigo vuestro habrá conocido á la niña, y viéndola sola, la habrá cogido en sus brazos hasta encontraros—la dijeron.

—No, no—respondió,—no he estado separada de mi hija ni medio minuto: la hubiesen preguntado algo y mientras hubiese tenido tiempo de volver. Estoy segura—exclamó con más fuerza,—¡que la acechaban y me la han robado!

—¿Sospecháis de alguien? ¿Habéis visto alguna persona sospechosa rondando á vuestro alrededor?

—No—dijo.

En aquel momento, una señora de alguna edad, silenciosa hasta entonces, ingresó en el grupo, y dijo:

—¡Yo la he visto! ¡sí, yo la he visto!

VI

Al momento la joven se dirigió á la que acababa de hablar, cogió con fuerza sus manos, y sin quitar la vista de su semblante, la dijo:

—¿Qué habéis visto? ¿Qué sabéis?

—Estaba yo muy cerquita de aquí—replicó la señora.—Ahí junto á ese farol... No prestaba atención á los que á mi lado estaban, miraba los carruajes como todo el mundo... En el momento en que se produjo en la avenida aquel choque de carruajes, me vi violentamente empujada, sacudida y rechazada hasta aquí. Me volví con intención de protestar, y entonces vi una mujer cubierta con un velo, que cogía á la niña en brazos y se la llevaba por allí... Creí que sería su madre ó el aya; y no dije nada, ni di importancia al hecho. Y en último resultado, no hubiese podido hacer nada: la mujer pasó por delante de mí muy deprisa, y las personas que se habían separa-

do para dejarla pasar se juntaron de nuevo, y al momento la perdí de vista.

—La niña que llevaba—preguntó uno,— ¿gritaba, no quería ir?

—Sí, me pareció oírla chillar, pero me dije: querrá estar más tiempo: quieren sacarla de entre tanta confusión, y hacen muy bien.

Entonces se interrogó á la testigo sobre el traje y la estatura de la mujer que se la llevaba, se la abrumó entre todos con mil preguntas.

La madre no decía nada, pero no dejaba de escuchar y de mirar por todas partes. Sus ojos permanecían secos.

Muchas personas la aconsejaron que se volviese á su casa.

—Estaréis allí mejor que entre tanta gente—la decían.—Daremos las señas de vuestra casa á los comisarios de policía del barrio, y os llevarán vuestra hija en cuanto la encuentren.

—¡No, no!—decía ésta con fuerza,—no me marcharé, no me muevo de aquí hasta que parezca: quiero morir en el sitio donde la he perdido!

Alguien hubo que se aventuró á decir:

—¿Y si la hubiesen llevado ya á vuestra casa?

—¡Ah!—exclamó,—no es para llevarla á mi casa para lo que me la roban!

—Nada hay que pruebe que os la hayan robado—replicaron varias personas á la vez,— esa señora ha podido engañarse, había más de una niña por aquí. La desconocida, que ella ha tomado por madre de la niña, podría serlo efectivamente.

—¡No, no! es una ladrona de niños, buscarla... ¡Ah! pero no la encontraréis, estará ya muy lejos... muy lejos... ¡Oh, Luisita mía, mi pobre Luisa!

De repente, las lágrimas, tanto tiempo comprimidas, se escaparon de sus brillantes ojos.

Un oficial de guardias entró en el círculo, hizo toda clase de preguntas, y tomó informes de la joven á quien tantos rodeaban. Esta vez, por fin, pudo responder medio sollozando.

Al mismo tiempo, la mayor parte de las personas que se habían puesto en busca de la niña, volvieron sin tener noticia ninguna. Habían visto á muchas niñas, cuyas señas correspondían con las de Luisa, pero iban acompañadas todas de sus padres y muy alegres para que se pudiese sospechar que acababan de ser separadas á viva fuerza de su madre.

Tan sólo un joven había estado durante breves instantes sobre la pista de la niña. Al

bajar por la avenida Gabriel, vió á una mujer que marchaba apresuradamente, llevando en sus brazos una niña con un traje blanco. Se dirigió al momento á seguirla los pasos, pero los paseantes eran muy numerosos en aquel sitio y le separaron varias veces de la que seguía, haciéndole perder sus huellas por un rato... La volvió á encontrar en el instante en que subía en un coche en la plaza de la Concordia delante del Guarda-Muebles. Corrió con todas sus fuerzas, hizo señas al cochero de que no anduviese; éste obedeció órdenes perentorias, sin duda, apoyadas en seductoras promesas; dió un latigazo á los caballos y desapareció rápidamente por la calle de Rivoli. Era imposible seguirle: todos los carruajes venían del Bosque y se hallaban ocupados.

Estos informes daban mucha fuerza á la declaración anteriormente hecha.

No podía ya dudarse. La mujer sorprendida en el momento en que arrancaba á la niña de la silla donde estaba, y se la llevaba en sus brazos, debía ser la misma persona que se había visto subir á un carruaje y huir por la calle de Rivoli. Interrogados aisladamente por el oficial de guardias, los testigos, dieron sobre la estatura, el traje y el aspecto de la mujer, detalles idénticos en absoluto.

La joven madre había oído en silencio aquella narración y las observaciones hechas, y se había contentado con decir:

—¡Ya veis claramente que me la han robado!

De ese mismo parecer era el oficial; sin embargo, para asegurarse más, no pareció dar gran valor á las declaraciones que acababa de oír. Se apresuró á hacer observar que una sumaria ligera bastaría para encontrar al cochero en cuestión, y que éste ayudaría á descubrir á la incógnita.

—¡Sí, sí; la ha llevado á su casa!— exclamó la infortunada joven.—¡Ah! pero habrá cambiado de carruaje... habrá... acaso salga ahora mismo de París con mi Luisa... ¡Oh! señor, avisad pronto... tomad medidas urgentes, dad órdenes... disponed de todo cuanto yo tengo, hasta encontrar á mi hija.

—No se omitirá nada, señora, pero vos no debéis estar aquí más tiempo. El grupo que se ha formado alrededor vuestro impide la libre circulación; debe cesar ese desorden. Además, debéis ir inmediatamente á casa del comisario de policía á darle cuenta de lo que os ha sucedido.

Esta última observación pareció conmoverla más.

—¡Vamos!—dijo resueltamente.

Se levantó y dió algunos pasos. De repente se paró, y dijo:

—Y si volviese aquí otra vez. Muchas personas la prometieron esperar, y un guardia recibió el encargo de no alejarse de allí, y que tratase de recoger nuevos informes.

El oficial, después de haber conseguido encontrar un carruaje, hizo subir en él á la joven y se sentó á su lado. Iba de uniforme, y los paseantes murmuraban:

—Esa es una mujer á quien detienen por ladrona; sin duda hay muchas de esas en donde hay gran confusión de gente.

Llegaron á la Comisaría de policía de los Campos Eliseos. Se tomó nota del nombre, apellido y señas de la querellante.

Llamábase Marcela de Baud, y era viuda.

—¿Perteneceís, señora — preguntó el comisario — á la familia del señor Baud, antiguo diputado de las costas del Norte?

—Era mi marido — respondió.

—¡Ahl — dijo el comisario, levantándose. — Yo he conocido mucho al señor de Baud durante mi permanencia en Saint-Briene, y le debo mi posición. Es decir, señora, que estoy por completo á vuestras órdenes.

Después reflexionó un instante y añadió:

—¿Hará cerca de cinco años que vuestro

esposo ha muerto, si no estoy trascordado?

—Sí señor — dijo ella tímidamente.

—Entonces os habéis equivocado al declarar que vuestra hija tenía tres años y medio.

La joven se puso encarnada, bajó la cabeza y no respondió nada.

Diversas preguntas la hicieron, y después de haberla prometido tenerla al corriente de lo que ocurriese, la aconsejaron que se marchase á su casa.

Subió sola á un carruaje que la llevó á la calle de Amsterdam. Durante el trayecto, un rayo de esperanza reanimó el corazón de la señora de Baud. ¿Si no habría sido robada su hija como muchas personas lo habían dicho? ¿Si la niña, arrancada de la silla y metida á la fuerza en un coche, no sería su pequeña Luisa? ¿Si esta última, al verse sola, llena de miedo, se habría echado en brazos de cualquier persona extraña, que, creyéndola perdida, no habría querido dejarla entre aquella confusión de gentes? La niña sabía las señas de su casa; hacía mucho tiempo que Marcela se las había enseñado, y todos los días la obligaba á que las repitiese. ¡Acaso hubiese sido llevada á su casa, tal vez esperaba ya á su madre!

Con tales pensamientos, el semblante de Marcela parecía animarse; su corazón latía

con más violencia, y de cuando en cuando sacaba la cabeza por la portezuela del coche para encargarle al cochero que fuese más deprisa. Sin hablar se echaba de nuevo contra los asientos del coche. ¡No, no! esa esperanza es muy vaga; no podía realizarse, é iba á encontrar su casa vacía, desierta. No oiría en ella la charla ni las risotadas de su hija... ¡Ah! ¡Iba á llegar demasiado pronto! ¿No sería mejor conservar un instante más aquel fulgor de esperanza, por débil que fuese, que ver levantarse ante ella la implacable realidad?

Bien pronto se paró el carruaje; se apeó de él, y, á pesar de su resolución, se dirigió corriendo á la portería. No podía hablar, no se atrevía á preguntar. Por fin, con voz temblorosa, dijo estas palabras:

—¿La habéis visto? ¿Ha venido?

—¿Quién, señora?

—Mi hijal... Luisa...

La portera reflexionó un instante... un siglo... y después contestó:

—Sí, ha vuelto con el señor Didier, hace una hora lo menos; yo no la he visto, estaba dentro de la portería, pero he distinguido un traje blanco y he oído á la señorita que decía: «Despáchate, que están esperándonos.»

Marcela no oía ya. Subía la escalera apre-

suradamente. Gruesas lágrimas, de alegría esta vez, corrían por sus mejillas, oscureciendo su vista. Pero no tenía necesidad de ver, subía y subía siempre con sorprendente agilidad, entregada por completo á este pensamiento: «Está arriba, la abrazaré cuanto antes.»

Al llegar al cuarto piso se detuvo y tiró con fuerza de la campanilla.

Un joven de veintiocho á treinta años salió á abrir, y al verle exclamó Marcela:

—¿Y mi hija? ¿dónde está mi hija?

VII

Aquellas palabras causaron viva emoción en quien las oía. Titubeó, se puso descolorido, y quiso á su vez preguntar á Marcela. Sin darle tiempo para hablarla, le apartó de sí y se lanzó en la habitación.

Iba á seguirla, cuando de repente oyó un grito, y después, el ruido de un cuerpo que caía sobre el suelo.

El joven corrió hacia la sala. Marcela, desvanecida é inanimada, yacía tendida en tierra.

UNIVERSIDAD DE BUENO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ago. 1925 MONTERREY, MEXICO

con más violencia, y de cuando en cuando sacaba la cabeza por la portezuela del coche para encargarle al cochero que fuese más deprisa. Sin hablar se echaba de nuevo contra los asientos del coche. ¡No, no! esa esperanza es muy vaga; no podía realizarse, é iba á encontrar su casa vacía, desierta. No oiría en ella la charla ni las risotadas de su hija... ¡Ah! ¡Iba á llegar demasiado pronto! ¿No sería mejor conservar un instante más aquel fulgor de esperanza, por débil que fuese, que ver levantarse ante ella la implacable realidad?

Bien pronto se paró el carruaje; se apeó de él, y, á pesar de su resolución, se dirigió corriendo á la portería. No podía hablar, no se atrevía á preguntar. Por fin, con voz temblorosa, dijo estas palabras:

—¿La habéis visto? ¿Ha venido?

—¿Quién, señora?

—Mi hijal... Luisa...

La portera reflexionó un instante... un siglo... y después contestó:

—Sí, ha vuelto con el señor Didier, hace una hora lo menos; yo no la he visto, estaba dentro de la portería, pero he distinguido un traje blanco y he oído á la señorita que decía: «Despáchate, que están esperándonos.»

Marcela no oía ya. Subía la escalera apre-

suradamente. Gruesas lágrimas, de alegría esta vez, corrían por sus mejillas, oscureciendo su vista. Pero no tenía necesidad de ver, subía y subía siempre con sorprendente agilidad, entregada por completo á este pensamiento: «Está arriba, la abrazaré cuanto antes.»

Al llegar al cuarto piso se detuvo y tiró con fuerza de la campanilla.

Un joven de veintiocho á treinta años salió á abrir, y al verle exclamó Marcela:

—¿Y mi hija? ¿dónde está mi hija?

VII

Aquellas palabras causaron viva emoción en quien las oía. Titubeó, se puso descolorido, y quiso á su vez preguntar á Marcela. Sin darle tiempo para hablarla, le apartó de sí y se lanzó en la habitación.

Iba á seguirla, cuando de repente oyó un grito, y después, el ruido de un cuerpo que caía sobre el suelo.

El joven corrió hacia la sala. Marcela, desvanecida é inanimada, yacía tendida en tierra.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ago. 1925 MONTEBNEY, MEXICO

En el momento en que se disponía á estrechar á su hija en sus brazos, se había encontrado con una niña que no era la suya.

Era de la misma edad que Luisa, había sido llevada á la calle de Amsterdam á pasar la tarde con su amigueta, y la portera, al verla subir la escalera, la había tomado por la hija de Marcela.

Ésta no pudo soportar tan terrible decepción, aquel nuevo sufrimiento; quedó anonadada bajo tan terrible golpe.

Cuando volvió en sí se encontró tendida en su cama, y vió delante al joven que había abierto la puerta, que la miraba, sin atreverse aún á preguntarla nada. Por la palidez que cubría su semblante y la contracción de su fisonomía, adivinó Marcela que esperaba ansiosamente sus explicaciones.

Entonces se volvió á él, le cogió las manos y le dijo con voz conmovida:

—Lo has comprendido ya, ¿no es cierto? ¡Se ha perdido nuestra hija! ¡Nos han robado nuestra Luisa, que tanto queríamos!

—Sí, lo había comprendido—contestó el interpelado.

—¡Qué modo de mirarme tienes!—exclamó Marcela.—¡Ah, lo adivino... sí!... ¡Pero perdóname... perdóname!

—¿Cómo he de acusarte yo?—respondió el joven.—Pero, ¿cómo ha sido el perderse?

Marcela se lo contó todo. Su salida con Luisa á los Campos Eliseos... la alegría de la niña... el accidente ocurrido en la carretera... cómo había sido separada de su niña durante medio minuto... su desesperación... las pesquisas que había hecho... los indicios obtenidos... su declaración ante el comisario... la esperanza que había abrigado... y que se convirtió en certidumbre por la equivocación de la portera.

Vió de repente otra niña distinta de la suya... y comprendiendo el error, cayó desmayada en tierra.

Cuando acabó su relación, él la dijo:

—Tienes razón. Luisa no se ha perdido, ha sido robada. ¡Pero no la han robado por ser hija tuya, sino por serlo mía!

Quiso interrogarle con su mirada sobre el sentido de aquellas palabras, y él contestó con energía:

—¡Sí, ha sido á mí á quien se ha querido herir! ¡Es á mí á quien se persigue siempre! ¡Ya han matado al artista; ahora quieren que sucumba el padre!

Marchaba de un extremo á otro con agitación, se hablaba á sí mismo, evocaba sus re-

cuerdos, repasaba su vida; parecía olvidarse de la presencia de Marcela. A veces, sin embargo, se volvía bruscamente hacia ella, y la decía:

—¿Te acuerdas de eso? ¿No es así como ha pasado?

—¡Sí— contestaba Marcela,—sí, es cierto!

Y volvía á ver con él, con el pensamiento, esa existencia, de tal modo mezclada con la suya, que todo lo que á él le había ocurrido, sufrido y pasado, á ella le había ocurrido también, lo había sufrido, lo había pasado con él.

.....

Marcela Barrett, huérfana á los quince años, había sido recogida por su tío el marqués de Couëdic, uno de los más ricos propietarios del departamento de las Costas del Norte, y un legitimista tan apasionado, que no había querido jamás casarse, según él decía, para conservar su corazón á su Dios y á su rey. Vivía en Saint-Brieuc, á orillas del Gouët, á dos kilómetros del mar, y ocupaba una casa de campo de las más pintorescas de aquellos alrededores, pero al mismo tiempo de las más agrestes, donde vivía retirado, sin intinar con ninguna persona: no tenía ve-

Un día, sin embargo, supo que en una posesión de las cercanías, deshabitada largo tiempo y cuyas tierras lindaban con las suyas, acababa de ser visitada por su propietario el barón de Prades, que parecía tomar sus disposiciones para fijar su residencia en ella.

En efecto, el señor de Prades, á quien todo parisién bullidor habrá conocido con seguridad, después de haber consumido en unos cuantos años con el juego y bromas su fortuna personal y la de su mujer, mejor que vegetar en París, se había resignado á desterrarse voluntariamente en las Costas del Norte, en la única posesión que aún conservaba, acaso porque era difícil de vender. Viudo desde hacía tres años, le quedaba de su matrimonio un hijo llamado Didier, que acababa de terminar los estudios clásicos y que le pareció oportuno llevar consigo á Bretaña. La razón exigía que hubiese dejado al joven sufrir los exámenes y que terminase una carrera, como proyectó en un principio. Pero el barón temió estar demasiado solitario y contó con la compañía de su hijo para endulzar los rigores del destierro. Parecía resuelto á no gozar más que las alegrías íntimas del labrador, que ve madurar el trigo, y del padre de familia que vive en medio de los suyos.

Por eso supo con indiferencia que tenía por

vecino en aquel país un hombre de buena sociedad, con quien podía intimar sin temor alguno.

«No tengo necesidad de nadie, se decía á sí propio, cuidar de mis tierras y hacerme querer de mi hijo, serán la ocupación de mi vida; mi pasado queda borrado para siempre.» Porque se proponía también, para endulzar su ociosidad, evocar sus recuerdos más lejanos, gracias á las numerosas esquelas perfumadas que había recibido en otros tiempos y que conservaba cuidadosamente.

En efecto, una tarde de invierno abrió el cofrecito de ébano donde tenía guardadas esas cartas, que el tiempo, el fastidio de hallarse juntas, los celos que sufrían, habían hecho adquirir un tinte amarillento.

Las fué tomando una por una á la casualidad y según su capricho, y las leyó con un recogimiento y un respeto, que hubiera sido admirado y hasta hecho verter lágrimas á las firmantes de ellas.

Parecía un gastrónomo que, teniendo tiempo de sobra, se entretiene calmosamente en la comida, y así en cierto modo, le gustaban aquellas misivas, respiraba sus aromas y se sumergía, después de cada frase, en deliciosos ensueños.

Volvió á ver de este modo á todas aquellas preciosas mujeres que ante él habían desfilado en su primera y aun en su segunda edad, pasando largas horas en su compañía y amándolas retrospectivamente, con un ardor que acaso ellas no habrían podido comprender nunca que era capaz de sentir.

Fueron tantas, que ocuparon los ratos de ocio del barón durante dos inviernos y un verano. Pero cuando fué leída y releída la última de ellas, aspirado el último perfume, exhalado y agotado el último ensueño, llegó á convencerse de que su pasado, á pesar de haber tenido tantos encantos, no bastaba para hacer agradable su vida actual, y que un buen vecino no era de despreciar.

Entonces, cerró el cofrecillo, llamó á su hijo y emprendió con él el camino de Couëdic.

El propietario de esta casa de campo no tenía para distraerse ni cartas amorosas que leer, ni recuerdos felices de esa especie que evocar. Por eso creyó una gran suerte ser visitado por el barón, y le recibió divinamente.

Bien pronto los dos aristócratas intimaron sus relaciones de amistad y, como era de presumir, la sobrina del marqués, Marcela Barrett, y Didier, el hijo del señor de Prades, que eran compañeros de infancia, fueron creciendo

juntos, y no tardaron en quererse mutuamente.

El mayor de los dos jóvenes acababa de cumplir veinte años, el otro tenía apenas diecisiete. ¿No es la edad de los primeros amores? Todo les invitaba á quererse: su juventud, sus nacientes ardores, los sentidos que se despertaban, su corazón, cuyos primeros latidos sentían, conmovidos y asombrados, la gran soledad que les rodeaba por todas partes, el silencio del campo, la belleza del cielo, los esplendores de un paisaje admirable, el bramido del mar que se oía á lo lejos, y los acres perfumes de la playa, cubierta de algas marinas.

El tío de Marcela y el padre de Didier parecían animar aquellos juveniles amores, ó al menos, no trataban de combatirlos. Sin haberse explicado ninguno de los dos sobre la posibilidad de un matrimonio más ó menos tarde, entre los dos jóvenes, les había ocurrido algunas veces pensar en ello y sonreirse, siendo creíble, por tanto, que no hubiese obstáculo alguno que se opusiese á la realización de ese deseo común á todos.

Marcela y Didier no pensaban aún en el matrimonio; no se ocupaban más que en decirse que se querían. Eran felices tan sólo con estar juntos á todas las horas del día, apretarse las manos, mirarse y remirarse en silencio.

Didier encontraba encantadora á Marcela con un vestido de larga cola, que la servía de amazona cuando montaba el pequeño caballo bretón que la había dado su tío. Marcela no podía evitar dirigir furtivas miradas al naciente bigote de su acompañante, y admirar la elegancia de sus maneras, la dulzura de su voz y la expresión de su mirada.

En verano y en invierno se reunían al mediodía para no separarse hasta después de comer, un día en casa del señor de Couédic y al siguiente en la del señor de Prades. Los dos amigos ocupaban un sitio en un carruaje á las dos de la tarde, y daban lo que se llama en el país la vuelta al valle. Nada más fértil, más frasco ni más alegre que aquel inmenso valle, rodeado, en una extensión de diez kilómetros, por una carretera cubierta de sombras. Desde lo alto de tan precioso camino se admira la verde pradera, el riachuelo lleno de guijas, los numerosos ribazos que la protegen de los rayos demasiado abrasadores del sol, y el gran viaducto de piedra cubierto de musgo.

Los jóvenes escoltaban el carruaje á caballo, y sobrecitada la imaginación con la belleza del paisaje, por los diversos aromas de la pradera, se dirigían ardientes miradas, humedecidas por el llanto de la alegría.

VIII

Este camino á través de las sinuosidades del valle, desemboca repentinamente en el puerto de Legué. Una flotilla de barcas pescadoras y de cabotaje, buques de pequeño número de toneladas, algunos bricks de finos mástiles, y á veces también alguna barca de tres velas, que no desplaza ni seis metros de agua, se balancean en la ribera del Gouët ó más bien en la especie de canal que conduce al mar.

El carruaje, escoltado siempre por sus dos caballeros, sigue los muelles, costea las casas esparcidas aquí y allá, y llegaba bien pronto á la playa. Entonces todo el mundo se paraba; el marqués apoyándose en un bastón de pico de cuervo, recuerdo de un antepasado suyo, daba su cotidiano paseo á pie, ordenado por su médico. El señor de Prades, vestido con irreprochable elegancia, y con una flor en el ojal de la levita, el antejo sin caérsele de las manos y el bigote cuidadosamente atusado,

marcha al lado de su amigo, y, continuando con él la comenzada conversación, busca por hábito, entre los grupos de mujeres que encontraba, un palmito bastante gracioso para traerle á la memoria el tiempo pasado y sus conquistas para siempre perdidas.

Marcela y Didier pedían permiso á sus parientes para dirigirse á la playa. En verano, si la mar estaba tranquila, después de detenerse en casa de una buena mujer del país, encargada de guardarles sus trajes de baño, entraban en las dos casetas de tablas que les habían construido para su uso bajo una cortadura de la costa. Al poco rato veíanse salir, alegres, risueños y contentos con su nuevo traje, tan decente como pudiera serlo el que usaban en su casa. Marcela, sin vacilar y sin cuidarse al parecer de su compañero, corría hacia el mar. Nada había que detuviese su ímpetu. Hubiérase podido creerla pronta á perderse en la inmensidad; pero apenas la espuma de la primera ola mojaba las puntas de sus pies, se volvía atrás. Asustada y temerosa, buscaba á Didier con la vista y le llamaba en su auxilio. El se unía á ella, la cogía una mano, y los dos avanzaban despacito, con timidez, como si tuviesen miedo de mojarse. Cuando una ola más grande que otra

se formaba á lo lejos amenazando cogerles, hufan de ella dando grandes careajadas. Después de muchas idas y venidas, de pasos hacia adelante y retiradas repentinas, les llegaba el agua á las rodillas; entonces, renunciando á meterse más adentro, se decidían á dejarse caer hasta el fondo del mar, es decir, hasta sentarse, teniendo un pie metido en el agua, la cabeza inclinada hacia atrás y los codos apoyados en la arena. Conservaban aquella postura más de media hora, hablando, riendo mirando al cielo, observando las costumbres de las medusas que, engañadas por su inmovilidad, los tomaban por una roca y jugueteaban á su alrededor.

Por fin el frío se apoderaba de Marcela, y extendía los brazos, se arrodillaba, y después de hacer un gracioso esfuerzo, conseguía levantarse. Pero su traje, que cuando estaba seco formaba anchos pliegues, amplios y discretos, se pegaba ahora á su cuerpo y dibujaba sus formas. Mientras se bañaba no había pensado en esa perfidia de las ondas: la mar la servía de velo y evitaba que su pudor se alarmase; pero ahora estaba expuesta á las miradas de los humanos, al resplandor de la luz, y sobre todo á los atrevimientos del viento, que, conjurándose como el agua

contra ella, venía á dar sobre las partes aun flotantes del traje, y las hacía que se adhiriesen todavía más á la piel. Instintivamente se llevaba la mano á la túnica y trataba de despegar de su cuerpo la húmeda franela; pero la tela hacía resistencia, quedaba pegada á la carne, ó se inflaba un brevisimo rato para aplastarse al instante y dibujar claramente los contornos otras veces apenas indicados.

Entonces, intranquila, ruborizada y asustada ante lo largo del camino que la faltaba recorrer aún, en el estado en que se veía hasta llegar á la caseta, se llevaba la mano á la cabeza, se quitaba la redecilla de seda que retenía sus largos cabellos rubios, los dejaba caer sobre su pequeño cuello y sus espaldas, y medio oculta por éstos, ó creyendo estarlo, se dirigía corriendo á la caseta, donde guardaba sus vestidos.

Cuando la bravura del mar impedía á Marcela introducir en él ni aun los pies, Didier tomaba la revancha de aquellos baños á medias que su compañera le condenaba á tomar generalmente. A pesar de las advertencias hechas por una preciosa boca, los ruegos de dos ojos divinos, se vestía apresuradamente su traje, se levantaba el pantalón por encima de las rodillas para que no le estorbases los mo-

vimientos, se dirigía en busca de la ola y salvaba con unos cuantos embites las primeras oleadas, que son las que ofrecen mayor peligro. Entonces, no preocupándose ya ni de la profundidad del mar ni de su furia, se ponía á nadar en línea recta, sin ocuparse tampoco de la vuelta.

En la playa, lo más cerca posible del agua, en sitio preciso en que la mar moría á sus pies sin mojarlos, Marcela le seguía con los ojos, daba gritos de espanto cuando le veía desaparecer en el abismo abierto entre las olas, y respiraba más tranquila cuando un instante después le veía aparecer tranquilamente sobre su espumosa cima.

Si parecía dispuesto á alejarse demasiado de la orilla, ella le hacía señas desesperadas para que se volviese. Didier no la hacía caso, embriagado como todos los nadadores por el inmenso goce de luchar contra las olas furiosas, resistir su empuje, vencerlas y triunfar de su violencia y su ciega barbarie, con la calma, la destreza y la sangre fría.

Al finalizar el otoño y entrar ya el invierno, cuando un cielo gris da á la mar fúnebre aspecto, y el rigor de la temperatura impide pensar en los placeres del baño, Marcela y Didier, desde que llegaban al puerto de Legué,

en vez de correr hacia la playa, se dirigían al parque, donde se encuentran las ruinas de la torre de Cesson. Les gustaba visitar los recuerdos de otros tiempos, y sentados el uno junto al otro sobre un pedazo de piedra, se entretienen en reconstruir la torre, en hacer revivir su esplendor, sus muros de cinco metros de espesor, sus cuatros pisos y su doble circuito de fosos. La amueblaban con antiguas arcas bretonas, con tapices de precio, con sillones góticos, estandartes cogidos en tiempos de las Cruzadas, y por un efecto de imaginación y de memoria, volvían á ver los antiguos caballeros de Cesson cubiertos de su armadura y su casco de hierro, teniendo en una mano una oriflama y en la otra un escudo.

Pero el paseo á las ruinas no era siempre posible; cuando el viento soplaba con violencia, el muro antiquísimo que aún queda en pie, como si sirviera de faro á los marinos de la bahía, parece que oscila y que va á derrumbarse á veces; con el ímpetu de la ráfaga se desprende de sus compañeras una piedra, que había estado tan largo tiempo retenida junto á ellas, y rueda con estrépito de piso en piso hasta llegar al suelo, cubierto ya de escombros. En esos días el estar junto á la torre era peligroso; Marcela y Didier lo com-

prendían, y renunciando á recorrer los puntos elevados de la costa se contentaban con admirarlos desde la playa; ordinariamente seguían entónces la ribera del Gouët hasta su desembocadura, dirigiéndose hacia Paimpol; escalaban durante la marea baja algunas rocas, desde donde podía su vista extenderse sobre las cortaduras que cierran por aquel lado la bahía de Saint-Brieuc.

El día terminaba, como hemos dicho ya, ó en el castillo de Couëdic, ó en la morada del señor de Prades. Después de una abundante y suculenta comida, porque la mesa era casi su única distracción, el tío de Marcela y el padre de Didier se sentaban, en el invierno, junto á la chimenea, y en el verano en el terrado de la casa, y leían con verdadera delicia, el uno su antigua amiga la *Gaceta de Francia*, que le daba noticias de su rey; el otro su querido *Figaro*, que le recordaba su París tan querido, todo lo que en él se encuentra y todo lo que había perdido.

Los dos jóvenes aprovechaban su libertad para entregarse á la música, su distracción favorita. Marcela se ponía al piano y acompañaba á Didier, cuya voz tenía gran dulzura y una extensión notable en un hombre de su edad. Muchas veces, á mitad de una pieza, los

dedos de la joven se paraban de repente. Acostumbrado á esos *mutis* inesperados, Didier continuaba cantando, mientras que Marcela, con un codo puesto en el teclado, la cabeza apoyada en la mano, y los ojos fijos en su compañero, le escuchaba con embeleso.

Los días, las semanas, los años enteros pasaban así, llenos de felicidades. Pero una catástrofe imprevista amenazó la dicha de los dos jóvenes.

IX

Llegó un día en que la amistad del barón y del marqués se hizo menos íntima. La política, que no ha causado más que daños, sin que hablemos de crímenes, y ha cometido innumerables delitos, produjo esta desunión.

El señor de Couëdic, legitimista acérrimo, como bretón que era, no se apeaba nunca de sus principios, de la tradición y del derecho divino. El señor de Prades, por el contrario, era bretón por casualidad, por necesidad más bien, porque su matrimonio le había traído posesio-

prendían, y renunciando á recorrer los puntos elevados de la costa se contentaban con admirarlos desde la playa; ordinariamente seguían entónces la ribera del Gouët hasta su desembocadura, dirigiéndose hacia Paimpol; escalaban durante la marea baja algunas rocas, desde donde podía su vista extenderse sobre las cortaduras que cierran por aquel lado la bahía de Saint-Brieuc.

El día terminaba, como hemos dicho ya, ó en el castillo de Couëdic, ó en la morada del señor de Prades. Después de una abundante y suculenta comida, porque la mesa era casi su única distracción, el tío de Marcela y el padre de Didier se sentaban, en el invierno, junto á la chimenea, y en el verano en el terrado de la casa, y leían con verdadera delicia, el uno su antigua amiga la *Gaceta de Francia*, que le daba noticias de su rey; el otro su querido *Figaro*, que le recordaba su París tan querido, todo lo que en él se encuentra y todo lo que había perdido.

Los dos jóvenes aprovechaban su libertad para entregarse á la música, su distracción favorita. Marcela se ponía al piano y acompañaba á Didier, cuya voz tenía gran dulzura y una extensión notable en un hombre de su edad. Muchas veces, á mitad de una pieza, los

dedos de la joven se paraban de repente. Acostumbrado á esos *mutis* inesperados, Didier continuaba cantando, mientras que Marcela, con un codo puesto en el teclado, la cabeza apoyada en la mano, y los ojos fijos en su compañero, le escuchaba con embeleso.

Los días, las semanas, los años enteros pasaban así, llenos de felicidades. Pero una catástrofe imprevista amenazó la dicha de los dos jóvenes.

IX

Llegó un día en que la amistad del barón y del marqués se hizo menos íntima. La política, que no ha causado más que daños, sin que hablemos de crímenes, y ha cometido innumerables delitos, produjo esta desunión.

El señor de Couëdic, legitimista acérrimo, como bretón que era, no se apeaba nunca de sus principios, de la tradición y del derecho divino. El señor de Prades, por el contrario, era bretón por casualidad, por necesidad más bien, porque su matrimonio le había traído posesio-

nes en las Costas del Norte, y hacia concesiones voluntarias á las nuevas ideas; pero como las cuestiones políticas le eran indiferentes y no pensaba tener que pedir nada nunca al Gobierno imperial, le dejaba que fuese atacado por su vecino, y hasta él mismo le combatía también por pasar el tiempo, y por ejercitar su talento, demasiado parisién para no ser aficionado á la crítica.

Una vez se mostró menos conciliador, menos fácil de contentar, menos tolerante con el señor de Conédie. Al principio se atrevió con cierta timidez, y después con más seguridad, á criticar el antiguo régimen y hablar de sus errores y de sus faltas, juzgándolos severamente. Al mismo tiempo encontraba digno de elogio el nuevo estado de cosas, le gustaban todos los decretos que traía el *Moniteur*, y se olvidaba hasta el punto de ensalzar hasta las nubes á personajes políticos que hacía mucho tiempo criticaba el marqués.

Estas fueron las causas que produjeron poco á poco esa transformación en las opiniones y el carácter del antiguo vividor desterrado en Bretaña. El señor de Prades se había hecho ilusiones cuando creyó que podría pasarse eternamente sin París. Aún se desprendían de aquellas cartas de amor, abandonadas enton-

ces, pero clasificadas con cuidado, acres perfumes que le procuraban una tereera juventud. «A mi llegada á Bretaña, se decía, frisaba en los cincuenta años; después de haber descansado y haberme alimentado bien, de haber respirado tanto tiempo el aire del campo y las emanaciones del mar, hoy no tengo más de cuarenta años. A esta edad ¿no es un egoísmo en el barón de Prades enterrarse en un desierto?» ¿No debía yo, por mis amigos y mis queridas, acaso hasta por la nueva generación femenina nacida durante mi destierro, reaparecer en la sociedad del gran mundo?» Parecía un cómico viejo, que, después de haber estado largo tiempo retirado de la escena, se sorprendiese, al leer uno de sus papeles, de que podría desempeñarlo bien. Pero no tiene teatro donde hacerlo. Si volvía de nuevo á presentarse al público, qué diría éste, que le había cubierto de flores la noche en que se despidió de él? ¿Qué pensarían los periodistas que le creían retirado para siempre de la escena y que se mostraron pródigos en darle las alabanzas que se conceden á los muertos solamente?

Pero al poco rato no se contenta ya con leer el papel; saca del armario el traje que usaba al declamarles, le coloca sobre el respaldo de una butaca, le mira con ternura y llega hasta

ponérsele para ver qué tal le sienta. Le hace muchos pliegues en la espalda, le está muy largo de talle, demasiado ancho, un poco suelto por todas partes; pero le da buen aire, le rejuvenece; se mira al espejo y se pasea por su cuarto. Vuelve de nuevo á su memoria la obra entera; oye la contestación y se precipita en la escena. Habla, acciona, se anima, la sala está llena de gente, brillante de lujo y de riqueza, y oye los aplausos pel público.

¿Por qué ha renunciado tan joven á su carrera? La mayor parte de sus compañeros no renunciaron, y ayer mismo oía aplaudir á un actor más antiguo que él. No puede contentarse ya, va á rondar el teatro testigo de sus pasados triunfos, habla con sus camaradas, se deja llevar dulcemente por los pasillos, ve á su antiguo director, se une á él, y al poco rato no titubea en formular en estos términos, una petición indirecta: «Todo el mundo me está atormentando, diciéndome que por qué no doy unas cuantas representaciones; ¿qué pensáis vos?»

Pero si el señor de Prades estaba aún bastante joven para presentarse de nuevo en los salones parisienses y volver á emprender su vida de antes, las razones metálicas que le habían hecho dejarla existían ahora como en-

tonces. Los que, ó las que le habían comido su fortuna, no parecían dispuestos á devolvérsela. Qué hacer.

Sus amigos, á quienes consultó, le contestaron lo que deseaba él que le respondiesen.

«¿Por qué no pedís al Gobierno un destino lucrativo, una canongía? El segundo Imperio, recordando los errores del primero, desea rodearse de hombres que hayan figurado en el antiguo régimen, y busca sus afiliados entre los que, como vos, le han mostrado cierta frialdad. Además, tenemos buenas relaciones en la corte y os apoyaremos.»

El señor de Prades se enfureció contra aquellos consejos con un tono que ni sus adversarios podrían gritar más que él. Se creó él mismo un sinnúmero de dificultades, pero presentándolas de tal modo, que eran fácil vencerlas. Protestó, se defendió, se hizo rogar, y por fin se rindió. «No, decía, porque hubiese sido convencido, sino por complacer á sus amigos, que habían trabajado tanto en su favor, que era lo que más le obligaba á aceptar.»

Le dieron uno de los mejores cargos en París.

Cuando el marqués de Couédic leyó su nombramiento en la *Gaceta de Francia*, no quiso dar crédito á sus ojos, creyó que se tra-

taba de algún otro Prades, y se marchó corriendo á casa de su vecino.

—¿No seréis vos este Prades?—le dijo enseñándole el periódico.

—Dispensadme, marqués, pero ese soy yo.

—No es posible. No aceptaréis, de seguro, cargo alguno del Imperio.

—Ya lo veis que sí.

—Entonces hacéis traición.

—¿A quién?

—A nuestro partido, y sobre todo á mí. ¡Pues qué! Os acojo porque os creo de los nuestros, explano mis ideas con toda libertad delante de vos, mis principios, mis esperanzas; parece que las tenéis idénticas á las mías, que pensáis como yo, esperáis lo que yo y, de la noche á la mañana, sin dar siquiera la voz de alerta, os pasáis al campo enemigo. ¡Yo creía contar con un aliado y tenía á mi lado un adversario! Lo repito de nuevo que eso es una traición!

—Hacéis muy mal en repetirlo—dijo el señor de Prades impaciente.—Basta con haberlo dicho una vez.

Una conversación empezada en aquel tono debía degenerar pronto en una riña. A los pocos minutos, los dos amigos íntimos, después de haberse dicho las palabras más duras, se

separaron incomodados por completo, y si no se enviaron mutuamente los padrinos, fué porque en aquel destierro hubiesen tenido que andar muchas leguas para encontrar quien quisiese serlo y, además, porque, como ocurre casi siempre, cada uno de ellos esperaba los padrinos del contrario.

Esta ruptura fué completamente indiferente al señor de Prades: se marchaba á París y pensaba tomar la revancha del tiempo pasado en aquel destierro, comenzar de nuevo la vida donde la había dejado, y llenar el mundo entero con el ruido de su resurrección.

Pero iba á dar un golpe terrible á su hijo, separado bruscamente de la sobrina del señor de Couédic.

Los dos jóvenes leyeron entonces en su corazón, dándose cuenta del amor que uno por otro sentían. Tiernas confesiones debían seguir á aquella revelación, y lo fueron completísimas. Didier hablaba, Marcela oía, pero su mirada, su sonrisa tenían gran elocuencia y decían también todo lo que sus labios no se atrevían á expresar. Ellos lo sabían ya; se amaban desde el día en que se habían visto por vez primera; lo que habían tomado por fraternal cariño era un amor de los más intensos y de los más formales.

¿Qué iba á ser de ellos? El señor de Prades exigía que su hijo le siguiese á París, y aunque así no fuese, ¿podía esperar Didier, si se quedaba en Bretaña, ver á Marcela con la facilidad que hasta entonces lo hiciera?

El marqués, aún bajo la impresión de la riña habida con su amigo, ¿permitiría que su sobrina tuviese relaciones con el hijo del hombre que le había ofendido? El tiempo era el único que debiera hacer olvidar las injurias cambiadas, cicatrizar las heridas y hacer que los adversarios volviesen á ser amigos. Marcela y Didier se prometían emplear todas sus fuerzas en hacer que viniese la calma y el olvido: la una defendería cerca del señor de Couédic la causa del señor de Prades, y el otro se encargaría de reconciliar á su padre con el marqués.

Seis meses lo más debían bastarles para ganar el pleito: aun cuando parecían ser abogados de otros, ¿no iban á hablar por su propia cuenta, á defender su vida, y su dicha, á asegurar su porvenir? No les faltaría elocuencia; sabrían encontrar razonamientos sutiles y palabras para convencer y conmover á sus jueces.

Aturdidos con su separación, pero seguros de volverse á encontrar muy pronto, cambia-

ron entre sí tierna despedida y juramentos, como por ejemplo: que fuera lo que quiera que ocurriese, permanecerían fieles á sus primeros amores y tendrían sin cesar presente en su memoria los bellísimos años transcurridos en Bretaña, sus paseos más queridos, sus dulces coloquios, sus largos ensueños y todos los detalles de una vida dichosa llena de agradables recuerdos.

X

Pero se engañaron cuando creyeron que podrían reconciliar fácilmente sus familias. Didier no tardó en triunfar de las primeras resistencias de su padre. El barón era feliz, después de tan largo destierro, con encontrarse en su querido París; en los boulevards, en sus restaurants, teatros y salones más en boga para que conservase en su corazón odios y cóleras que se avienen tan mal con el placer. No dejaba de querer á su antiguo vecino; pero le echaba en cara su terquedad realista y su intransigencia política.

¿Cómo el marqués, á imitación del señor de Prades, no había tenido el talento de unirse á él? ¿Era razonable estar confinado toda su vida en las Costas del Norte, para consumirse en sentimientos estériles y para llorar á su rey? Si el París de 1593 valía una misa, según el dicho de Enrique VI, el de hoy merecía algunas concesiones á las ideas de la época, y hasta una defección.

El señor de Prades iba por la mañana á la oficina, amueblada con lujo, á recibir á los contribuyentes de más importancia; por la tarde, á los salones oficiales, y por la noche, sentado en algún gabinete del café Inglés, juzgaba de las más graves cuestiones con una desenvoltura digna de un aristócrata de la Regencia, y tenía las manos llenas de indulgencias para los demás y para sí mismo.

En esta disposición de espíritu no se ocupaba de que Didier quisiese volver á la gracia del marqués para casarse con su sobrina. Le criticaba en secreto que pensase en aquel matrimonio por su propia cuenta, cuando hay tantísimos hombres que se casan por cuenta de otros. Pero cada cual toma el placer donde le encuentra, y el señor de Prades no podía acusar á su hijo de haber encontrado el suyo en las Costas del Norte, ni de que quisie-

ra ir allí á volverlo á encontrar de nuevo. Le dió, pues, cuando estuvo al corriente de su situación, todas las autorizaciones necesarias para unirse y hasta para casarse con Marcela. Llegó á sonreirse de buen grado al pensar en la partida de su hijo. La edad de Didier le incomodaba algo y le impedía rejuvenecerse todo lo que él quería. Si al menos, ese hijo que le comprometía se hubiese mostrado campechano y divertido, sería un alegre compañero, y el señor de Prades se hubiese conformado más; pero la estancia de Didier en París, lejos de alegrarle, le había vuelto tan taciturno y le hacía envejecer de tal modo, que el barón, á pesar de su buena voluntad, no podía confesar que tenía cuarenta años lo más.

El joven Prades marchó á Bretaña con las bendiciones de su padre y cartas para el marqués, llenas de ofrecimientos pacíficos y de olvido.

Aquel mensaje fué inútil. En la soledad, el señor de Couëdic se había agriado cada día más contra el que, después de haber animado su existencia durante muchos años, le había abandonado tan bruscamente. Olvidó por completo las buenas cualidades de su vecino, para no recordar más que sus defectos; se extrañaba de haber tenido la debilidad de quererle,

exageró sus quejas contra él, y llegó, ayudado por su carácter bretón, á considerarle como un enemigo mortal.

Hacia responsable al señor de Prades de su fastidio y de su *spleen*. Los días le parecían de una duración desesperante, las noches no acababan nunca, el cielo siempre le parecía nublado, la mar monotonía, las Costas del Norte sin carácter y sin interés. ¡Si hubiese podido, durante sus paseos al menos, cambiar sus ideas con su sobrina, que ahora en vez de correr á caballo al lado suyo, se sentaba en su coche en el sitio que ocupaba el barón! Pero Marcela tenía una idea fija: volver á ver á Didier. Apenas respondía á las preguntas que la hacía su tío y permanecía extasiada en sueños interminables. Su tristeza aumentaba aún más cuando el marqués dirigía sus excursiones á la playa de Legué, á la torre de Cesson ó á las rompientes de Paimpol. Al recorrer aquellos sitios donde había pasado tantas horas junto al ausente, sus queridos recuerdos volvían á su corazón; olvidaba á su tío y se separaba de él para pensar en el pasado ó interrogar al porvenir.

¡Ayl el porvenir se presentaba más oscuro cada día. Didier, de vuelta en Bretaña, y no atreviéndose á presentarse en casa del señor

de Couëdic, sin ser anunciado previamente, le hubo de dirigir la carta de su padre. Esta misiva no produjo el resultado apetecido. El señor de Prades la había escrito con su habitual ligereza. En vez de tratar de aliviar sus males, parecía no tener conciencia de ello, y hablaba á su antiguo amigo como si se hubiese separado de él en las mejores relaciones y nada grave hubiera pasado entre ellos. En cuanto á su defeción, tenía tan poco por qué arrepentirse de ella, que consagraba dos páginas á encomiar el encanto de las posiciones oficiales y la esplendidez de las fiestas de las Tullerías. Era una manera indirecta de decir que había olvidado por completo el pasado y de distraer al marqués, dándole el placer de leer su carta y de revivir con él.

Esta suprema delicadeza, no sólo fué comprendida por el señor de Couëdic, sino que le exasperó.

A aquella primer carta siguió una segunda: Didier la había guardado como de reserva, y la hizo llevar al día siguiente. Era aquella en que el señor de Prades pedía para su hijo la mano de Marcela.

¡Qué audacia! ¡La sobrina del marqués casarse con el hijo de un funcionario público, de un traidor, de uno que se ha vendido!

Gracias á que Marcela no se había enterado de este proyecto y no quería á Didier. Sin dignarse el señor de Couëdic hablar de las intenciones del señor de Prades, se dirigió presuroso á interrogar á su sobrina, á fin de tener el placer de comprobar que, educada en buenos principios, tenía idénticas opiniones políticas que su familia, y no consentiría nunca en separarse de ellas.

¡Ay! la pobrecilla cayó en el lazo: confesó su amor y sus esperanzas, y desde entonces estuvo perdida su causa.

El marqués empezó por enviar, bajo un sobre, y como si no las hubiese abierto, las cartas del señor de Prades, poniendo en ellas unas palabras, encargando políticamente á Didier que olvidase el camino de Couëdic y á los moradores de aquella posesión.

Al mismo tiempo, el aristócrata, tan confiado otras veces, que no había pensado jamás en estorbar los largos coloquios de los dos jóvenes, inventó mil estratagemas para impedir que se viesen y se escribiesen. Deshizo, con una destreza propia de un aldeano viejo, todas las tentativas empleadas por Didier para hablar con Marcela; interceptó sus cartas, detuvo y sobornó á sus emisarios, puso un centinela durante el día en el camino que condu-

cía al castillo, y por la noche en el parque.

Nunca jamás había estado tan ocupado como ahora: había por fin encontrado en qué emplear su actividad.

Después de tres semanas de luchas estériles, Didier, renunciando á ver á la que amaba, no pudiendo creer que no hubiese llegado ninguna carta suya á su poder, dispuesto á reprocharla su indiferencia y su olvido, tuvo que volverse á París, lleno su corazón de desesperación. Marcela, por su parte, gracias á la profunda habilidad de su tío, apenas tuvo conocimiento de lo que había pasado, y acusaba á Didier de no haber sabido vencer los obstáculos que de ella le separaban.

Gran sentimiento tuvo el aristócrata bretón al saber la marcha de Didier, y cesando de ejercer la vigilancia que tenía, dejó de poner centinelas y se retiró á sus tiendas. Para consolarse de verse condenado de nuevo á la ociosidad, tenía el dulce recuerdo del buen resultado obtenido por él: no sólo se había vengado de la familia de los Prades, y su sobrina se libertaba de unirse á ellos, sino que tampoco tenía nada que reprocharle, porque ignoraba que hubiese sido pedida su mano ni que hubiese sido negada.

Sin embargo, después de haberse tejido á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

si propio aquellas coronas y de habérselas ceñido á sus sienes, el señor de Couëdic comprendió que bastaba que volviese repentinamente á presentarse en Bretaña, ó que no pudiese ser interceptada una carta que de nuevo enviase, para poner á Marcela al corriente de la situación, hacerla enterarse de las estratagemas de que su tío se valía y hacer que le fuese inútil el trabajo hecho. Era, pues, muy prudente aprovecharse de las nubes que oscurecían el cielo de la dicha de aquellos dos amantes y desunirlos para siempre.

El marqués se impuso esa nueva tarea, que iba ahora á ocupar y á entretener su ociosidad.

La casualidad debía ayudarle: un domingo, al salir de misa mayor, en el pórtico de la catedral de Saint-Brieuc tuvo el placer de encontrarse con uno de los hombres más distinguidos del partido legitimista, el señor de Baud, que, después de haber defendido con talento sus ideas en el periódico mejor escrito de Bretaña, había sido elegido para representar el departamento de las Costas del Norte en la Cámara de Diputados.

El marqués, deseoso de hablar largo tiempo con su correligionario, le invitó á que fuese á pasar una temporada á su posesión de Couë-

dic, y el diputado se apresuró á aceptar aquella invitación, que parecía colmar su deseo y acaso designios ocultos.

XI

En efecto, después de permanecer largo tiempo en Couëdic el señor de Baud, al despedirse del marqués, le comunicó la profunda impresión que había causado en su alma la señorita Marcela Barrett, y el placer con que se casaría con ella, si le fuese permitido aspirar á pretender su mano.

Esta confidencia, bajo la cual se ocultaba una petición de matrimonio indirecta, pero bastante clara, causó en un principio cierta extrañeza al viejo aristócrata. No había pensado jamás en ver en el señor de Baud un futuro yerno; no veía en él sino al hombre público, pero sus cualidades como marido no las había observado. Hasta estaba tentado por creerlas negativas, porque el diputado por las Costas del Norte andaba próximo á los cuarenta años, no tenía bienes de fortuna, y eso era visto

si propio aquellas coronas y de habérselas ceñido á sus sienes, el señor de Couëdic comprendió que bastaba que volviese repentinamente á presentarse en Bretaña, ó que no pudiese ser interceptada una carta que de nuevo enviase, para poner á Marcela al corriente de la situación, hacerla enterarse de las estratagemas de que su tío se valía y hacer que le fuese inútil el trabajo hecho. Era, pues, muy prudente aprovecharse de las nubes que oscurecían el cielo de la dicha de aquellos dos amantes y desunirlos para siempre.

El marqués se impuso esa nueva tarea, que iba ahora á ocupar y á entretener su ociosidad.

La casualidad debía ayudarle: un domingo, al salir de misa mayor, en el pórtico de la catedral de Saint-Brieuc tuvo el placer de encontrarse con uno de los hombres más distinguidos del partido legitimista, el señor de Baud, que, después de haber defendido con talento sus ideas en el periódico mejor escrito de Bretaña, había sido elegido para representar el departamento de las Costas del Norte en la Cámara de Diputados.

El marqués, deseoso de hablar largo tiempo con su correligionario, le invitó á que fuese á pasar una temporada á su posesión de Couë-

dic, y el diputado se apresuró á aceptar aquella invitación, que parecía colmar su deseo y acaso designios ocultos.

XI

En efecto, después de permanecer largo tiempo en Couëdic el señor de Baud, al despedirse del marqués, le comunicó la profunda impresión que había causado en su alma la señorita Marcela Barrett, y el placer con que se casaría con ella, si le fuese permitido aspirar á pretender su mano.

Esta confidencia, bajo la cual se ocultaba una petición de matrimonio indirecta, pero bastante clara, causó en un principio cierta extrañeza al viejo aristócrata. No había pensado jamás en ver en el señor de Baud un futuro yerno; no veía en él sino al hombre público, pero sus cualidades como marido no las había observado. Hasta estaba tentado por creencias negativas, porque el diputado por las Costas del Norte andaba próximo á los cuarenta años, no tenía bienes de fortuna, y eso era visto

y sabido en toda Bretaña, y pasaba por gozar de una salud muy delicada. Vuelto de su primer sorpresa y acostumbrándose más á la idea que acababa de serle sometida, el señor de Couédic se vió obligado á reconocer que, si su huésped, bajo cierto aspecto puramente material, dejaba mucho que desear, bajo el punto de vista moral ofrecía grandes garantías: no solamente pertenecía á una de las más antiguas y de las más ilustres familias del país, sino que se había hecho un hombre estimado, tenía una gran posición, pasaba por ser uno de los consejeros del Príncipe desterrado, y sería llamado sin duda á los más elevados cargos, cuando en un tiempo no muy remoto triunfase la buena causa.

De todos modos, la cuestión merecía ser pensada y examinada con cuidado, y quién mejor que Marcela podía ayudar al marqués en aquel estudio?

Apenas estuvo Marcela al corriente de la situación, rechazó en absoluto dedicarse á examen alguno: por instinto no quería casarse con el diputado por las Costas del Norte.

Era obrar con poco tacto ante la terquedad del marqués: él, enemigo de hacer concesiones, no podía admitir que hubiese nadie que se opusiese á sus órdenes. Antes de conversar

con Marcela, no había tomado acuerdo alguno decisivo con respecto á su matrimonio; ahora le deseaba, y si hiciese falta, le impondría. Toda nueva resistencia debía aferrarle en su opinión, y hacer que su voluntad fuese invariable.

Había también comprendido, desde las primeras palabras de su sobrina, que sus desdenes para con el de Baud, eran inspirados en su amor por Didier, y el viejo aristócrata se sentía herido en lo más íntimo de no haber conseguido, á pesar de sus esfuerzos, vencer aquel amor prohibido, y arrancarle del corazón de Marcela. ¡Pues qué! ¿se la ofrecía entrar en la familia de los Baud, é iba ella á persistir en llamarse señora de Prades? ¿al hombre que estaba en perfecta comunión de ideas con su tío, prefería el hijo de un enemigo de su familia? ¡Era ser ingrata con el que la había recogido, educado y querido como si hubiese sido hija suya!

Desde entonces no tuvo el señor de Couédic más que una idea fija: continuar su obra, hacer triunfar su voluntad, separar para siempre á su sobrina de Didier.

Para conseguir su objeto, tuvo paciencia, se hizo hábil, adquirió las cualidades de un buen diplomático; consagró su tiempo á sermonear

á su sobrina para convertirla y estrecharla de todos los modos posibles. No temía descender hasta vigilarla, y del mismo modo que otras veces había confiscado las cartas de Didier, se apoderó de dos ó tres cartas en que Marcela, desesperada y temiendo sucumbir en la lucha que había emprendido, llamaba en su auxilio al barón de Prades.

Los cuidados y los trabajos del señor de Couëdic merecían tener su recompensa.

Marcela, sin tener ninguna noticia de París, creyéndose decididamente olvidada, cansada, abatida y falta de fuerzas, se declaró vencida y accedió por fin á los deseos de aquel cuya protección le faltaría, si hacía una resistencia más grande, encontrándose en tal caso sin recursos y hasta sin hogar.

Al momento, el señor de Baud, á quien hay que hacerle esa justicia, no había tomado parte alguna en los manejos del marqués, y esperaba en París, con los pies en las chinelas, la decisión de Marcela; fué sabedor de que al fin había accedido, y estaba conforme.

Al día siguiente de recibir tan grata nueva, se leía en el *Moniteur*, en el extracto de la sesión del Congreso de Diputados, después de una votación: «El señor de Baud, diputado por

las Costas del Norte, ausente con licencia.» Durante un mes, el Gobierno iba á tener el placer de registrar un voto menos en el activo de las oposiciones.

El futuro esposo, á quien la última sesión había hecho debilitar su salud, hizo, gracias al cuidado del marqués, su entrada triunfal en la posesion de Couëdic. Todos los pobres de las Costas del Norte se hallaron en su camino para darle la bienvenida. Pero él tuvo el buen gusto de mostrarse modesto en la victoria: no cansó á Marcela con su ansiedad, y se creyó obligado á hacerla la corte de un modo tan discreto, que ni se apercibió ella siquiera. En cambio, entretenía los ocios del señor de Couëdic, y encerrándose todo el día con él, le hablaba de los futuros destinos de Francia.

En fin, al cabo de tres semanas, porque las amonestaciones fueron públicas, se oyeron echar á vuelo las campanas de Saint-Brieuc, viéndose dirigir á la catedral las notabilidades de Morbihan y del departamento de las Costas del Norte. Entonces el marqués de Couëdic, radiante de alegría, llevó á su sobrina al pie del altar, mientras el órgano dejaba oír sus tristes acordes. El señor de Baud se arrodilló junto á la desposada y... el sacrificio se consumó.

Tres días después de la ceremonia, espiraba la licencia del señor de Baud, y los esposos se dirigieron á París. Hubiera sido fácil que la licencia se hubiese prorrogado; el presidente del Cuerpo Legislativo se hubiese apresurado de seguro á darla por tiempo indefinido. Pero la oposición no era entonces muy numerosa y llamaba á un colega cuya voz les era muy necesaria.

El marqués se quedó solo en su posesión de Couëdic. Para pasar el tiempo tuvo la satisfacción de poderse decir á todas las horas del día, que se había vengado del señor de Prades que había triunfado de todas las resistencias, y había casado admirablemente á su sobrina.

La llegada á París de los señores de Baud fué casi campestre. Se apearon en la calle de Vanneau, donde la hierba crece entre las piedras del pavimento, con lo cual, los que en ella habitan pueden hacerse la ilusión de que viven en provincias. El señor de Baud, cuando fijó su domicilio en París, después de su elección, escogió, en recuerdo de Saint-Brieuc, aquella calle tan tranquila. Había apreciado sus modestos hábitos, y llenó de atenciones para su joven esposa, la llevaba allí á pasar la luna de miel y las otras lunas también.

Marcela se instaló del mejor modo posible en uno de aquellos antiguos edificios cuyos espesos muros la recordaban las ruinas de Cesson, distribuyó el tiempo entre las labores de su casa y los cuidados que debía á su marido, que volvía de las sesiones de Cortes cansado, con mucha tos y muy decaído.

Cuando por la noche contaba los puntos de su cañamazo, ó miraba dormir á su esposo, tenía verdadero placer en transportarse con la imaginación á Bretaña. Ella vivía de hecho en París; pero todo induce á creer que hubiese elegido su domicilio en la posesión de Couëdic mejor que allí. Volvía á ver sus viejas torrecillas, sus praderas, sus cercados. Se perdía en sus verdes sendas, recorría las orillas del Gouët, se dirigía al mar y tomaba su baño en compañía del querido compañero de su infancia.

Como en sus buenos tiempos, avanzaban los dos cogidos de las manos, la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón en busca de las olas.

¿Qué hacía ahora? ¿En qué se había convertido? La habría él olvidado por completo. Se sentía ponerse encarnada, cuando sin darse cuenta de ello se hacía á sí misma esas preguntas. ¿Tenía derecho para hablar del pasa-

do? ¿Sus pensamientos la pertenecían? ¿No podía, acaso, evitar que se oscureciesen?

Bien pronto se daba toda clase de seguridades, diciéndose que, aun cuando su imaginación la llevase muy lejos, ella sabría permanecer fiel á sus deberes, y que ¿cuándo iba á tener ella noticias de Didier?

Mucho se engañaba; el señor de Baud se encargó de dárselas.

A pesar de su escaso favor en los Ministerios, muchos pretendientes acudían á pedirle su protección para obtener cualquier destino que por casualidad estaba vacante: la plaza del barón de Prades, que había muerto de repente, por ejemplo. Según de Baud decía, por las noticias que le habían dado sus colegas, porque entregado por completo al estudio, no estaba muy al corriente de las noticias parisienses, el señor de Prades había muerto muy á tiempo para no verse obligado á presentar la dimisión.

El ver tantos billetes de Banco como aflúan en el negociado que él desempeñaba había ido embriagándole poco á poco, como otra vez en Bretaña, el perfume de sus cartas amorosas, y obligado por razón de su cargo á ocuparse de la deuda pública, había por cuenta propia cultivado la deuda privada. Su caja estaba in-

taeta, pero el Ministerio de Hacienda se quejaba hacía tiempo ya de estar siempre lleno de gentes que se creían acreedores del Estado porque tenían por deudor á un funcionario público.

El hijo del señor de Prades, un buen muchacho, de quien todo el mundo hacía los mayores elogios, añadía el señor Baud, iba á encontrarse de la noche á la mañana sin medios de subsistencia, y hasta á verse obligado, para pagar las deudas de su padre, á vender las posesiones que le quedaban en las Costas del Norte.

Tales fueron las tristes noticias que Marcela obtuvo acerca de su compañero de infancia; y revivieron sus recuerdos hasta tal punto, que por prudencia no se atrevió á dar ninguna muestra de simpatía por aquel á quien siempre tenía en su corazón.

XII

El retiro absoluto á que el señor de Baud había condenado á Marcela, no sistemáticamente ni por manía, sino por el horror que sentía hacia la sociedad, por su amor al trabajo y al silencio; aquellas largas noches pasadas cerca de su marido, soñoliento ó embebido en los estudios más abstractos, acaso también por ocultas sublevaciones contra la existencia que la habían obligado á aceptar, aspiraciones á otra clase de vida; ciertas luchas misteriosas y sin cesar renovadas, de que salía victoriosa á costa de grandes esfuerzos de voluntad, alteraron poco á poco la salud de Marcela.

La ciencia acudió felizmente en su auxilio: un médico inteligente comprendió el mal que aquejaba á su cliente, y en vez de disponer drogas inútiles, tuvo el talento de aconsejarla una existencia más accidentada, más placentera.

Estas prescripciones causaron cierta emo-

ción en el señor de Baud: si se tratase de remedios farmacéuticos, de píldoras, de coque, sería para Baud un placer dárselos él mismo á Marcela, y para darla ejemplo por costumbre y hasta por gusto, los hubiese tomado con ella. Pero pedirle que proporcionase distracciones á una mujer aburrida, era verdaderamente exigir demasiado de su mansedumbre. Trató, sin embargo, de obedecer á la Facultad: durante un mes entero llevaba todos los días á su mujer, á las dos en punto, á las Cortes; tenía cuidado de colocarla en una de la mejores tribunas, desde donde oía á nuestros primeros oradores discutir acerca de los azúcares indígenas. Llevó su condescendencia hasta tomar parte en los debates, con gran sorpresa de los periodistas, que le habían puesto por mote el Mudo de las Costas del Norte. Habló durante tres horas seguidas, y al sentarse recibió las felicitaciones de todo su partido, dichoso de tener tan rara ocasión de manifestarle sus simpatías. Aquel gran éxito le envalentonó: al discutirse los presupuestos, lanzó contra el Gobierno y el ministro de Hacienda serias censuras, que hicieron que fuese llamado al orden varias veces. Pero ¿qué le importaba aquel pequeño contratiempo? Había conseguido animar la

sesión, provocando uno de esos incidentes tan deseados del público de las tribunas.

No contento con tratar de que pasara Marcela los días lo más entretenida que podía, quiso también dedicarla las noches: todas ellas, á las nueve, se sentaba á su lado en una butaca antigua, cubierta con una funda, cerca de una hermosa estufa de carbón de cok, y tenía la amabilidad de leerla los párrafos más inspirados de su última obra sobre el origen de la flor de lis.

Esta vida de placeres y aquellas tentativas no produjeron el resultado que se deseaba: Marcela se desmejoraba de día en día.

Entonces el señor de Baud, que en el fondo era un hombre honrado y un marido excelente, dentro de sus modestos alcances, rogó á su mujer que se distrajese sola, poniendo á su disposición su caja, y entregándole las llaves de todo, y él se entregó de nuevo á sus estudios favoritos.

Marcela se vió muy confusa: ¿hacia qué parte dirigirse? ¿Qué puertas eran esas que debía abrir? ¿Dónde estaban esos campos de distracción cuya llave tenía ella? El joven, á quien á los veinte años se le deja sueltas las riendas y se lanza desde una provincia ó desde la calle de Vanneau á París, emprende inmediata-

mente la carrera hacia el boulevard de los Italianos, se sienta una hora en Tortoni, come en la Maison Doré y acaba la noche, si es invierno en los Bufos, y si es verano en Mabilé. Pero esas distracciones no estaban al alcance de Marcela: no había oído nunca hablar ni de Mabilé ni de los Bufos, y además no tenía ningún caballero que la acompañase.

Estaba, pues, en el umbral de la puerta de su casa, con la llave en la mano, cuando los recuerdos de su infancia vinieron en su socorro. Antes de encerrarse en Bretaña con su tío, había pasado, en vida de su padre y de su madre, tres años en París, ó más bien en el Sagrado Corazón, y había hecho gran amistad con una joven de su edad, Lucila Peyrot. Separada más tarde de su amiga, mantuvo correspondencia con ella, autorizada por el señor de Couédic. Un día, Lucila notificó á Marcela su matrimonio: se casaba con un joven de veinticinco años, Jorge de Saire, empleado en las oficinas de uno de los primeros agentes de cambio de París.

Marcela, en tiempo de sus amores con Didier, segura de vivir en París, había prometido ir á ver á su condiscípula y presentarla su marido. En vez de haberse casado con el señor de Prades, se había unido al diputado por

las Costas del Norte. Presa ahora de desaliento, dominada acaso por un sentimiento de amor propio, había dudado en hacer conocer á aquel matrimonio joven su diputado valedurario.

Pero hoy ya el señor de Baud no la estorbaba en lo más mínimo: decidido á pasar la vida en el palacio de Borbón ó en la calle de Vanneau, no saldría de su concha, que él sabría cerrar herméticamente, aun cuando se cometiese la indiscreción de quererle buscar en ella. Marcela podía, sin peligro, hacerla su visita de boda; en vez de presentarla un marido de carne y hueso, se lo presentaría de memoria y de viva voz. Lucila, de quien ella recordaba su alegría y su atrevimiento, que muchas veces la había entretenido con sus placeres parisienses, poseía evidentemente las cualidades necesarias para procurar distracción á una mujer nerviosa y conducirla por esos campos de Dios, cuya llave no quería soltar.

Con gran asombro de los moradores de la calle Vanneau, Marcela hizo que llevasen un carruaje hasta la puerta de su casa, y dió las señas de la casa de la señora de Saire.

Ésta ocupaba en la calle de la Magdalena, en un tercer piso, uno de esos preciosos nidos de que Marcela no tenía la más remota idea,

y que desde luego la produjo cierta impresión. Desde su salón, cuyos muros se hallaban cubiertos de papel oscuro, ya ajado por el uso, y en el que se veían colgados por todo adorno, en marcos medio dorados y antiguos, los retratos de los señores de Baud, de fisonomía avi-nagrada, se veía transportada de repente á un cuarto tocador, cuyos muros desaparecían bajo la seda almohadillada, sobre las que se veían preciosos trabajos al pastel y magníficas graderías llenas de antiguos platos de Sajonia y diversos objetos de China. En vez del mobiliario sin gracia y sin estilo que la había ofrecido su marido con tanta generosidad, veía alrededor de sí sillones Luis XVI, tapizados con telas que formaban medallones; un *bonheur-du-jour* incrustado en cobre, una mesa de labor de casa de Worms y Lévy, una consola estilo Luis XV, de una elegancia extrema, una *chaise-longue* cubierta de satén gris perla, y sobre la chimenea, para reemplazar el péndulo antiquísimo, la odalisca de Pradier, de mármol blanco, sobre un zócalo negro deliciosamente hecho.

Era un barullo, pero muy artístico, de esos á que tan aficionados son los parisienses y que no tienen parecido con el de un camarote. Si la confusión de los variados estilos hiere la

vista de un coleccionador, en cambio despierta recuerdos diversos, permite al pensamiento vagar por distintas épocas y distrae la vista. Los detalles chocan á veces; pero el conjunto es siempre armonioso, hay unidad en su variedad.

Después de haberse fijado detenidamente en tan precioso salón y haberle comparado con el suyo, Marcela parecía mirar á su alrededor con inquietud. Los portiers, discretamente caídos, las cortinas echadas á medias, la odalisca con sus vestidos tan cortos, las bujías rosas y azules de la araña de cristal de Venecia, la *chaise-longue*, las mujeres escotadas hechas al pastel, los juguetones amorecillos que se veían en la tapicería, los cigarrillos, esparcidos en una bandeja, despertaban los escrúpulos de Marcela y producían mil dudas en su espíritu. El año anterior, en el trayecto de Saint-Brieuc á Paris, el señor de Baud, después de haberse encasquetado, como medida muy prudente, un gorro de terciopelo, se había dormido en Rennes, con la evidente intención de no despertar hasta la estación de Montparnasse, y Marcela, privada de la conversación de su marido, tuvo la idea, para distraerse y ejercer actos de mujer casada, de comprar una de las últimas obras de Arsenio

Houssaye. Hablábase en ésta de ciertas mujeres de costumbres ligeras, que antes se llamaban hetarias, decía el autor, después cortesanas, y más tarde loretas y entretenidas. Habitan siempre, según Arsenio Houssaye, el barrio de la Magdalena, y sus habitaciones, descritas con cuidado, parecían semejarse en muchos puntos á aquella donde se encontraba Marcela.

¿Se habría tal vez equivocado? ¿Habría llamado en casa de alguna hetaria en vez de llamar en la de su amiga? ¿Habría preguntado por la señora de Saire, pero podría haber dos y no se encontraba en casa de la que buscaba?

Su inquietud fué en aumento: una de esas doncellas desconocidas por completo en las Costas del Norte y hasta en la calle de Vanneau, una verdadera *soubrette* de comedia, de fisonomía simpática y agradable, con un delantal de seda, y su cofia elegante, adornada con cintas de color de rosa, levantó el portier, y sin entrar en el tocador, dijo á Marcela:

—Mi señorita me encarga que os pida la dispenséis y la concedáis el tiempo preciso para levantarse y echarse un peinador. Si la señora quiere entretenerse en leer algún libro...

Y alargando el brazo, dejó un volumen sobre el mármol blanco de la consola Luis XV.

y desapareció repentinamente, para ayudar sin duda á vestir á su señora.

Marcela cogió el libro: tenía por título *Amores y Adulterios*. Púsose encarnada y echó una ojeada al reloj: eran ya las tres de la tarde, y la dueña de la casa se levantaba entonces!

Indudablemente se había equivocado: no estaba en casa de Lucila. Quiso marcharse, pero en esto se levantó de nuevo el portier y apareció una mujer.

XIII

Era Lucila de Saire una morena de una belleza de tal manera original, que Carlos Durán no pudo resistir al deseo de hacer su retrato, uno de los mejores cuadros de ese joven maestro, célebre, á pesar de su juventud, entre los más notables.

El fondo del cuadro, de un azul oscuro, hacía resaltar el pálido semblante de Lucila. La expresión de sus grandes ojos negros, sonadores y medio cerrados, como si la luz les fatigase, ha sido admirablemente tomada por

el artista; la nariz movable, viviente, con sus ventanas palpitantes, estaba bien dibujada, por más que el pintor la había mejorado bastante; hubiera ganado sin embargo mucho si se le pareciese más, es decir, si fuese más pronunciada. En cuanto á su boca, de labios rojos, carnosos y discretamente sensuales, Carlos la había reproducido del natural, y el éxito que obtuvo da la razón al pintor: las escasísimas mujeres á quienes él consiente en retratar, le piden una boca semejante á la de la señora de Saire, pero él es demasiado concienzudo para acceder á sus deseos.

A fin de reunirse lo más pronto posible con su amiga, Lucila se había apresurado á levantar, recogidos sobre su cabeza, sus abundantes cabellos negros y echarse un peinador de crespón de la China, de color de rosa, lujoso, *des-habillé*, que hacía resaltar maravillosamente la flexibilidad del talle, el desarrollo de sus caderas y la amplitud de su pecho. Pero los cabellos habían sido recogidos con demasiada precipitación, empezaban á sublevarse contra las largas horquillas que los retenían, y muchos mechones rebeldes, esparcidos sobre el peinador, dibujaban en él grandes sombras. Al mismo tiempo los broches de plata que tenían sujeto el peinador al talle, se habían

y desapareció repentinamente, para ayudar sin duda á vestir á su señora.

Marcela cogió el libro: tenía por título *Amores y Adulterios*. Púsose encarnada y echó una ojeada al reloj: eran ya las tres de la tarde, y la dueña de la casa se levantaba entonces!

Indudablemente se había equivocado: no estaba en casa de Lucila. Quiso marcharse, pero en esto se levantó de nuevo el portier y apareció una mujer.

XIII

Era Lucila de Saire una morena de una belleza de tal manera original, que Carlos Durán no pudo resistir al deseo de hacer su retrato, uno de los mejores cuadros de ese joven maestro, célebre, á pesar de su juventud, entre los más notables.

El fondo del cuadro, de un azul oscuro, hacía resaltar el pálido semblante de Lucila. La expresión de sus grandes ojos negros, sonadores y medio cerrados, como si la luz les fatigase, ha sido admirablemente tomada por

el artista; la nariz movable, viviente, con sus ventanas palpitantes, estaba bien dibujada, por más que el pintor la había mejorado bastante; hubiera ganado sin embargo mucho si se le pareciese más, es decir, si fuese más pronunciada. En cuanto á su boca, de labios rojos, carnosos y discretamente sensuales, Carlos la había reproducido del natural, y el éxito que obtuvo da la razón al pintor: las escasísimas mujeres á quienes él consiente en retratar, le piden una boca semejante á la de la señora de Saire, pero él es demasiado concienzudo para acceder á sus deseos.

A fin de reunirse lo más pronto posible con su amiga, Lucila se había apresurado á levantar, recogidos sobre su cabeza, sus abundantes cabellos negros y echarse un peinador de crespón de la China, de color de rosa, lujoso, *des-habillé*, que hacía resaltar maravillosamente la flexibilidad del talle, el desarrollo de sus caderas y la amplitud de su pecho. Pero los cabellos habían sido recogidos con demasiada precipitación, empezaban á sublevarse contra las largas horquillas que los retenían, y muchos mechones rebeldes, esparcidos sobre el peinador, dibujaban en él grandes sombras. Al mismo tiempo los broches de plata que tenían sujeto el peinador al talle, se habían

desabrochado sin prevenir á Lucila de su traición, y dejaron al descubierto las enaguas de batista blanca, pegada á las caderas y su camisa guarnecida de encajes, bastante transparentes para dejar que se descubriese el tono rosado de sus carnes.

Después de un movimiento de duda muy natural, puesto que las dos amigas no se habían visto desde el convento, Lucila conoció á Marcela, se echó en sus brazos, y llevándola hacia la *chaise-longue*, donde las dos se sentaron, empezó diciendo:

—¡Por fin te dignas visitarme! La esposa del elevado personaje señor de Baud consiente al fin ver á la mujer del insignificante señor de Saire.

—¡Qué! supones tú...—dijo Marcela, defendiéndose de aquella acusación.

—No lo supongo, lo compruebo; tú estás en París desde hace mucho tiempo y no has dado señal ninguna de vida á la que esperaba verte al día siguiente de tu llegada.

—¡Ah, si tú supieses!—dijo Marcela.

—¿Qué hay?

—¡Si conocieses mi vida!

—¡Qué dices! ¡Acaso eres desgraciada! ¿No contestas? ¿Luego es cierto? Y vienes á mí el día que sufres. Corres á refugiarte en tu ami-

ga, en tu hermana... Te acuerdas de eso, ¿no es verdad? En el convento me dabas el nombre de hermana... Has hecho divinamente. Esa es la verdadera amistad, ó no existe. Se tiene el derecho, no de olvidar á los amigos, si el de no hacer caso de ellos en la felicidad; pero cuando se sufre se debe acudir á ellos. Eso has hecho tú, y yo te lo agradezco muchísimo.

No había la menor ironía en aquellas palabras: Lucila expresaba fielmente su pensamiento. Su sonrisa, su mirada, la dulzura de su voz afirmaban sus protestas y no permitían dudar de su franqueza.

Ésta se detuvo y miró á Marcela.

—¡Cuánto has cambiado!—la dijo.—¡cómo te has desarrollado, qué guapa estás! En el Sagrado Corazón prometías ya mucho; pero has ido aún más allá de tus promesas. Quisiera, sin embargo, que estuvieses más gruesa; á los hombres les gustan así las mujeres, tienen el mismo gusto que los musulmanes. Mi marido dice que hay tres sexos: el hombre, la mujer, y la mujer delgada. Tú no fornias parte por ahora del tercer sexo; pero tiendes á pertenecer á él... ¡Y aquel color tan sonrosado que antes tenías! ¿Has vivido tantos años junto al mar para perderle? Estás más pálida que yo, y yo soy morena y tengo el derecho de no te-

ner colores, y no podrías resistir la vida que llevo: siempre de diversión, siempre en París... Y no me quejo, porque es muy buena... ¿Y tú? ¿Dónde está aquel brillo de tus ojos que antes tenías?... Pero dime, ¿qué te pasa?

—Estoy enferma—dijo Marcela.

—¡Enferma! Y yo que hablaba sin parar. No siempre estoy de tan buen humor, no lo creas. Paso noches enteras en esta *chaise longue* sin despegar los labios; cualquiera creería que estoy durmiendo. Mi marido, sentado frente a mí, fuma y me mira en silencio. Es su manía; es un verdadero musulmán, ya te lo he dicho. ¿Y qué tienes? ¿cuál es tu enfermedad? ¿qué te aqueja? ¿De qué padeces?

—De todas partes; de la cabeza y del corazón: estoy aburrida.

—Y te has dicho para tus adentros: Lucila me distraerá. ¡Qué amable eres! ¡déjame que te abrace, querida mía, por haber tenido esa buena idea!

Y atrayéndola hacia sí, la besó ruidosamente en las mejillas, y la dijo:

—¿Tu marido no es bastante para distraerte? No es muy viejo el señor de Baud; he adquirido informes acerca de él... Yo deseaba, en cuanto llegases a París, ir a verte; pero Jorge no me ha dejado. Y sábelo, por si lo

ignorabas... Tú te acordarás que antes no me gustaba ese nombre; ahora le adoro.

—¡Eres feliz!—dijo Marcela.

—¡Inmensamente dichosa, ya lo sabrás! Jorge, decía, no me ha dejado que te hiciese yo la primer visita, y no es muy rigorista en ese punto; pero tu esposo, legitimista acérrimo y diputado por las Costas del Norte, no le gustaba mucho. «El marido de tu amiga, me decía, no tiene gusto alguno en visitar la casa de un bolsista... «Porque somos bolsistas, querida Marcela; antes teníamos la octava parte de los derechos que cobraba un agente de cambio; ahora ya percibimos la cuarta parte: hemos ascendido. ¡Ah! si el mío hubiese sido diputado como el tuyo, ó ministro, ó soberano de algún pequeño Estado, hubiésemos ido á buscárté. De modo que, ya lo comprendes, nuestra inferioridad era lo que nos mantenía quietos en nuestro sitio... ó más bien... pero no... ni tú lo comprendes ni yo tampoco; son los hombres los que entienden esas cosas; los maridos son los que saben lo que es la dignidad. Y á propósito de maridos, ¿dónde está el tuyo?

—Se quedó en casa; tose mucho.

—Mañana no toserá ya. ¿Se le podrá ver?

—¡Cá! Mañana tendrá dolores reumáticos.

—¡Ah! me dejas asustada—exclamó Lucila.—Te has desposado con un... ser embalsamado. Perdóname la expresión, pero no he encontrado otra más á mano. Te han sacrificado, lo veo bien claro. Cometan crímenes espantosos en la vieja Bretaña. El día en que vi una carta tuya, fechada en el castillo de Conédic, me dije: «¡Pobre chica; su tío la va á enterrar en vida!» Y no me he engañado; ya te ha comido los colores... Pero pronto te los devolveremos. Jorge y yo te vamos á curar ese atroz *spleen* que padeces, que es el mal más grave que sufres. ¡Ah, has llegado á tiempo! Irás con nosotros á todas las diversiones. Es decir, ¿te dejará tu marido?

—Obedeciendo á órdenes de los médicos, me ha dado libertad absoluta.

—¡Qué hombre más amable! ¿Y vamos á tener á la mujer sin el marido? ¡Es divino! Jorge va á quedarse asombrado. El señor de Baud no puede hacer migas con él; es demasiado serio. Y no creas por eso que mi Jorge es muy ligero; se hace gran caso de él en la Bolsa. Tiene la confianza de su agente y de todos los clientes suyos, y es muy apreciado y muy querido de todos. Pero le gusta la alegría, y como estando cerca de mí la encuentra, corre aquí, en cuanto termina su tarea,

con toda la fuerza de su... corazón. Le vas á ver dentro de poco, y después comeremos los tres. ¡Oh! y no te niegues; yo soy tu médico y lo mando. Tú has venido á mí para que te sujete á un tratamiento, y desde hoy mismo empieza ya.

Tan hermosa habladora dejó por fin hueco para que Marcela pudiese decir algunas palabras, y ya más gozosa, más animada, por decirlo así, deseosa sobre todo de ponerse de acuerdo con su amiga y no entristecer su alegre sonrisa, habló sencillamente y con gran discreción. Después de haber dado detalles sobre el modo de haberse hecho su matrimonio, su triste llegada á París y la monotonía de su vida, refirió con gracia lo apurada que se vió cuando el señor de Baud la dijo: «Yo no puedo procurarte las distracciones que necesitas, querida Marcela; búscalas tú misma, diviértete mucho y cúrate. Tengo absoluta confianza en tu lealtad y no dudo un momento en darte la libertad que te hace falta.»

Tanta libertad la contrariaba, pero se acordó de su amiga Lucila y fué á buscarla. Había tenido que esperar hasta poderla ver, y en aquel salón donde todo la asustaba y donde se hallaba recelosa había dudado si estaría en casa de su amiga.

Estos temores hicieron reír mucho á Lucila. Trataba de rehabilitar la moralidad de su casa, y de iniciar á Marcela en los detalles de su vida, cuando Jorge, creyendo que su mujer estaba sola, entró impetuosamente en la sala.



Jorge era moreno, como su mujer, pálido como ella, la nariz era un poco gruesa, los labios rojos y los dientes resplandecientes de blancura, iguales también á los de Lucila. Pero en lo demás no se parecían en nada. Su esposa era bastante gruesa, ella misma lo había dicho; su marido, por el contrario, se distinguía por su delgadez. Era, en suma, si no un hombre hermoso, muy aceptable; tenía treinta años escasos, y era elegante sin afectación y de maneras irreprochables.

Lucila se apresuró á presentársele á su amiga; se dieron la mano, y merced á la gracia de aquélla y á la simpatía que inspiraba su marido, Marcela se consideró bien pronto di-

chosa, estando en compañía de aquella enamorada pareja.

Cuando Jorge se puso al corriente de la situación, aceptó la misión de distraer y de curar á la enferma de la calle Vanneau, con ayuda de su mujer por supuesto. Lucila volvió á reanudar la conversación donde la había dejado, y dirigiéndose á Jorge, le dijo:

—¿Podrás creer que Marcela ha estado á punto de marcharse, mientras estaba esperándome, para no volver jamás?

—¿Por qué, señora?—dijo Jorge sorprendido, volviéndose hacia la señora de Baud.

Lucila se encargó de contestar.

—Imaginate que la pobrecilla estaba asustada al ver el aspecto de la casa y sobre todo del mueblaje de esta sala. Encontraba puntos de semejanza con la descripción de la habitación de... ¿Cómo lo diría yo, para que no se ponga colorada?... ¡Bah! que se acostumbre al lenguaje de la época... de la habitación de una... *cocotte*. Ya me he atrevido á decir la palabra; pero la ha de oír en el teatro y en todas partes muchas veces.

Marcela, sin protestar contra la palabra, quiso defenderse de la acusación.

—No tienes necesidad de defenderte—replicó Lucila,—sí, comprendo tu situación, esos

temores tuyos dan prueba de tu inteligencia.

Recorrió con la vista todos los muebles que la rodeaban, y añadió:

— Hay en este salón algo de lo que dices. Esos *bibelots*, esos cigarrillos, el motivo que adorna la chimenea, esos pechos al aire no son de recibo, lo reconozco, en una casa de la honrada clase media. Mi traje, del que no me has dicho nada, mis maneras, mi lenguaje, dan mucho que pensar. Es mi marido, querida mía, quien me ha hecho así; él me ha hecho vestir así, él ha amueblado la casa á su gusto. A los veinte años era yo tan inocente como tú. Recién salida del convento no conocía el mundo. Ese señor — y señaló á Jorge con la mirada — se presentó en traje de diplomático en casa de mis abuelos; parecía un santo... Luégo he mudado de opinión, puedes creerme... Me hizo la corte, pidió mi mano, y me he dejado, por fin, que me lleve al sacrificio... Entonces el monstruo ha echado á un lado su corbata blanca y su traje de etiqueta. Me cogió en sus brazos, y alzándome hasta sus labios, me dijo: «Ya lo sabes, angel mío, nada de ceremonias ya, nada de comidas de familia ni de reuniones. Odio todas esas cosas... No soy tu marido, soy tu amante, y espero serlo siempre... En vez de tener una de esas queridas que lla-

man la atención en París y fuera de él, y de que á la mitad de nuestra vida nos avergonzamos, que nos ponen en una situación falsa y nos consumen poco á poco, si no nos arruinan del todo, he creído lo mejor y más juicioso casarme con una joven soltera, hermosa, inteligente y bien educada. Pero no voy á cambiar por eso mi vida, ni á adocenarme con el matrimonio... No haremos más visitas que las precisas para que den fe de que existimos. El resto del tiempo lo dedicaremos en ir á comer con algunos amigos, que son muy buenos chicos. Recorreremos los teatros, sin faltar á ningún estreno. Viajaremos; acaso hasta te lleve á un baile en el teatro de la Opera para gozar con tu asombro. Si esta existencia no te conviene, dímelo, y te mando con tu familia. Algo tarde es; el procedimiento sería tachado de ligero; pero si yo te hubiese dicho estas cosas antes... que la epístola de San Pablo, te hubiera asustado. Y, por el contrario, si tienes el buen gusto de aprobar mis ideas, yo te adoraré toda mi vida y te haré pasar una existencia agradable y dichosa de que no has de quejarte.» Me quedé... qué quieres, querida amiga... después de esa epístola, como él la llama... que ni padre, ni madre, ni nadie hubiesen hecho carrera de mí.

Jorge, en pie, vuelta la espalda á la chimenea, con la cabeza inclinada, los codos apoyados en el mármol, sonreía sin decir una palabra, y Marcela prestaba gran atención á aquel lenguaje, tan nuevo para ella, que muchas veces la hacía ponerse colorada, cuando las imágenes de que se servía Lucila eran demasiado transparentes.

Esta continuó así:

—He tenido, pues, que seguir las malas costumbres, el lenguaje, las maneras, los vicios de este señor. Me ha separado de mi familia y de la sociedad á que yo iba, para arrojarme en ese mundo, puramente ideal, que se llama el mundo que se divierte. Como antes de conocerme no había vivido más que entre *cocottes*... y perdóname que diga por segunda vez esta palabra, y prepárate para oír otras muchas... me ha creado una vida de *cocotte*. Pero soy una *cocotte* legal. No me visito con ninguna mujer, apenas á dos ó tres de esas que no hacen ruido, y eso porque mi familia solo ha pedido, son las únicas con que me ha dejado tratar. Aborrece, no á las mujeres, sino á los maridos que ellas tienen, y dice: «Te permito que recibas á tus amigas, eso no trae consecuencias malas; pero á sus señores y dueños ya es más grave; no quiero que mis

amigos íntimos tengan que relacionarse con esos señores desconocidos que turbarían su buen humor. Por eso ha sido grandísima mi alegría cuando me dijiste que habías dejado en tu casa al señor de Baud.

—¡Oh! señora, podéis creer...—dijo Jorge, dirigiéndose á Marcela.

Lucila se apresuró á interrumpirle:

—No le creas una palabra de lo que te va á decir, querida mía. Por política, parecerá que siente no ver á tu marido; si te hubiese acompañado, apenas la puerta se cerrase tras de ti, mi tirano me hubiese dicho con voz más suave: «Ya lo sabes, no quiero ver esa clase de gentes en mi casa.» Y cuando él dice una cosa, no hay más remedio que obedecerle. Y no parece que sea así, ¿no es cierto? Es un déspota atroz. Yo no recibo más que á ciertos hombres, como si no supiese ocupar mi lugar. Jorge, es verdad, debo hacerle esa justicia, los ha sabido escoger. Los hay entre ellos de todas clases: pintores, escritores, escultores, hasta hombres políticos. Sí, tenemos colegas del señor de Baud, no rechazamos á nadie. Recibimos también algunos sabios: no tengo necesidad de leer; oigo y estoy al corriente de la literatura, de las artes, de la ciencia. Eso es muy cómodo... alimento á esa tur-

ba una ó dos veces á la semana, y parecen tan contentos conmigo. No hay nadie de ellos que me haga el amor, á Dios gracias... ese señor que me arrulla algunas veces, me basta... pero todos ellos me quieren ó aparentan quererme. Y no es una gran cosa. Aliento sus vicios: vienen á comer á mi casa en traje de americana, se marchan á las nueve si tienen una cita, se ponen á fumar en cuanto llegamos á los postros. Lo único que les prohíbo es que jueguen. Por ese detalle y por algunos otros, mis reuniones no se parecen en nada á las de la aristocracia, donde tienen la mala costumbre de jugar al *bacarrat* y al *lansquenet*... Y basta ya, amiga mía, no quiero fastidiarte más; te he dicho lo bastante para ponerte al corriente de mis desgracias. Este salón ha sido amueblado al capricho de mi marido, en recuerdo, sin duda, de algún tocador *non sancto* donde habrá pasado su juventud. En él ha colocado todos esos caprichos con que se adornan los otros. Esa odalisca, que me hace poner colorada como á ti te ha pasado, proviene de su cuarto de soltero; entonces no hacía poner colorada á ninguna persona de las que le visitaban. Esta bata de casa, que tanto te ha chocado, me hace mi marido que la use. Una mujer, según él, debe ponerse lo mejor dentro

de su casa, porque su misión es agradar á su marido; en la calle, es inútil que sea agradable á los extraños. ¡Siempre con sus ideas de tureco! Es un loco.

—Pero tú le quieres—dijo Marcela dirigiendo una tímida mirada á Jorge.

—No tal—contestó Lucila,—es él quien me adora á mí.

—Os adoráis los dos.

—Bueno, sea, nos adoramos los dos. Así habremos conjugado todo el verbo adorar. ¿Estás satisfecha?

Tendió á Jorge su mano blanca y muy cuidada, y él se contentó con besar la punta de sus dedos, para que no se pusiese Marcela colorada otra vez.

Esta se dejó convencer con facilidad de que debía pasar la tarde con aquel matrimonio, que estuvo tan amable con ella.

Dos días después volvió otra vez y la llevaron á ver un estreno. Después no dejaron de verse ningún día. Lucila y Jorge habían comprendido la curación de su amiga y la convidaban á todas las diversiones donde ellos iban.

Marcela pasaba el día en la calle de Vanneau, ocupada en cuidar su casa y su marido. Después de comer con su esposo y dejarle pre-

paradas las tisanas que tomaba, cogía un coche, y acompañada de algún criado antiguo, que se subía en el pescante, se dirigía al barrio de la Magdalena.

Al poco tiempo conocía ya todos los teatros y estaba al corriente de las obras del repertorio y de todas las nuevas.

Ocupaba un día con los esposos Saire un palco en el teatro de la Ópera Cómica, donde representaban *Le Pré aux Clercs*; eran las ocho y media cuando ya el público se impacientaba al ver que el telón no se levantaba, un empleado del teatro salió á anunciar que Capoul se había puesto malo repentinamente y no podía cantar. Un artista desconocido se ofreció á reemplazarle, pero la empresa lo advertía al público para que los que no se hallasen conformes con la sustitución, pudiesen recoger el importe de sus localidades, que les sería devuelto.

Una tercera parte lo menos de los espectadores se levantó de sus asientos y se salieron; Jorge, su esposa y sus amigos, después de un momento de vacilación, se decidieron á quedarse en su palco.

El telón se levantó: el que hacía el papel de Capoul apareció en escena... Marcela, al verle, ahogó un grito.

XV

Un antiguo amigo del señor de Prades, el señor de Linois, consultado por Didier poco tiempo después de fallecer su padre, sobre la determinación que debería tomar en la situación en que se encontraba, le dió los consejos siguientes:

—Prades, cuando se retiró á Bretaña, cometió el error de llevaros con él interrumpiendo vuestros estudios. Más tarde no habéis vuelto á continuarlos, y no sois ni bachiller en letras, en una época en que los doctores en jurisprudencia y los bachilleres en ciencia, apenas si pueden adquirir una posición decente. De modo que vos, ó no podréis tenerla nunca, ó viviréis vegetando en algún empleo subalterno. Porque á falta de esos conocimientos serios y ese título oficial, no sacáis partido de las dotes que la naturaleza os ha concedido. Tenéis una buena voz, pues aprovecháos de ella. No solamente os podrá servir para subsistir, sino hasta para haceros rico.

paradas las tisanas que tomaba, cogía un coche, y acompañada de algún criado antiguo, que se subía en el pescante, se dirigía al barrio de la Magdalena.

Al poco tiempo conocía ya todos los teatros y estaba al corriente de las obras del repertorio y de todas las nuevas.

Ocupaba un día con los esposos Saire un palco en el teatro de la Ópera Cómica, donde representaban *Le Pré aux Clercs*; eran las ocho y media cuando ya el público se impacientaba al ver que el telón no se levantaba, un empleado del teatro salió á anunciar que Capoul se había puesto malo repentinamente y no podía cantar. Un artista desconocido se ofreció á reemplazarle, pero la empresa lo advertía al público para que los que no se hallasen conformes con la sustitución, pudiesen recoger el importe de sus localidades, que les sería devuelto.

Una tercera parte lo menos de los espectadores se levantó de sus asientos y se salieron; Jorge, su esposa y sus amigos, después de un momento de vacilación, se decidieron á quedarse en su palco.

El telón se levantó: el que hacía el papel de Capoul apareció en escena... Marcela, al verle, ahogó un grito.

XV

Un antiguo amigo del señor de Prades, el señor de Linois, consultado por Didier poco tiempo después de fallecer su padre, sobre la determinación que debería tomar en la situación en que se encontraba, le dió los consejos siguientes:

—Prades, cuando se retiró á Bretaña, cometió el error de llevaros con él interrumpiendo vuestros estudios. Más tarde no habéis vuelto á continuarlos, y no sois ni bachiller en letras, en una época en que los doctores en jurisprudencia y los bachilleres en ciencia, apenas si pueden adquirir una posición decente. De modo que vos, ó no podréis tenerla nunca, ó viviréis vegetando en algún empleo subalterno. Porque á falta de esos conocimientos serios y ese título oficial, no sacáis partido de las dotes que la naturaleza os ha concedido. Tenéis una buena voz, pues aprovecháos de ella. No solamente os podrá servir para subsistir, sino hasta para haceros rico.

—Vuestro cariño hacia mí, os hace exagerar lo que llamáis dones naturales míos. Es cierto que en un salón puedo agradar á un público indulgente, pero no me hago la ilusión de creer que, como artista, pudiese tener buen éxito.

—Estáis muy engañado—dijo el señor de Linois.—El año pasado en mi casa, poco después de haberse verificado aquella reunión, en que accedisteis vos á mis ruegos y cantasteis algunas piezas de música, tuve ocasión de hablar acerca de vos con el señor P... venerable maestro de música que durante muchos años ha estado empleado en el teatro de la Ópera, y su opinión fué la siguiente:

«Es sensible que ese joven pertenezca á la buena sociedad y tenga medios de subsistencia; si se dedicase á la carrera artística; si hubiese sido yo director de algún teatro lírico, le hubiese llamado á mi despacho y le hubiese dicho: «Si accedéis á trabajar sin descanso durante dos años consecutivos con profesores escogidos por mí, os doy una pensión de tres mil francos. Dentro de esos dos años debutaréis en mi teatro, y entonces os señalaré un buen sueldo.» Estas palabras eran sinceras. Las recuerdo hoy como si acabase de oírlas y yo, á mi vez, os digo: Consagrad á estudios

serios esos pocos miles de francos que os quedan como herencia paterna, después de haber pagado todas vuestras deudas; y el día en que vuestros maestros os lo permitan, podréis remontar el vuelo con vuestras propias alas.»

—¿Y adónde podría volar yo?

—¡Pues al teatro! ¡Por vida del...

—¡Cómo! ¿Queréis que yo sea actor?

—¿Y por qué no? ¡Ah, querido, con haber vivido tres años en las Costas del Norte, habéis adquirido las preocupaciones de la vieja Bretaña! Claro es que un cantante no es un actor. Es un artista, un tenor: Faure, Capoul, la Nilsson, la Patti son un nombre, una personalidad, una gloria. A nadie se le ocurrirá decir el actor Faure, ó la Patti, la gran actriz, sino que dirán: esa gran artista, lo cual no es lo mismo. Y además, si en vez de estar dotado de tan buena voz, tenéis talento para ser un actor, ¿eroéis que dudaría yo en aconsejaros que debutaseis en alguno de nuestros teatros dedicados al drama ó á la comedia? El actor que vive honradamente se hace respetar y respeta su arte, es menos digno de estimación que la mayor parte de los vagos y los inútiles que abundan tanto en nuestra época? Desechad ese falso pudor, esa vergüenza, esos escrúpulos de que nadie hace caso ya. Si vuestros títulos y vues-

tros pergaminos os estorban, cambiad de nombre y rodeadle de una aureola tal, que más tarde, cuando os hayáis hecho célebre y seáis rico, no penséis en vuestro nombre de familia más que cuando os acordéis de vuestro padre.

Esta conversación causó en Didier profunda impresión; sin embargo, no se atrevió aún á seguir los consejos del señor de Linois. Debía resentirse naturalmente la educación que le había dado su padre; si el difunto barón de Prades no tenía principios muy firmes, poseía, en cambio, preocupaciones muy arraigadas, y poco á poco se las había imbuído á su hijo. Este, al verse sin recursos y teniendo que trabajar, hubiera aceptado una posición de las más humildes; pero se le hacía muy duro y no podía acostumbrarse á la idea de salir á las tablas. Encontraba acertados los razonamientos del señor de Linois, que creía que un cantante, en el día mismo que se presenta en escena se convertía en un cómico. Esta profesión no le parecía despreciable; pero imbuído por sus ideas aristocráticas, hubiera querido adoptar otra cualquiera antes que esa.

Desgraciadamente, no había donde elegir. Las nuevas tentativas que hizo para conseguir

un destino, no obtuvieron ningún resultado. El Ministerio de Hacienda tenía muy malos recuerdos de su padre, y hacía á Didier responsable de los fastidios que los acreedores del señor de Prades le habían causado. En los otros Ministerios le pedían títulos de que carecía, ó sufrir ciertos exámenes, para los que no estaba preparado. Sus últimos recursos se agotaban de día en día. Su única propiedad, la posesión situada en las Costas del Norte, el querido asilo de su edad juvenil, la había tenido que malvender en subasta judicial. El marqués de Couëdic, aprovechando aquella ocasión de extender sus dominios, y no tener ya ningún vecino, compró en el precio de tasación la casa y las tierras que la rodeaban.

En fin, era preciso tomar algún partido, y causado de luchar, se decidió á seguir los consejos del señor de Linois. ¡Ah! si Marcela viviese para él, si no hubiese sido separado de ella para siempre, aún hubiese vacilado y esperaría; conocía demasiado al señor de Couëdic para pensar en la carrera del teatro. Sabía que ella estaba condenada de antemano por el marqués. Pero Marcela, olvidando la fe jurada, se había casado. No había nada que esperar, había muerto para él; podía disponer de su existencia, y luchar contra el destino sin te-

mer que se perdiese para siempre el porvenir.

Después de pagar las deudas de su padre, le quedaron á Didier unos doce mil francos. No necesitaba preocuparse en qué colocaría aquella suma, puesto que la renta que le produjese no le bastaba para vivir; por el contrario, la dividió en dos partes iguales que habían de servirle para proveer á sus necesidades durante dos años, poniéndole al abrigo de todo fracaso corporal. Después de tomar estas primeras disposiciones, dejó la habitación que su padre ocupaba, y que había sido desamueblada por los acreedores, se fué á vivir á Clichy, alquiló un piano, adquirió diversas partituras y métodos de canto, fué á ver al excelente profesor Pagans, que le había recomendado el señor de Linois, y decidido á privarse de todo placer y crearse obligaciones que perjudicasen sus estudios, se entregó en cuerpo y alma al trabajo.

Al cabo de dos años, durante los cuales su ánimo no desmayó, había hecho tan rápidos progresos en su arte y obtenido tales resultados, que sus maestros fueron los primeros que le aconsejaron empezase á dirigir sus esfuerzos á obtener, si no sueldo fijo, al menos la seguridad de que le dejasen salir á cantar en algún teatro lírico de París.

Largo tiempo fueron infructuosos los medios que empleó para ello. Los artistas, en general, tienen prevención á las gentes que no son de su clase. Se niegan á reconocer sus aptitudes y cualidades, notables muchas veces, y al mismo tiempo, los directores de teatro, objeto de peticiones ridículas, rodeados y cansados por las medianías y las nulidades que sitian nuestros teatros, renuncian á descubrir nuevos talentos, y se resignan á girar siempre en el mismo círculo.

La casualidad vino en ayuda de Didier. Hallábase una tarde, á eso de las siete, en el teatro de la Ópera Cómica, en el despacho del Director, que alimentaba con promesas sus esperanzas y sus deseos, acogidos, como de costumbre, cuando el representante de la empresa vino bruscamente á interrumpirlos.

—Capoul acaba de avisar ahora mismo— dijo dirigiéndose á su principal—que se ha puesto malo de repente y no puede venir á cantar. Tenemos cuatro mil francos de entrada, el teatro está lleno; ¿qué hacemos?

El director se quedó aterrado.

—¿X... puede sustituirle?—preguntó.

—Le habéis dado ayer licencia por dos días; está en el Hayre.

—Podemos cambiar la función.

—Imposible! Todo el escenario está desordenado, por causa de los ensayos de la nueva obra. Y no tenemos más que los coristas. ¿Dónde vamos á encontrar á los actores á las ocho de la noche?

El director se paseaba con agitación. De repente debió ocurrírsele alguna idea. Dirigióse presuroso á Didier que, silencioso, escuchaba aquella conversación, se paró delante de él, le miró y le dijo sin más preámbulos:

—¿Sabéis el papel de Mergy en el *Pré aux Clercs*?

—Sí señor; yo hubiese escogido esa obra para mi salida, si me hubieseis alguna vez concedido ese favor.

—Pues bien; os lo concedo esta noche, ahora mismo. Me voy á mi palco y no vuelvo ya. Tenéis la misma estatura que Capoul, podéis poner os su traje mientras avisamos al público lo que ocurre. ¿Os conviene así?

Después de reflexionar unos cuantos segundos, Didier aceptó resueltamente.

Media hora después hacia su primer salida en el escenario de la Opera Cómica.

Marcela estaba, como antes hemos dicho, en el teatro, sentada junto á sus amigos los señores de Saire.

XVI

De este modo se verificó la primer salida de Didier en el teatro. Jamás *debut* alguno fué más imprevisto; pero ninguno tampoco fué tan halagüeño como el suyo.

Al segundo acto el público había sido ya conquistado. Los amigos del director y muchos abonados fueron á buscarle á su palco para decirle:

—Sin duda os habéis querido chancear con nosotros: ese joven no es la primera vez que trabaja en el teatro, como ha dicho vuestro representante; ha trabajado otras veces. Es un golpe de efecto que teníais preparado desde hace tiempo: nos habéis querido sorprender para obligarnos á oír á vuestro protegido; lo habéis conseguido y estamos muy contentos. Ahora, decidnos la verdad. ¿De dónde viene? ¿A qué teatro de provincia ó del extranjero se le habéis quitado?

El director negó tales suposiciones, y contó

la verdad de lo ocurrido; pero nadie quiso creerla.

En el palco ocupado por Marcela y sus amigos, no se escaseaban los elogios al joven artista.

—¡Qué voz más preciosa tiene!—decía Lucila.—¡qué método más excelente!

—Lo que me extraña más—replicaba Jorge—es su desenvoltura en escena, el modo de moverse y de llevar el traje. Si no ha trabajado en ningún teatro de canto, ha debido estar en alguno dramático.

Uno de los jóvenes que habían entrado durante un entreacto á saludar á la señora de Saire, tomó la palabra y dijo:

—No es extraño que el debutante haya trabajado en teatros de aficionado; corren rumores por los pasillos de que es un hombre de mundo.

—¿Cómo se llama?—preguntaron muchas voces á la vez.

—Nadie lo sabe aún; pero todo París lo sabrá mañana. Delange está en el teatro, y nos ha prometido, si hiciese falta, hasta evocar los espíritus.

—La noticia debe ser cierta—observó Lucila.—Ese joven debe pertenecer á la buena sociedad; es la manera única de explicar la

sofista de sus maneras, su gracia y su distinción.

—¡Vamos—dijo uno riendo—ha hecho fortuna! ¡ha sabido atraer á su favor los votos de las mujeres hermosas!

Marcela tan solo era la única que no mezclaba su voz en aquel concierto de elogios. No se atrevía á confesar que conocía á Didier. Temía, al tomar la palabra, que su emoción la descubriese.

Tres días después, Prades fué llamado para hacer su segunda salida. La sala estaba completamente llena, todos los periodistas estaban en su puesto. El éxito sobrepujo las esperanzas, y fué proclamado por la prensa del modo siguiente: «Un tenor acaba de darse á conocer; esa ave fenix se encuentra en el teatro de la Opera Cómica. El recién venido, según unos, tiene más voz que sus antecesores, según otros vale, cuando menos, tanto como ellos.»

Fué una locura, una fiebre de que París aún se acuerda. El misterio de que había rodeado su primer salida, la manera imprevista de hacerla, su verdadero nombre, Didier, conocido ya de todos, su buena presencia, las aventuras de su padre, que todo el mundo volvió á recordar, contribuyeron poderosamente al éxito é hicieron del joven tenor el héroe del día.

Los periódicos de teatros de entonces dieron biografías más ó menos fantásticas del joven Prades y no le escasearon toda clase de alabanzas. Benedict y otros dos ó tres críticos musicales, fueron los únicos que hicieron ciertas reservas y pusieron un prudente correctivo al entusiasmo exagerado del público.

La temporada estaba próxima á terminar: Didier no quiso contratarse para el verano, á pesar de los brillantes ofrecimientos que le hicieron. Prefirió hacerse oír en diferentes conciertos que se dieron en Vichy, Boulogne, y Trouville y fué acogido con el mismo éxito.

En el mes de Octubre, dió nuevas representaciones en la Opera Cómica. El público le fué fiel, pero no se mostró tan entusiasta. Empezaba á operarse cierta reacción. Los periódicos que habían subido á las nubes á Didier se pusieron á la cabeza de aquel movimiento retrógrado. Sin desautorizar enteramente sus primeros artículos, mezclaban ciertos reproches en sus escritos á los elogios, y se preguntaban si no habrían obedecido antes á cierta sorpresa. Los críticos serios, por el contrario, y las eminencias de las revistas musicales, que no se dejaban guiar por nadie, dejando á un lado su severidad primitiva, declaraban que el joven tenor había hecho notables progresos.

La opinión de aquéllos no prevaleció; sin embargo, una noche, en el segundo acto del *Domino noir*, al concluir Didier de cantar, y mientras estaba solo en escena, se oyeron muchos silbidos en la sala.

La mayoría del público juzgó que obedecían á alguna intriga y protestó. Pero los periódicos de sensación hicieron notar el incidente sin hacer comentario alguno. Didier esperaba que ellos le defendiesen y que protestasen contra la injusticia de que había sido víctima; le causó sorpresa su silencio y sufrió muchísimo con aquella defeción. En su inexperiencia, ignoraba que, sobre todo, en el teatro, la Roca Tarpeya está á dos pasos del Capitolio.

Al siguiente día de esta representación nefasta, fué silbado de nuevo en otro papel de repertorio. La empresa trató de descubrir á los perturbadores y entabló causa criminal para encontrar á los autores de aquella intriga. No obtuvo ninguno resultado.

Algunas personas empezaban ya á decir: «Dicen que si hay intrigas en contra de ese tenor; tal vez no haya ninguna, no le gusta al público y le silba; ¿qué tiene eso de extraño? No tiene verdadero talento... ha hecho mucho ruido... ha subido muy alto y muy aprisa...

no tiene nada de particular que se hunda con la misma rapidez con que subió.

En el público se levantaron voces en defensa suya; en la prensa, los críticos honrados de que hemos hablado, protestaron contra aquellas manifestaciones hostiles que nada justificaban. Pero el golpe estaba dado; la reputación de Didier no era aún muy sólida: su nombre y su talento no se imponían con fuerza bastante para obligar á que sus detractores se cansaran, ni para atraer al verdadero público á su causa y erigirse en defensor suyo.

Los silbidos continuaron; ciertos periódicos de poca importancia tuvieron verdadero placer en insertarlos y comentarlos.

Los perturbadores se hubiesen cansado, y los individuos de la *claque*, en unión de las gentes honradas, hubiesen hecho la justicia debida, si no hubiese habido demasiada exageración por parte de aquéllos. Pero desgraciadamente, la administración de la Ópera Cómica perdió muy pronto la paciencia, hizo caso de consejos poco cuerdos ó perversos, y cometió la imprudencia de recurrir á la policía para que cesasen tales tumultos. Puso á disposición de la empresa veinte agentes encargados de vigilar las diversas localidades del teatro.

Así que los espíritus se calentaron, acudie-

ron de todas partes, no ya á silbar á Didier, sino por hacer blanco de sus iras á la policía, á quien los parisienses de todas las épocas han detestado, en razón sin duda de los servicios incontestables que les presta. Desde entonces, en el teatro, tranquilo otras veces, de la calle Favart, ocurrían diariamente conflictos difíciles de reprimir, y que degeneraban, al concluir la función, en corridas de las gentes por la calle. Como medida de orden, el nombre de Didier desapareció de los carteles.

Cuando al cabo de unas cuantas semanas era de esperar que hubiese más calma, más justicia y menos animosidad contra el joven artista, reapareció discretamente sin anuncio previo, en escena.

Sus enemigos, que estaban prevenidos, le recibieron como otras veces.

La partida estaba perdida; la lucha era imposible. El autor de una nueva ópera, después de haber contado con Didier para encargarle de un papel importante en su obra, no se atrevió á confiárselo. Prades se vió obligado á dejar el teatro de sus primeros combates y quiso contratarse en otro distinto; tampoco pudo lograr su objeto. Todas las empresas comprendían el peligro que había en imponer

al público un artista que, al aparecer en escena, producía tan graves conflictos. Muchas veces, esas representaciones turbulentas favorecen la entrada un día dado, pero con perjuicio para los ingresos del día siguiente, y un director de teatro, por mucho que atienda á los intereses del arte, es un comerciante que piensa y debe pensar tan solo en sus intereses.

De este modo, los sacrificios hechos por Didier fueron perdidos, sus estudios tan trabajosos inútiles, su carrera rota por completo. ¿Qué iba á ser de él? ¿Cómo viviría? Sus modestos recursos se habían agotado durante tan larga tarea. Además, las diversas sumas ganadas en la Opera Cómica, á título de indemnización, puesto que no tenía contrato ninguno firmado con el empresario de aquel teatro, como en los establecimientos de baños donde había hecho oír su voz, habían servido para atender á sus necesidades solamente.

Como si sus enemigos estuviesen al corriente de sus acciones, los primeros silbidos se oyeron el día antes precisamente en que debía firmar un contrato muy ventajoso para él y que hubiese asegurado su situación para muchos años. Las ofertas hechas habían sido aceptadas, la escritura estaba concluida, á pesar de las protestas hechas por los espectadores. Por

delicadeza, Didier detuvo el momento de firmar; pero lo retrasó tanto, que llegó el caso de que ya hemos hablado antes, en que la Opera Cómica y los demás teatros le cerraron sus puertas.

¿Que carrera podría seguir ahora? Sus enemigos desconocidos, empeñados en perderle, ¿no tratarían de hacer inútiles sus esfuerzos, poner toda clase de obstáculos á su marcha, y cerrarle su porvenir.

Descorazonado, lleno de desesperación y asustado de la oscuridad que acerca de su suerte le envolvía, de las misteriosas influencias que parecían rodearle, sin familia, sin amigos, sin apoyo alguno, llegaba á preguntarse si no sería más sencillo renunciar á la lucha y acabar con la vida.

En el momento mismo en que iba á dejarse arrastrar por tan fatal pendiente, recibió una esquela, concebida en los siguientes términos:

«Tengo derecho á volverte á ver. Si no me has olvidado, ven á mi casa.

MARCELA.»

XVII

Didier fué corriendo á casa de Marcela. La encontró vestida de luto y más hermosa que nunca. La joven le tendió la mano, le hizo sentar á su lado y le contó con franqueza y con toda lealtad su vida desde que se separaron: su desaliento cuando se vió sola con el señor de Comédic en aquella antiquísima morada, animada el día antes por la presencia de su compañero.

La esperanza largo tiempo mantenida de que se reconciasen los dos vecinos y volviesen á seguir su bella existencia interrumpida entonces... sus decepciones acerca de ese particular... la determinación de su tío de casarla, á fin de separarla para siempre de sus recuerdos y de sus esperanzas... sus largas é inútiles luchas, su resistencia vencida, su matrimonio, su permanencia en París... Esperaba olvidar á Didier, tanto como creía que él se olvidaba de ella. Deseaba no amarle más... Pero se había convencido de su error el día

que le había encontrado inesperadamente en el escenario del teatro de la Opera Cómica.

Al principio no quiso dar fe á sus ojos. Pero fué preciso rendirse á la evidencia: era él. Aquella romanza que fué tan aplaudida, la cantaba otras veces en su retiro de Bretaña. ¡Qué progresos había hecho! ¡Cuánto había ganado su voz en pureza y en extensión!... Esas observaciones no acudieron á su pensamiento la primera noche, porque le veía y apenas si le oía: estaba en cierto modo aletargada por un sueño del que era arrancada por los aplausos y los bravos que á su alrededor estallaban... Pero había asistido también á su segunda salida, y más en calma esta vez, pudo juzgarle y apreciarle como artista... Le siguió á todas sus representaciones, á pesar de la extrañeza que su conducta pudiese causar á los que la rodeaban, de aquella repentina pasión por la música. Aunque en aquella época no tenía nada de que avergonzarse, vivía en paz con su conciencia, era al artista solamente á quien quería ver y oír, al artista á quien buscaba.

Un día oyó que silbaban á Didier, que acababa de cantar con tanto sentimiento, que Marcela experimentó una de las mayores emociones de su vida... ¡Ah! aquellos silbidos no

podían dirigirse al actor, iban contra Didier de Prades, á quien se quería perder. Aquello sirvió para recordar á Marcela que detrás del artista existía el compañero de infancia, el primero que había hecho latir su corazón, aquel con quien había cambiado sus juramentos de amor... Entonces Didier reaparecía... Le amaba aún, le amaría siempre, no había amado á nadie más que á él.

¡Cuánto hubiese dado por verle para consolarle en su aflicción y decirle: «Tú no mereces ya aplausos, pues eres blanco de miserables pagados para perderte. Las gentes de corazón sano te aplauden siempre, y yo... te amo!»

Entonces concurrió al teatro con mayor asiduidad: oculta en un palco de proscenio, asistió á casi todas las representaciones tumultuosas en que los admiradores de Didier trataban de luchar contra sus enemigos. ¡Cuánto sufría con aquellos rumores, con aquel ruido, con aquellos gritos! Cada silbido resonaba en su corazón. Hubo momentos en que se hubiera comprometido delante de sus amigos, si, admiradores como ella del artista, inmolado á una venganza personal, no hubiesen participado también de la indignación de que ella se sentía animada.

La actitud de Didier, en medio de las tem-

pestades que originaba su presencia en escena, excitaba sobremanera el entusiasmo de Marcela: su voz no demostraba sufrir ninguna emoción, hacía y cantaba su parte sin aparentar darse cuenta de la hostilidad de la sala, miraba al público con calma, sin perder su dignidad ni su altanería.

Todos los días se decía: «No quiero ser testigo de estas escenas odiosas, me hacen mucho daño. ¿Qué voy yo á hacer al teatro? No puedo ni defenderle, ni imponer silencio á esas gentes; es un espectáculo horrible ver padecer á quien se quiere.» Pero al día siguiente volvía á participar de aquel sufrimiento.

Una noche, aún se acordará de ella! en el momento de presentarse en escena, cayeron tres ó cuatro magníficos ramos á sus pies. Se inclinó, sonrió con tristeza, recogió las flores y después de haberlas llevado tras los bastidores, volvió á la escena á entregarse á las furias del público, que se mostró con él más sanguinario que nunca, para castigarle de su triunfo pasajero.

Ella fué quien había hecho que le echasen aquellos ramos.

No tuvo el sentimiento de asistir hasta el fin á aquella lucha en que debía Didier sucumbir. Bien pronto el teatro la fué prohibido;

cayó su marido enfermo de peligro, y tenía que prestarle sus cuidados.

Fueron inútiles; el señor de Baud murió al cabo de unos cuantos meses, á causa de una meningitis ocasionada por su vida sedentaria y por el exceso de sus trabajos mentales. Marcela pasó los primeros días de su duelo en Breñaña, al lado del viejo marqués, y después, de vuelta á París, escribió á Didier.

Didier la escuchaba con enternecimiento. ¡Cómo, cuando se creía abandonado de los hombres y del cielo, sin familia, sin amigos, rodeado de envidias y de odios, alguien pensaba en él, alguien velaba por él, le defendía y le amaba!

Didier lo comprendió bien, por más que no lo declarase; al casarse Marcela, había obedecido á una miserable voluntad y pagado una deuda de reconocimiento. Su corazón no había pertenecido nunca al señor de Baud; había permanecido fiel á sus primeros amores.

Didier, por su parte, guardó religiosamente, el recuerdo de los años que pasó á su lado. En medio de sus trabajos, en la hora de sus triunfos, de sus luchas y de sus decepciones, se había extrañado más de una vez de que aún se presentase ante su espíritu la

imagen de su querida bretona, como él la llamaba, y recordase sus conversaciones agradables con ella, bajo los linderos del bosque ó bajo los encantados de la costa. Descorazonado, desesperado, se atrevió cierto día á pensar en el suicidio; el recuerdo de Marcela, de quien se creía olvidado, alejó de su imaginación tan culpable pensamiento.

Y mientras en voz baja se decía estas cosas á sí mismo, la miraba con avidez. Encontraba los mismos rasgos y la misma fisonomía amada por él antiguamente. ¡Cuánto, sin embargo, había cambiado! Algo de tristeza oscurecía la vivacidad de su mirada y la hacía más simpática; la sonrisa tenía más expresión, las líneas más finura, el talle más amplitud, más molicie; sus manos, curtidas entonces por el aire del mar y por el sol, eran hoy más blancas y de un modelado perfecto. A las primeras gracias, ya de antes admiradas, se juntaron los encantos que él presentía y soñaba.

Hablaron aquel día del tiempo anterior desde que no se habían visto. Evocaron sus recuerdos y todo su pasado. Al otro día y los demás que siguieron, pensaron ya en el porvenir.

Empezaban de nuevo su existencia donde la habían dejado muchos años antes. Un obs-

táculo les había separado; habiendo desaparecido éste, volvían de nuevo á seguir sus interrumpidos proyectos. Esta vez, menos jóvenes, menos ignorantes de la vida, dueños los dos de sus destinos, aquellos proyectos podían llegar á ser realidades. Atrevíanse ya á disponer de su porvenir; se verían lo más secretamente posible, á fin de no atacar á las conveniencias sociales mientras el luto que llevaba por la muerte del señor de Baud no terminase. Marcela iría á pasar dos semanas á Bretaña para preparar al señor de Couëdic de su nuevo matrimonio y hacerle consentir en él. Al morir el señor de Prades debería haber olvidado sus antiguos resentimientos con él; pero de cualquier manera, no quería hacer responsable ciertamente al hijo de las faltas de su padre. Sin embargo, si el viejo aristócrata se opusiera aún á aquella unión y amenazase á su sobrina con dejar á personas extrañas la fortuna que por testamento la había cedido á ella, estaba decidida á no detenerse ante tales consideraciones. Quería, sobre todo, asegurarse el cariño del marqués; pero si él insistía en negarse á hacerla feliz, no le sacrificaría por segunda vez su felicidad y su dicha. Privada de toda clase de recursos, trabajaría para conllevar las cargas del matrimonio; por su parte,

Didier, renunciaba á seguir una carrera que parecía estar cerrada para él, y aprovechando los grandes estudios á que se había entregado, daría lecciones de cuentas, y enseñaría música y declamación.

Al preparar de este modo su porvenir, no habían pensado en decirse que, solos, entregados á sus propias fuerzas, enamorados uno de otro, estaban expuestos á adelantar la hora legal en que su amor debiera satisfacerse. Estimábanse de tal modo, que cada uno de ellos tenía en cuenta el valor del otro para liberarse del peligro: Marcela no quería entregarse más que á su marido, y Didier había jurado respetar sus deseos y sus escrúpulos.

Pero se hacían ilusiones sobre sus propias fuerzas. Una noche, sin premeditación, olvidándose de sus juramentos, casi inconscientemente cayeron en brazos uno de otro.

Bien pronto tuvieron que modificar sus proyectos. No se trataba ya de sus dos existencias; una tercera se había mezclado á las suyas.

XVIII

Marcela no tenía ya derecho á despreciar la herencia de su tío: el desinterés y la grandeza de alma la eran permitidos lo mismo que á Didier, cuando hubiesen tenido que preocuparse de su bienestar tan sólo: hoy debían pensar en la criatura que el cielo les enviaba. Huérfanos uno y otro, sin bienes de fortuna y sin medios de subsistencia segura, ¿podían condenar á su hijo á la miseria, si ellos no cuidaban de él?

Marcela resolvió intentarlo todo para interesar al señor de Couédic en sus amores, y en la necesidad de humillar ante él sus legítimas susceptibilidades y su delicadeza femenina.

Desgraciadamente, su embarazo no le permitía ir á Bretaña, y tuvo que contentarse con escribir al marqués, al que le decía, después de grandes rodeos, que había encontrado de nuevo á Didier de Prades, y que le quería como antes. Terminado ya el luto, pensaba casarse otra vez; pero no quería hacerlo sin con-

sentimiento de su tío, y ella le suplicaba encarecidamente que se lo diese.

Sin pérdida de correo contestó el señor de Couédic:

«¡Qué ligereza más imperdonable! ¡Qué olvido de toda conveniencia social! ¡Mi sobrina atreverse á escribir tal carta! ¡Esa sobrina, á quien durante tantos años he tratado de inculcar el respeto de su nombre, el respeto de sus mayores, el respeto á sí misma!

»¡Ha tenido el honor insigne de llevar el nombre de la señora de Baud, y quiere volverse á casar! ¡En vez de llorar al esposo escogido por mí, de honrar su memoria y de consagrar su vida al culto del pasado, sueña en nuevas bodas!

»¿Y á quién piensa dar esa mano, que ha sido rozada por los labios de mi amigo, del campeón de Bretaña, del diputado por quien eternamente vestirá de luto el departamento de las Costas del Norte? ¡Siempre ese Didier de Prades! ¡Qué vergüenza!

»Debería esperar este último desengaño. ¡Después de haber pensado en casarse con el hijo del hombre que me había ofendido tan gravemente, que había hecho traición á la causa de su Dios y de su rey, no es sorprendente que se rebaje hoy hasta querer llevar el

nombre de un cómico! ¡Sí, de un cómico; el rumor de los fracasos que ha sufrido Didier, ese hijo ingrato, ha llegado hasta el castillo de Couëdic! ¡El desgraciado no ha titubeado en salir á las tablas, confundirse con actores! ¡Ah! lo había previsto; debía perseverar en los errores de su padre: el uno había vendido su nombre á un Gobierno de advenedizos; el otro ha manchado el suyo en esos lugares de perdición.

«¿Y tú tienes la esperanza de que yo consienta tal matrimonio? ¡Qué irrisión! ¡Los Couédics de las Cruzadas y de la Vendée tener por aliados á los Prades de la Ópera cómica! ¡Ser yo tío de un histrion!»

La carta continuaba en este tono en todas sus páginas. Hubiérase podido creer que estaba escrita por un antiguo compañero de armas de Enrique IV, por uno de aquellos que, después de ayudarle á vencer á los de la Liga, no quisieron entrar con él en París, esta Babilonia moderna, como ya entonces la llamaban, y volvieron á vivir y á morir en su gótica morada. El aristócrata britón, confinado en sus posesiones de las Costas del Norte, tenía ideas atrasadas unos cuantos siglos á las hoy corrientes.

Marcela rompió esta carta sin enseñársela á Didier. Después de haberla leído, no hubiera nunca aceptado los beneficios del señor de Couëdic, aun cuando se hubiese mostrado con el tiempo más conciliador. Era una cuestión de dignidad; por prudencia, Marcela creía que debía separarse de Didier. Al mismo tiempo, su conciencia la ordenaba que olvidase la afrenta hecha al hombre que amaba; y si no hubiese pensado en su hija, hubiera tenido valor para contestar al marqués, que se inclinaba ante su voluntad, sin estar conforme por eso con el desdén con que acogía á un artista que, ante todo, era un hombre honrado. A Didier se contentó con decirle:

—El señor de Couëdic se niega á dar su consentimiento, pero espero vencer su resistencia.

Para asegurar el porvenir de su hija, esta honrada mujer se condenaba á vivir en una situación falsa, á seguir siendo la querida de aquél á quien no se hubiese entregado si no le considerase como su marido.

Teniendo en cuenta el interés de su hija, bajo el punto de vista moral, acaso hubiese preferido legitimar su unión y renunciar á la herencia del señor de Couëdic, si la fortuna les hubiese sonreído por un instante; pero todas

sus tentativas por crearse una posición independiente se frustraban. Según la expresión consagrada, parecía que les habían echado alguna maldición.

Amigos cariñosos, sin embargo, se interesaban en su porvenir. El día en que Marcela, unos meses después de la muerte del señor de Baud, escribió á Didier, se fué á casa de Lucila y la confió sus antiguos amores.

— ¡Está bien! — exclamó Lucila cuando su amiga acabó de explicarse: — puedes vanagloriarte de ser la dama de los misterios. Hoy me lo dices, aún es tiempo, es verdad; pero merecías... pero te perdono porque tengo la debilidad de quererte... ¡ah! ahora me explico tu repentina afición á la Ópera Cómica; tú nos llevabas allí todas las noches, es decir, cuando cantaba tu tenor, no confundamos, y teníamos la candidez de seguirte, de aplaudir contigo y de participar de tu entusiasmo. Creíamos no ir á ver más que al artista y resultaba que...

Marcela la interrumpió diciendo:

— Tampoco iba yo más que por el artista, hasta el día que...

Ahora fué Lucila quien la cortó la palabra.

— Ta, ta, ta, — dijo riendo, — no me cuentes á mí eso, no trates de engañarme más tiempo. Al artista habrás ido á verle dos veces, lo más,

pero al señor de Prades le has consagrado todas las demás y... las nuestras, que es lo peor. Me divertía, eso es verdad, tomaba por lo serio mi afición, me creía una verdadera *dilettanti*; nos contábamos en el número de los más fervientes sostenedores de la Ópera Cómica; no salíamos nunca de ella. Unos cuantos días más y pedimos autorización para comer y hasta para acostarnos en nuestro palco.

Detúvose, y apoderándose de la mano de Marcela, la dijo, cambiando de tono:

— ¡Pobre amiga mía! yo me río de ti en vez de consolarte: si tú le amabas, ¿cómo habrás sufrido la noche en que el público se mostró tan injusto con él... Sí, estabas conmovida y temblorosa, y yo no lo comprendí... ¡Ah! ¿por qué no nos dijiste lo que te interesaba aquel joven? Le hubiésemos evitado muchos disgustos, ¿qué digo! crueles sufrimientos. Nos hemos contentado con oponer nuestros aplausos á los silbidos. Si lo hubiésemos sabido... si nos lo hubieses dicho... le hubiéramos defendido, hubiéramos protestado. Los amigos de Jorge se hubiesen puesto en campaña; á su voz todos los círculos de París hubiesen tomado las armas; el Mirliton, de que forma parte, y que se interesa por todas las cuestiones de arte, se habría apoderado de la Ópera Cómica para

desalojar de allí a la intriga... ¡Pobre hombre! Desde que me has contado su vida, comprendo que haya sucumbido en esta lucha. No tenía suficiente práctica del mundo en que había entrado; el talento no bastaba para mantenerse en él; es preciso tener protectores y formarse una camarilla. Sin ningún mérito no podría salir adelante, convengo en esto; pero un artista de mérito puede pasar desapercibido, si desprecia ó desdena ciertas formalidades. Salía de las Costas del Norte y se había entregado a un trabajo pertinaz para conseguir hacer su *debut* en algún teatro. Le había faltado tiempo para crearse relaciones. Estaba solo; ¿qué iba á hacer contra todos?... Sucumbió. Pero tu amor le va á volver á la vida: has hecho bien en escribirle, y espero que nos le presentarás. Por amistad hacia ti, Jorge, derogando sus costumbres, recibirá en su casa á un extraño, que será dentro de poco tu marido. Sabremos entre los dos reparar las injusticias de la suerte, y le crearemos una situación en relación con sus méritos.

Lucila se engañaba. A pesar de sus esfuerzos y los de sus amigos, no pudieron tener éxito los trabajos hechos en favor suyo. Apenas había Didier organizado un concierto en que debía cantar, cuando todo le faltaba.

los artistas que le habían prometido su concurso se ponían enfermos repentinamente; el que debía acompañarle no iba; se negaban á alquilar el salón desocupado que le convenía tomar. Si llegaba á reunir dos alumnos y empezar un curso de canto, al cabo de un mes ó dos, á pesar de los elogios que hacían en todas partes de su excelente método de canto, de su gusto exquisito, sus alumnos, sin motivo serio, se alejaban uno á uno para no volver de nuevo.

¡Era incomprensible! Hubiese sucumbido descorazonado, si no le hubiese protegido su amor á Marcela y á la niña que ante sus ojos crecía.

¡Pero acababa de serle también robada la pobre niña!

Sus ocultos enemigos no dejaban de herirle.

XIX

Todas esas tristezas evocaba Didier delante de Marcela, tendida en el lecho, quebrantada por el dolor que había sufrido al creer que iba á estrechar á su hija entre sus brazos y encontrarse con una extraña.

Unos cuantos minutos bastaron al señor de Prades para hacer revivir estos recuerdos, sobre los cuales hemos tenido que extendernos algo, porque así lo exigía el interés de nuestra narración. Después, cesó de recorrer el cuarto, quedó más en calma, se sentó á la cabecera de la cama de Marcela, y los dos, con lágrimas en los ojos, la vez conmovida, se preguntaban qué habría sido de su hija, y qué deberían hacer para encontrarla.

¡Ay! ¡París estaba de fiestas! Celebraba á la vez el domingo, un espléndido domingo de verano y el día del gran premio. Las ocho de la noche acababan de dar. ¿Hacia qué parte dirigir sus investigaciones? ¿A quién dirigirse? En las comisarias de policía no se encontra-

ban á aquellas horas más que empleados subalternos. Además, todos los puestos de policía del barrio habían sido advertidos. Las oficinas de la Prefectura estaban cerradas; ¿las abrirían para oírles su queja? ¿El robo de un niño era acaso un hecho extraordinario, susceptible de conmover á París, donde se cometen diariamente tantas infamias y tantos crímenes?

Didier no tenía valor para permanecer en su casa; sus nervios, excitados, le impedían estarse quieto en un sitio; sentía necesidad de aire y de movimiento. Salió, sin saber dónde iba, confiando á la casualidad el cuidado de dirigir sus pasos. Tomó maquinalmente el camino de los Campos Eliseos, para volver á ver el sitio donde Luisa había estado, y donde había permanecido, junto á su madre, antes de que la robasen.

La avenida estaba á oscuras completamente. En las sillas colocadas al lado de la carretera, indicadas por Marcela, Didier vió sentadas un grupo de muchas personas que departían alegremente.

Dos ó tres vendedores ambulantes aún andaban por allí; corrió presuroso á preguntarles. ¡Nada! no habían oído nada!

Los guardias se paseaban mirando á un lado

y á otro. Como el señor de Prades no pensaba más que en su hija, creyó que tenían la misión de buscarla, y se unió á ellos para pedirles noticia: aquellos hombres estaban haciendo su servicio diario, y no sabían de qué les hablaba Didier.

De repente, entre los árboles, vió un niño que parecía que erraba por allí á la ventura.

Su corazón latió con extremada violencia... Acaso sería Luisa, que volviéndose instintivamente adonde se había perdido, buscaba á su madre. Corrió al encuentro de la niña, y la cogió en sus brazos para verla mejor.

—¡Déjame! ¡déjame!—gritó ella.

Al mismo tiempo se presentó un hombre de la misma edad que Didier.

—¡Ah!—le dijo éste dejando á la niña en el suelo,—¡dispensadme! Se me ha perdido una hija, y creía haberla encontrado.

Bajó corriendo la avenida de los Campos Eliseos. Aquellos sitios le causaban horror; tenía deseos de perderlos de vista. Atravesó la plaza de la Concordia, y siguió por la calle de Rivoli. Según las noticias de Marcela, la persona de quien se sospechaba que hubiese robado á la niña, se había dirigido hacia aquella parte. Siguió marchando bastante tiempo aún, mirando á derecha y á izquierda, sin te-

ner conciencia de lo que quería, ni de lo que hacía, y sin darse cuenta de la inutilidad de aquella correría.

En el boulevard Sebastopol se paró; acababa de ocurrírsele una idea.

—¿Cómo—se dijo—no me he acordado de avisar á Lucila y á su esposo? Ellos me hubiesen aconsejado lo que debiera hacer, ya que á mí, en estos momentos, no se me ocurre nada.

Subió á un coche, é hizo que le llevasen á la calle de la Magdalena.

¿Encontraría á los que iba á buscar? Desde hacía tiempo les visitaba muy de tarde en tarde. Sin embargo, la benevolencia de los señores de Saire no le había faltado nunca. Aquel matrimonio, tan honrado como laborioso, por cima de toda pequeñez y de toda servidumbre, reservado en sus relaciones, pero entregado enteramente á sus amigos, no se ocupaba de la situación irregular de Didier y de Marcela. Los trataba como si estuviesen casados, y les colmaba en público de tantas atenciones y agasajos, que les imponía á la sociedad.

Didier se había ido alejando poco á poco de su intimidad, porque temía mortificar á los señores de Saire, conteniendo la independencia de su carácter, la originalidad de sus ma-

neras, que le habían disgustado en ciertas reuniones. Acaso obedeciese también á un sentimiento que él no confesaba: aquel hogar de Epicuros, perfectamente dichosos, la completa ociosidad de Lucila, el fácil trabajo á que se entregaba Jorge y que le bastaba, no sólo para vivir bien, sino también para prepararse un porvenir tranquilo, entristecían á Didier.

No era envidia, pues ésta, no tenía sitio en su corazón. A pesar suyo, su pensamiento se dirigía á su querida compañera, condenada á toda clase de privaciones, y á sí mismo, que por una fatalidad inexplicable, se veía obligado á renunciar á toda esperanza de mejorar la suerte de la que él amaba. Absteniase, pues, de acudir á las reiteradas invitaciones de sus amigos, dejando á Marcela en libertad de visitar á Lucila y de llevar con ella á su querida Luisa, de quien aquélla había sido madrina.

Pero en aquel momento, Didier no tenía derecho á ocuparse ni de sus susceptibilidades ni de sus escrúpulos. Debía recordar únicamente el interés que siempre le habían demostrado y que le permitía, á pesar de lo avanzado de la hora, confiar su desesperación á sus amigos é implorar su ayuda.

Mientras se dirigía á casa de Lucila y de

Jorge, Marcela, sola en su cuarto, entregada por entero á sus pensamientos, sufría aún más que Didier, que tenía preocupado el espíritu con los pasos y los informes que estaba dando. Había abierto la ventana de su cuarto y miraba hacia la calle de Amsterdam.

A cada instante, animados y alegres grupos que se dirigían á sus moradas respectivas, después de pasar un día feliz en el campo, pasaban por debajo de sus ventanas. En la mayoría de ellos veía alguna niña que, fatigada y medio dormida, tiraba de las faldas de su madre, tendiendo sus bracitos para que la alzasen del suelo.

¡Cuán felices eran aquellas gentes! Iban á entrar en su casa con su niña, la desnudaban, la acostaban y podrían hacerla su última caricia y velar su sueño. ¡Pero ella iba á pasar la noche en la ventana, escuchando los rumores que de la calle llegasen, en acecho de la vuelta de su hija, que no vería más!

La camita de Luisa estaba allí, fría, solitaria, triste y desconsolada.

De cuando en cuando se paraba algún carruaje.

Marcela se inclinaba imprudentemente sobre el cerco de la ventana tratando de penetrar y de ver á través de las tinieblas. ¡Si su

hija habría sido recogida por alguna persona caritativa y se bajaría de aquel carruaje!

Pero no parecía ninguna niña. Pensaba entonces que la calle estaba mal alumbrada, y que no había visto bien. Dejaba la ventana y atravesaba corriendo la sala y la antesala, y llegaba hasta el descansillo de la escalera.

Alguien subía por ella.

Inclinada sobre la barandilla, atenta, anhelosa, Marcela trataba de escuchar y de oír. ¡Ay! era cualquier inquilino que entraba en la casa, y se detenía en los primeros pisos ó pasaba por delante de ella para subir más arriba.

Cansada de tantas esperanzas fallidas, cerró la ventana y trató de hacerse sorda á todo ruido. ¿Pero cómo hacerse de pronto insensible, no pensar en la pérdida que había tenido, olvidar aquella hija que por la mañana aún llenaba la casa con sus juegos y sus risas? Quería hacerse la ilusión de que Luisa estaba en su lecho, que acababa de acostarla. Iba á buscar sus vestidos, que habían quedado esparcidos en el tocador: la falda, la camiseta, las medias, las botitas que había quitado á la niña por la tarde cuando la vistió para salir. Con la cabeza débil y enfermo el cerebro, alucinada por el dolor y el ayuno, porque no había tomado nada desde por la

mañana, se creyó madre aún, y según su costumbre diaria, colocó en el armario de luna los objetos tirados aquí y allá. Andaba de puntillas, haciendo el menor ruido posible, y cantaba por lo bajo, como hacía siempre, para que la niña se durmiese al sonido de su voz.

El sueño desapareció de repente; la realidad se levantó ante ella.

—No—exclamó con desesperación;—¡si no está aquí! ¡No estará nunca, no la veré más! Y perdida la razón, medio loca, añadió:

—¡No quiero vivir sin ella; deseo la muerte!

Entonces se dirigió á un secreter, anduvo rebuscando en un botiquín de viaje, que todas las madres tienen siempre, y cogió un frasco de láudano.

El carruaje que condujo á Didier á casa de Lucila y de su esposo se detuvo en el número 20 de la calle de la Magdalena.

El señor de Prades se apeó y miró hacia las

ventanas del piso tercero. Ningún rayo de luz se percibía á través de las persianas y las cortinas. La estancia parecía desierta. Acaso el joven matrimonio hubiese salido de París el sábado por la noche para no volver hasta el lunes. Jorge, á quien la Bolsa dejaba pocos momentos de descanso, le gustaba hacer alguna escapatoria en el verano con su querida legal, como él llamaba á su esposa, y pasar á solas con ella cuarenta y ocho horas en una casa de campo retirada, ó en alguna playa no frecuentada por los bañistas.

Este temor no hizo más que pasar por la imaginación de Didier: los señores de Saire eran demasiado parisienses para haber sacrificado el día en que se disputaba el gran premio, en su ciudad natal, á sus aficiones campesinas y marítimas. Habrían estado, sin duda, en las carreras, pero cansados, se habrían acostado temprano.

¿Qué haría? ¿Le sería permitido subir hasta su cuarto y ver si encontraba algún criado dispuesto á despertar á sus señores? ¿No sería mejor dejar hasta el día siguiente sus tristes confidencias? Si Jorge y Lucila le daban algún consejo útil, ¿podría ponerlo en práctica antes del día siguiente?

Mientras dudaba de este modo, le pareció

distinguir un débil resplandor detrás de las persianas del salón. Miró más atentamente: tres ventanas de la habitación parecían en efecto menos oscuras que las otras.

Entonces se dirigió á la puerta de entrada y llamó. El portero abrió y le dejó subir sin preguntarle nada.

Al llegar al piso donde vivían los señores de Saire, Didier escuchó; rumores confusos llegaron hasta él.

Llamó dulcemente primero, después un poco más fuerte. Después de una corta espera le abrieron, y vió á Jorge que tenía una bujía en la mano.

—¡Vos aquí! ¡á estas horas!—exclamó alegremente Jorge al conocer á Didier.—¡El diablo me lleve si os esperaba! ¡Pero sed muy bien venido!

Atravesó la antesala, levantando la bujía para iluminar el camino, y sin volverse le dijo:

—Es un milagro encontrarnos de pie á estas horas. Imagináos que he ganado hoy en las carreras una cantidad fabulosa. Han venido á comer á mi casa, y á fuerza de ruegos, han obtenido permiso de Lucila para jugar al *bacarrat*. Contra todas nuestras costumbres, hemos consentido y he vuelto á perder las ganancias de la mañana.

Estaban á la puerta de la sala.

Jorge la abrió.

Al rededor de un velador grande, llamado por excepción á desempeñar funciones de mesa de juego, se hallaban reunidos todos los amigos íntimos de la casa. Unos, algo excitados por una comida opípara, jugaban con verdadera afición, pero con una inexperiencia que decía mucho en su favor; otros, sentados detrás de ellos, ó en pie á alguna distancia, se contentaban con mirarlos. Lucila con un elegante traje de reunión, cuyo cuerpo con escote cuadrado dejaba al descubierto parte de su espalda y de su pecho, se ocupaba en llenar de ponche ó de té los vasos de cristal de Bohemia ó las tazas de porcelana de Sevres, colocadas delante de los invitados. No prestaba atención al *bacarrat* más que para intervenir en la partida, cuando la parecía que tomaba proporciones alarmantes.

—No, no—decía ella entonces aproximándose,—no quiero que se juegue tan en grande en mi casa. Si continuáis así, apago las luces.

—Pierdo sumas enormes—respondía riéndose el príncipe G... á quien hemos visto en los Campos Elíseos presenciando el desfile de los coches que habían estado en las carreras.—¿Cómo me voy á desquitar si no me dejáis que talle?

—Os desquitaréis mañana en el círculo—contestaba Lucila.—Esta noche me han prometido todos ser prudentes.

—Bueno, obedezco—dijo el príncipe.

—Para premiaros, aquí tenéis ponche de *Kirsch*.

Ese *bacarrat* de familia, entre amigos íntimos y bajo la vigilancia inmediata de la dueña de la casa, á quien todos tenían un verdadero placer en acceder á sus ruegos, no se parecía en nada á esas partidas terribles en que los jugadores, pálidos, calenturientos, inclinados sobre la mesa, no tienen miradas más que para las cartas, y abren la boca tan sólo para pronunciar las consabidas palabras de: «doy nueve, no quiero, *bacarrat*, tiro con cinco.»

Se interrumpía el juego para decirse algunas frases unos á otros, y dirigir un cumplimiento de buen gusto á la señora de la casa. En la sala reinaba la animación de todos los días, se hablaba mucho y en particular de música. Las bujías rosa y azul de la araña de cristal de Venecia, ardían alegremente en sus arandelas de color, y S... el agente de cambios tan querido de todos en la Bolsa como temible en las salas de armas, se sentó al piano y tocaba una preciosa polka de Rillé.

—Pero entrad—dijo Jorge que, después de

haber abierto la puerta del salón, se apercibió de que Didier no le seguía.

—No, no—dijo el señor de Prades volviéndose hacia atrás.

Jorge se volvió también. La luz que llevaba en la mano dió de lleno en la cara de Didier.

—¡Qué pálido estáis!—exclamó Jorge.—
¿Qué tenéis? ¿Os ha sucedido alguna desgracia? ¿Veníais acaso á decírnosla?

—Sí, sí, en efecto, ¡una gran desgracia!

—Y yo que no adivinaba nada... Perdonadme, amigo mío, perdonadme... ¡Ah! ahora comprendo por qué no queríais entrar en la sala.

Abrió una puerta y haciendo pasar delante á Didier, le dijo:

—Entrad aquí en mi despacho, estaremos solos. ¿Qué ha sucedido? Decídmelo, que estoy muy intranquilo.

En un instante Jorge estuvo al corriente de la situación.

—Espantoso!—exclamó:—¡horrible! ¡Lucila lo va á sentir muchísimo! No tenemos niños y quiere á su ahijada con toda el alma. Voy á hacerla saber tan infausta nueva, y después, entre los tres, determinaremos qué hemos de hacer; esperad, vuelvo al momento.

Dirigióse á la sala á buscar á su mujer.

Cuando fueron á reunirse con el señor de Prades, al cabo de algunos instantes, Lucila tenía el semblante demudado.

—¿Qué vamos á hacer?—dijo á Didier, tendiéndole la mano.

—A preguntároslo he venido—respondió Didier.

De repente exclamó Lucila:

—¿Y Marcela? ¿Dónde está ahora? ¿Quién está á su lado?

—Nadie. Desde hace algún tiempo no tenemos doncella, y la criada había pedido permiso para salir.

—Pues es preciso ir y no separarse de Marcela; es una imprudencia dejarla sola en estos momentos. ¡Vamos, vamos pronto! Voy á echarme cualquier abrigo sobre los hombros y os acompañaré. Se pondrá muy contenta al verme. Tú, Jorge—añadió volviéndose hacia su marido,—entra en la sala y di que dejen de jugar. Esos señores dejarán las cartas en cuanto conozcan nuestra desgracia. Entre todos acordaréis lo que convenga hacer. Los que me estimen en algo se pondrán en campaña mañana mismo.

Lucila salió de allí. Cinco minutos escasos habrían transcurrido, cuando se unió á Didier y bajaron juntos la escalera. Habíase echado

precipitadamente un gran albornoz rojo, cuyo capuchón destacaba divinamente su pálido rostro.

Al llegar á la calle de Amsterdam, y después de hacer algunas preguntas á la portera, Didier y Lucila subieron deprisa la escalera. El gas estaba apagado, la casa silenciosa.

Detuvieronse en el cuarto piso y llamaron á la puerta.

Nadie respondió á su primer llamamiento. Entonces se acordó Didier de que tenía una llave de la habitación; la introdujo á fuerza de tanteos en la cerradura y abrió.

No se oía ruido alguno. No se veía ninguna luz.

Pasó el primero, y llevando de la mano á Lucila, la guió en la oscuridad hacia la sala. Marcela no estaba allí.

Al buscar la puerta de la alcoba tropezaron con un velador, que cayó al suelo.

Marcela debía haber oído aquel ruido. ¿Por qué no salía á su encuentro?

¿Estaría dormida?

No; la inquietud, el dolor, la tenían despierta indudablemente.

Didier continuaba buscando la puerta de la alcoba, gritando:

—¡Marcela, Marcela, soy yo!

Nadie respondía.

Por fin encontró el picaporte, abrió, miró al interior, y dió un grito.

XXI

En el momento en que Marcela llevaba á sus labios el veneno que, desesperada, loca de dolor, la hemos visto apoderarse, oyó un campanillazo, y poco tiempo después, pasos en su habitación.

Era Didier que volvía, no podía dudarle, y aquella vuelta prevista por ella no debía impedirle para ejecutar su terrible proyecto.

Sin embargo se detuvo.

—¿Y si no viniese solo?... ¿Y si hubiese encontrado á su Luisita? ¿Y si la traía su hija?

Esperaba sonriendo, burlándose de sí misma, porque ya no tenía esperanzas, ya no creía en nada.

Pero podía aguardar un minuto más, sufrir otro poco.

El minuto había transcurrido. Didier aca-

precipitadamente un gran albornoz rojo, cuyo capuchón destacaba divinamente su pálido rostro.

Al llegar á la calle de Amsterdam, y después de hacer algunas preguntas á la portera, Didier y Lucila subieron deprisa la escalera. El gas estaba apagado, la casa silenciosa.

Detuvieronse en el cuarto piso y llamaron á la puerta.

Nadie respondió á su primer llamamiento. Entonces se acordó Didier de que tenía una llave de la habitación; la introdujo á fuerza de tanteos en la cerradura y abrió.

No se oía ruido alguno. No se veía ninguna luz.

Pasó el primero, y llevando de la mano á Lucila, la guió en la oscuridad hacia la sala. Marcela no estaba allí.

Al buscar la puerta de la alcoba tropezaron con un velador, que cayó al suelo.

Marcela debía haber oído aquel ruido. ¿Por qué no salía á su encuentro?

¿Estaría dormida?

No; la inquietud, el dolor, la tenían despierta indudablemente.

Didier continuaba buscando la puerta de la alcoba, gritando:

—¡Marcela, Marcela, soy yo!

Nadie respondía.

Por fin encontró el picaporte, abrió, miró al interior, y dió un grito.

XXI

En el momento en que Marcela llevaba á sus labios el veneno que, desesperada, loca de dolor, la hemos visto apoderarse, oyó un campanillazo, y poco tiempo después, pasos en su habitación.

Era Didier que volvía, no podía dudarle, y aquella vuelta prevista por ella no debía impedirle para ejecutar su terrible proyecto.

Sin embargo se detuvo.

—¿Y si no viniese solo?... ¿Y si hubiese encontrado á su Luisita? ¿Y si la traía su hija?

Esperaba sonriendo, burlándose de sí misma, porque ya no tenía esperanzas, ya no creía en nada.

Pero podía aguardar un minuto más, sufrir otro poco.

El minuto había transcurrido. Didier aca-

baba de aparecer en el dintel de la puerta. Detrás de él, en la sombra, creyó percibir á Lucila.

Luisa no estaba con ellos.

Entonces levantó bruscamente el brazo y acercó á sus labios el frasco.

Didier lo comprendió, y lanzándose hacia ella, la dijo:

—Desgraciada; ¿qué vas á hacer?

—¡Morir!—respondió con exaltación.—¡Morir, puesto que ella ha muerto para mí!

Didier la cogió la mano, abrió con fuerza sus dedos crispados, se apoderó del frasco, lo tiró sobre el mármol de la chimenea, contra el que se rompió, y atrayendo hacia sí á Marcela, y mirándola con fijeza, la dijo:

—¡No tienes el derecho de matarte! ¡yo te lo prohibo!

Lucila se había acercado; abrazó á Marcela y la dijo con dulzura:

—Didier tiene razón. No debes morir, sino vivir para buscarla.

—No la encontraremos—respondió la desgraciada madre.

—¿Quién sabe?—dijo Didier.

—Tú mismo has dicho—replicó Marcela,—que nos la han robado, que éramos víctimas de tus enemigos; y tú sabes que son implacables.

Lucila iba á hablar.

Didier la detuvo con un gesto enérgico, y contestó alzando la voz:

—Pues bien; sí, yo lo he dicho, lo creo, estoy seguro de ello. Pero seríamos unos cobardes, ¿lo oyes bien? muy cobardes, si no lucháramos contra ellos, si no tratásemos de confundirlos y aplastarlos. ¡Ah! yo he podido ceder cuando se trataba de mi carrera, de mi arte, de mis intereses: me he declarado vencido y he inclinado la cabeza. Ahora es á mi hija á quien voy á defender, á arrancársela de sus manos, á reconquistarla. Quiero vivir para buscarla, para libertarla, para estrecharla en mis brazos. Deseo vivir para encontrar á mis enemigos, luchar con ellos, vencerlos y vengarme.

Marcela le miraba asombrada. Aquel hombre rubio, de facciones delicadas y casi femeninas, guapo, demasiado perfecto acaso, y cuya mirada no dejaba traslucir las emociones que experimentaba, parecía metamorfoseado. No era ya el compañero de sus juegos, dispuesto á ceder, á satisfacer sus menores caprichos; el prometido que, sin quejarse, había recibido la noticia de su matrimonio; el artista deseoso de agradar al público, gozoso con sus éxitos y entristecido con sus fracasos; el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

amante tímido y cariñoso que se doblegaba á todos sus deseos; era un hombre de vibrante voz, de gesto enérgico, fuerte, amenazador, dispuesto á herir, terrible.

Y mientras ella le miraba, continuó diciendo:

— ¡Ah! si nuestra hija se hubiese muerto, acaso dejase que te reunieras á ella, á condición de morir yo también contigo. Sí, nuestra vida se resume en ella; viviremos para ella y por ella; tenemos el derecho de reunirnos con ella; pero no ha muerto, ¡nos la han robado! ¿Y quieres dejarla abandonada á los miserables que nos la han quitado? Sería declararnos vencidos, renunciar á la lucha, y sin fuerzas para vencer, renunciar á una existencia que está consagrada por completo á nuestra hija. ¿La ves? ¿La oyes? Nos tiende sus bracitos gritando: «¡Socorro! ¡Socorro!» Pobre hija mía! Está al lado de esa miserable mujer que ella desconoce, lejos de ti, lejos de mí, lejos de nuestras sonrisas, de nuestros besos, de nuestros corazones. Y llora, llama á su madre y la obligan á que se calle, la pegan tal vez...

— ¡Calla, calla ya! ¡Te lo pido por favor! — exclamó Marcela, arrojándose en los brazos de Didier. — ¡Estaba loca! ¡no quiero ya morir! ¡Hija mía, perdóname!

Cuando se hubo tranquilizado, Didier la atrajo hacia sí, y después de acusarse de no haber tenido energía al sentir aquel primer dolor, de haber sido causa en cierto modo de aquel momento de debilidad de Marcela, trató de estudiar la situación con sangre fría, y trazar, de acuerdo con Marcela y Lucila, el plan de conducta que habrían de seguir resueltamente los tres.

Hablaron largo tiempo, ó más bien, Didier hablaba y las dos jóvenes le escuchaban en silencio, aprobando de cuando en cuando con el gesto y con la voz. Pocos minutos antes, ya lo hemos dicho, á Marcela le había sorprendido la transformación física que se había operado en él, al notar la varonil energía dibujada en su semblante; ahora le encontraba en lo moral tan firme, tan enérgico como en lo físico.

Marcela le había amado sin conocerlo; después de conocido le iba querer más. Ahora comprendía que aquella naturaleza delicada, tímida, casi débil de ordinario, sacudía su languidez cuando las circunstancias lo exigían, y se mostraba tanto más activo y resuelto, cuanto que no había consumido sus fuerzas en las mil pequeñeces de la vida.

¡Qué mal le había juzgado! En esos momen-

tos en que las mujeres, condenadas demasiado á la inacción, dejan á su imaginación errar por los espacios, en esos días de cansancio moral en que es uno severo aún con sus amigos más íntimos, se le ocurría decir que el barón de Prades pudiera ser que hubiese legado su ligereza y su indiferentismo á Didier. ¿Cómo había llegado á hacer aquel juicio? Para ella, por eso se había inclinado pacientemente ante la voluntad del señor de Couëdic. ¡Qué injusticia! No había nunca afirmado, como en esta ocasión, su entereza y su grandeza de alma. Antes que condenarla á la pobreza, había sabido vencer su dolor, dominar su pasión. Y más tarde, en la madurez de su juicio, en pleno éxito y en plena gloria, había sido discutido, puesto en duda, y hasta negádosele todas sus facultades; cuando había sido blanco de las injurias del público, del duro tratamiento de la prensa, ¿no se había atrevido ella á acusarle de excesiva paciencia? ¡Otra nueva injusticia! ¿Puedese andar en discusiones con la prensa? ¿Puedese razonar con ésta y con el público? Se la puede decir: «¡La prensa comete un error, yo tengo talento!» El artista, el verdadero artista, se calla y espera. Es una debilidad quejarse, darse aire de víctima de la suerte, gritar contra la persecución. El hom-

bre verdaderamente fuerte, cuenta con el porvenir para vengarse.

Ahora ya lefa de corrido en el corazón de Didier. Él mismo acababa de revelarse á ella; estaba dotado de todas las grandes cualidades que deben adornar á un varón: la calma y la resignación, cuando es inútil é imprudente luchar, la voluntad reflexiva é inquebrantable, la sangre fría, el ímpetu y el valor cuando llega la hora de despertarse, cuando se puede coger un arma, defenderse y atacar.

Estas reflexiones la llevaban á evocar los recuerdos de su infancia, y se asombraba de que el pasado no la hubiese servido para comprender y explicarse el carácter de Didier. Se veía ahora con él en la bahía de Saint-Brieuc, en su playa favorita: la mar estaba tranquila como un lago, y sin embargo, tenía para entrar en ella las mismas vacilaciones, la misma timidez que Marcela; no se alejaba de la playa, y parecía tener miedo á perder pie. Los que le miraban desde la orilla y no le conocían, se burlaban de aquel mozo tan temeroso. Pero al día siguiente soplabá el viento, la mar mugía, las olas eran amenazadoras. Nadie se atrevía á bañarse. Entonces Didier, á la vista del peligro, excitado por él, se tiraba al mar, luchaba contra las olas y desafiaba su

cólera. Tal como se había mostrado otras veces, lo mismo le veía hoy.

Aun estaban hablando los tres á las seis de la mañana, cuando Jorge de Saire se unió á ellos.

Iba á participarles sus reflexiones y las de sus amigos. Todos habían sido de parecer que la Prefectura de policía era la única que en aquellos momentos podía hacer investigaciones de utilidad; pero que debía estimularse el celo de sus empleados. Todo funcionario público, cualquiera que sea su valor personal, y muchas veces sin tener conciencia de ello, se muestra accesible á ciertas influencias y se ocupa con más ardor en aquellos asuntos que se les recomiendan eficazmente. Ibase, pues, sin tardanza, desde por la mañana, á trabajar cerca del prefecto de policía y de los diferentes jefes de vigilancia. Por su parte, Marcela y Didier no debían descuidar ningún paso.

Jorge había puesto su dinero y sus recursos á disposición por completo de sus amigos, y para no herir de ningún modo su susceptibilidad, muy delicada en cuestiones de dinero, tuvo cuidado de hacer que se entendiese que era á la ahijada de su mujer á quien ofrecía su bolsa.

Separáronse después de prometerse que se volverían á ver antes de la tarde.

Entonces el señor de Prades exigió que Marcela descansase un poco, á fin de ayudarla después en los pasos que iba á dar.

Ella obedeció ciegamente, se tendió sobre una *chaise-longue*, apoyando la cabeza en el corazón de Didier.

XXII

Su sueño fué espantoso: su pensamiento, caprichoso y soñador, no se daba cuenta de los sucesos de la víspera. Sus miradas se dirigieron por costumbre hacia el lecho de su hija. Un rayo de sol jugueteaba en las cortinas de muselina, como si Luisa estuviese en ella y quisiera iluminar su primer sonrisa. Después escuchó un rato; ordinariamente, la niña, que se acostaba á una hora en que su madre trabajaba aún, se despertaba antes que ella, y con los ojos abiertos, muda y con mucha atención, espía el menor movimiento de Marcela para exclamar: «Mamá, llévame á tu cama.» Dormida aún ésta, alargaba maquinalmente la mano, aproximaba la camita de Lui-

sa á la suya, se inclinaba, la levantaba, hacia la franquear el espacio que la separaba de ella, y retirándose un poco, se deslizaba suavemente entre las sábanas. Al momento la niña rodeaba con los brazos el cuello de su madre, la besaba ansiosamente y se confundían las dos, se enlazaban, por decirlo así, la una en la otra, del mismo modo que si no tuviesen más que una sola alma, un solo cuerpo. Luisa, ya del todo despierta, decía en su graciosa charla mil cosas á Marcela, y ésta la escuchaba con embeleso, respiraba su fresco aliento, besaba sus cabellos, cuyos bucles sedosos y perfumados acariciaban su cara y se animaba al calor de aquel ser amado, tibio y tembloroso.

¡Qué hermoso despertar! ¡Qué radiante madrugada!

Aquel manantial de vida y de caricias íntimas la daba valor bastante para soportar las tristezas del resto del día.

De repente Marcela se acordó y dió un grito: la cama estaba desierta, la casa estaba vacía, la niña no estaba en ella.

Pero Didier, no contento con haber estado velando el corto descanso de Marcela, se hallaba á su lado para proteger su despertar. No la dejó la libertad de entristecerse ni de desesperarse.

—Levántate—la dijo.—Ha llegado el momento de empezar nuestras pesquisas.

Ella le miró, comprendió su pensamiento, y le obedeció como el día antes.

Mientras reparaba el desorden de su traje y se ponía un vestido oscuro que guardase relación con el duelo de su corazón, gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos y la cegaban por momentos.

Y era que cada paso, cada movimiento, cualquier objeto, la recordaban el tiempo, tan inmediato aún, en que Luisa llenaba la casa con sus risas y sus juegos. Sobre una silla del gabinete yacía medio desnuda su muñeca favorita. En el salón se veía la cena destinada á ella, colocada en una mesa de un pie de alto, y la pobre madre se acordaba que la víspera, al salir para los Campos Elíseos, la había dicho la niña: «Mamá, pongo la mesa para comer con mi muñeca cuando vengamos.»

¡Pero la pobre no entró en su casa!

Bien pronto Marcela estuvo preparada; se juntó con Didier y salió con él. La asistenta acababa de llegar; la dieron orden de no menearse de la casa y recibir á las personas que pudiesen venir á pedir detalles ó trajesen alguna noticia.

El primer cuidado de Didier, al bajar por la

calle de Amsterdam, fué comprar periódicos; creía encontrar en ellos el suceso acaecido el día antes en su hogar. No eran menos importantes que esa las demás noticias. Cuando tenemos una gran felicidad ó nos hiere una desgracia, cuando el corazón se desborda de alegría ó de tristeza, parece que todo el mundo debe adivinar lo que pasa en nuestro interior. No se admite la ignorancia, la apatía, la indiferencia de los que pasan por nuestro lado. ¡Cómo! ¿yo lloro y los demás no saben por qué? ¡Me río, y no me oye nadie! ¡No tengo más que un pensamiento, y no hay quien se ocupe de él! ¡El horizonte de los demás es distinto del mío! No se puede nadie acostumar á esa idea, y en la embriaguez que padece el individuo, cree que los demás nos ven, nos comprenden, se regocijan ó sienten con nosotros.

No era así, sin embargo. La mayor parte de los periódicos guardaban silencio sobre el único suceso que interesaba á Didier. Hablaban de las carreras, del mérito del caballo vencedor, de su filiación, de su jockey, de su dueño, y traían los nombres de los personajes más importantes que se veían en el recinto destinado al peso. Describíanse con toda clase de detalles el traje de las señoras que habían estado; se contaban los más pequeños acciden-

tes ocurridos durante las carreras ó á la hora de volver. Pero de su Luisa, perdida entre aquel tropel, arrancada de los brazos de su madre, robada, no hacían mención.

Marcela y Didier se dirigieron á la Delegación de vigilancia donde habían dado parte de lo que les sucedía. No sabían nada nuevo y el asunto seguía su curso. Fueron á la Prefectura y no fueron mejor informados allí que en el otro sitio: los partes de los diversos comisarios no habían llegado aún.

Entonces, mientras Jorge y Lucila, como habían convenido, trabajaban por su lado, se decidieron á seguir sus consejos y á dar pasos cerca de las personas influyentes que conocían.

Didier se fué á casa del señor de Linois, el amigo de su padre, que en tan mala hora le había animado á abrazar la carrera teatral. Al mismo tiempo, Marcela iba á casa de un diputado á quien su marido la había presentado en otra ocasión. Vióse obligada á confesar de nuevo su falsa posición después de su viudez; pero por encontrar á su Luisa, ¿debía vacilar en hacer el sacrificio de su vergüenza?

A las dos de la tarde volvían á la calle de Amsterdam. Las personas que se interesaban en su desgracia, les habían dado el consejo de volver á ella y esperar.

¡Esperar! cuando se desea moverse, agotar sus fuerzas físicas, aniquilar el cuerpo para adormecer el pensamiento y olvidar, hacer al espíritu esclavo de la materia!

¡Esperar! en la morada donde el ser querido que de ella falta ha dejado su huella inolvidable, que la ha perfumado con su presencia, donde todo la recuerda y todo hace llorarla!

La madre á quien se la muere un hijo, sale del anonadamiento en que está sumergida para vestir por última vez el pobre cadáver de su pequeñuelo, cubrirle de lilas blancas y coronas, depositar su beso postrero en sus labios violáceos y helados; después, cuando se cierra el féretro y le llevan á la iglesia, cae moribunda en los brazos de sus amigos, que aprovechan su inanición para separarla de aquellos lugares, donde acaba de sufrir tanto, donde aún sufre tan horriblemente.

La madre á quien roban un hijo no puede alejarse de su morada. Sabe que no la han arrebatado su preciado tesoro para devolvérselo; sabe que es inútil esperar en ello; no cree nada, no espera nada. Pero tiene que estar donde la han dicho que espere: es preciso que vele, que sufra, que muera en el sitio donde ha sido herida.

A las cinco, Lucila y su esposo se unieron con Marcela y Didier.

Habían dado los pasos convenidos y esperaban que obtendrían algún resultado. Al mismo tiempo Jorge había llevado á los periódicos de la noche sueltos destinados á llamar la atención de los lectores. En veinte líneas, redactadas con gran cuidado, refería el suceso acaecido la víspera, daba las señas exactas de la niña, y prometía á las personas que pudiesen dar alguna noticia sobre su desaparición, sumas proporcionadas á la importancia de los informes que suministrasen. Para que devolviesen Luisita á su madre, la recompensa era bastante grande para tentar la codicia del miserable que roba una niña para especular. En fin, se dirigía al corazón de todos aquellos á quienes el interés no hiciese mella.

No contento con publicar estos sueltos, había dirigido á los funcionarios de la vigilancia de nuestras fronteras y de nuestros puertos telegramas recomendados por un personaje influyente. Se les llamaba la atención sobre toda niña de tres á cuatro años de edad que fuese acompañada de una persona que pareciese sospechosa y tuviese gran deseo de salir de Francia.

En fin, Lucila y Jorge, ayudados por sus

amigos, habían pensado en todo, tomando todas las medidas útiles que aconsejaban las circunstancias.

Recibieron calurosas muestras de agradecimiento de Didier y de Marcela, y entraron en su casa á descansar algunas horas de las fatigas del día y de la noche precedente. Prometieron volver después para no dejarles entregados á sus recuerdos.

Cuando quedaron solos los dos jóvenes, condenados á la inacción, hablaron largo tiempo de la niña que habían perdido. ¿Dónde estaría? ¿Qué sería de ella? ¿La volverían á ver? Trataban uno á otro de darse esperanzas. Pero sus miradas, su voz no estaban de acuerdo con sus palabras. Los labios de Didier pronunciaban frases de confianza, y su corazón, en el que desde hacía tiempo Marcela se había acostumbrado á leer, decía: «Estoy desesperado. No la volveremos á ver jamás.»

A las siete de la tarde llamaron con viveza á la puerta.

Corrieron á abrir y se encontraron con un empleado de la Prefectura de policía.

XXIII

Iba con el objeto de decir á Marcela, que el prefecto la esperaba, á las ocho en punto, en su despacho.

Al momento Marcela y Didier preguntaron si había alguna noticia de su hija. El empleado no sabía nada acerca del asunto. Encargado sencillamente de dar de palabra aquel recado, no sabía más.

Una hora faltaba aún para tener aquella audiencia. Pero salieron inmediatamente de su casa y emprendieron á pie el camino para que, de este modo, no se les hiciese tan largo el tiempo.

¿Tendría el prefecto noticias que darles?

¿Acaso, conmovido por su desgracia, y teniendo en cuenta las recomendaciones influyentes que le habrían hecho en todo el día, querría dar seguridades á la viuda de Baud de su celo, y decirle que tuviese calma?

Al llegar á la plaza del Palacio acudió á su mente un escrúpulo. ¿Debía Didier presentarse

amigos, habían pensado en todo, tomando todas las medidas útiles que aconsejaban las circunstancias.

Recibieron calurosas muestras de agradecimiento de Didier y de Marcela, y entraron en su casa á descansar algunas horas de las fatigas del día y de la noche precedente. Prometieron volver después para no dejarles entregados á sus recuerdos.

Cuando quedaron solos los dos jóvenes, condenados á la inacción, hablaron largo tiempo de la niña que habían perdido. ¿Dónde estaría? ¿Qué sería de ella? ¿La volverían á ver? Trataban uno á otro de darse esperanzas. Pero sus miradas, su voz no estaban de acuerdo con sus palabras. Los labios de Didier pronunciaban frases de confianza, y su corazón, en el que desde hacía tiempo Marcela se había acostumbrado á leer, decía: «Estoy desesperado. No la volveremos á ver jamás.»

A las siete de la tarde llamaron con viveza á la puerta.

Corrieron á abrir y se encontraron con un empleado de la Prefectura de policía.

XXIII

Iba con el objeto de decir á Marcela, que el prefecto la esperaba, á las ocho en punto, en su despacho.

Al momento Marcela y Didier preguntaron si había alguna noticia de su hija. El empleado no sabía nada acerca del asunto. Encargado sencillamente de dar de palabra aquel recado, no sabía más.

Una hora faltaba aún para tener aquella audiencia. Pero salieron inmediatamente de su casa y emprendieron á pie el camino para que, de este modo, no se les hiciese tan largo el tiempo.

¿Tendría el prefecto noticias que darles?

¿Acaso, conmovido por su desgracia, y teniendo en cuenta las recomendaciones influyentes que le habrían hecho en todo el día, querría dar seguridades á la viuda de Baud de su celo, y decirle que tuviese calma?

Al llegar á la plaza del Palacio acudió á su mente un escrúpulo. ¿Debía Didier presentarse

con Marcela delante del prefecto? ¿No era una falta de pudor, en su situación ilegal, comportarse como si estuviesen casados? La desaparición de Luisa hería á Didier con tanta fuerza como á Marcela; moralmente estaba interesado como ella en encontrar á la niña; pero á los ojos de la sociedad, á los ojos de la ley, el señor de Prades no existía. No se conocía más que á la madre, el padre no tenía título ninguno para dirigir una queja ni para pedir justicia.

Uno y otro comprendían aquella situación, y sin necesidad de explicársela decidieron que Marcela fuese sola á la audiencia. Didier la esperaría en la calle, y para no herir la reputación de la mujer que amaba, trataría de calmar su legítima impaciencia y esperar con sangre fría el resultado de la entrevista.

A las ocho menos diez se separaron, después de haber cambiado un apretón de manos y una postrer mirada. Marcela atravesó el dintel de la puerta, subió la escalera particular, que está á la derecha, é introducida por un portero, sabedor de aquella audiencia, entró en el gabinete del prefecto.

Conmovida, temblorosa, tratando de adivinar lo que iban á decirle, esperó unos instantes.

Por fin se levantó un portier, un y hombre de maneras distinguidas se dirigió á ella, la saludó y la hizo sentar.

No había hablado aún y ya comprendió Marcela por la gravedad de su aspecto y la tristeza de su mirada, que no la había de dar ninguna buena noticia.

—Señora—la dijo,—debo preveniros ante todo, para que no concibáis esperanzas, que serían bien pronto fallidas, que vuestra hija no ha sido encontrada aún. Si os he rogado que hicieseis el favor de venir aquí, ha sido con objeto de que me proporcionéis los más minuciosos detalles, y lo importante de hacerme saber no se escapará á vuestra inteligencia que es para prometeros mi concurso más activo. Yo también tengo hijos, con esto basta para que comprendáis cuánto me affigirá vuestra desgracia.

Marcela quiso pronunciar algunas palabras de agradecimiento pero el prefecto no la permitió acabar la frase comenzada, y continuó así:

—Habéis podido ayer acusarnos de negligencia, de olvido. No merecemos esos reproches. La desaparición de un niño origina en el primer momento graves dificultades. ¿Se ha extraviado, se ha perdido, ó ha sido robado? En el primer caso es asunto de la incumben-

cia de la policía; los comisarios de barrio son los que ordenan las pesquisas que deben hacerse, después de remitirnos los partes de las ocurrencias habidas en ellos. En el segundo caso debe darse cuenta al juzgado de guardia. Ocorre, pues, entre la policía y el poder judicial una especie de conflicto que explica ciertas tardanzas. Ahora ya no existe; estamos seguros acerca de ese particular.

Marcela hizo un gesto. El prefecto la tomó paternalmente una mano, y añadió:

Perdonadme, señora, el dolor que pueda causaros, y permitidme que os hable con franqueza.

—Sí señor—dijo Marcela con resignación;—no temáis nada por mí: no penséis más que en mi hija.

—Señora—replicó el prefecto—me lo temo mucho, y eso es de lo que os quería hablar; os ha sido robada.

—¡Lo sé, señor, lo sé!—exclamó.—Lo pensé así en el primer momento; se lo he dicho á los que estaban junto á mí, se lo he repetido á vuestros agentes. Si mi Luisa se hubiese perdido entre la muchedumbre, me hubiese sido devuelta... Después de haber llorado al verse separada de mí, se habría ido calmando poco á poco. Su infantil inteligencia, desarrollada

ya, habría hecho un esfuerzo. Se habría acordado de las señas de casa, que tantas veces se las he dicho al oído, y la había acostumbrado á repetir las.

—Soy de vuestro parecer, señora. Añadiría que el deber de toda persona que se encuentra un niño, y nadie deja de cumplir ese deber, es dirigirse al primer comisario de policía que encuentre. Pero hay otra prueba más completa que me confirma en este pensamiento.

—¿Qué prueba es?—preguntó con viveza.

—Entre las personas que, interesándose en vuestro infortunio han empezado inmediatamente á hacer pesquisas en los Campos Elíseos, hay dos cuyo testimonio es precioso. La primera, ya lo sabéis, vió coger á la niña de la silla donde la habíais colocado, por una mujer, de quien da las señas; la otra ha vuelto á ver á esa mujer diez minutos después, y la ha seguido hasta el instante en que subió á un coche con la niña. Hemos encontrado al cochero que dirigía aquel coche. Ha declarado que la persona en cuestión la había tomado en la vía pública, en la calle de Saint-Honoré, á las cuatro de la tarde próximamente, y la había llevado á la esquina de la plaza de la Concordia y de la avenida Gabriel. Que se había apeado entonces, había dado cinco fran-

cos al cochero para predisponerle en favor suyo, y le había dicho que no tardaría en volver con su hija, que se había quedado esperando en los Campos Elíseos.

Marcela quiso interrumpir al prefecto; pero éste adivinó su pensamiento, y replicó al momento:

—¿Cómo sabía esa mujer que estabais en los Campos Elíseos? Es eso, señora, lo que os disponiais á preguntarme, y es fácil contestaros. Después de haber trazado su plan, os ha estado acechando en la calle de Amsterdam, os ha visto salir, y os ha ido siguiendo hasta el momento en que os habéis sentado en la esquina de la avenida de Marigny. Ella lo ha observado todo, y lo ha combinado todo. Ha calculado que en un momento dado, cualquier accidente casual os separaría de vuestra niña, y que entonces podría ponerle en ejecución. Entonces, segura de que estariais en el mismo sitio, se ha puesto en busca del coche que habría de servir para proteger su fuga si conseguía ejecutar su infame proyecto.

—Sí, lo comprendo—dijo Marcela.—Pero, ¿dónde llevó el cochero á esa mujer?—añadió con viveza.

—Ha hecho que la llevasen hasta la Torre de Saint-Jaques, y entonces ha debido, ó tomar

otro carruaje ó continuar á pie su camino. No hemos podido, hasta ahora, encontrar sus huellas.

—Y mi niña, ¿lloraba, gritaba, cuando la llevaban de ese modo? ¿Qué ha dicho el cochero sobre ese particular?

—Sí, lloraba, oíasele gritar: «¡Mamá, mamá, quiero ir con mamá!» El cochero no se ha enterado de que la llevaban á la fuerza ó no ha creído prudente intervenir en el asunto; además le habían pagado con esplendidez.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó Marcela. Y la desgraciada madre no pudo contener sus sollozos.

Al cabo de un instante, el prefecto, que por respeto á aquel inmenso dolor se había retirado un poco, volvió junto á la viuda de Baud y la dijo:

—Tened valor, yo os lo ruego, y podréis ayudarnos en las pesquisas que estamos haciendo.

—Sí, sí—dijo volviéndose para enjugar sus lágrimas.

—Procedamos con orden, y antes de ocuparnos del culpable, busquemos ante todo el móvil del crimen. ¿Qué interés puede haber en los actuales tiempos en robar un niño? Notad, señora, que ese crimen se hace más raro de día en día: y no hay tantos acusados

de ese hecho como antes. Hace cien años, cincuenta, treinta, se robaba un niño para explotarle y hacer de él un mendigo, un saltimbanquis... No tembléis, señora, no os pongáis pálida, no se trata de vuestra hija; esa clase de crímenes, os lo repito de nuevo, no se cometen ya: nuestros agentes son hoy muy numerosos, los vagabundos de todas especies son vigilados con gran cuidado. Si, en una de esas tribus nómadas que recorren las aldeas y los campos se encuentran algunos niños, los alcaldes y los gendarmes tienen la misión de interrogarles y saber si van con sus padres y sus madres. Esos individuos, vigilados de cerca, no se atreven á exponerse á sufrir penas severísimas para obtener beneficios pecuniarios muy inseguros. Su familia además es en general numerosa y tienen más interés en hacerla disminuir que en aumentarla. Y en fin, que aún es una de nuestras miserias el que trabajen niños y niñas, y hay padres sin entrañas que se prestan á cederles ó alquilarles los suyos. ¿Por qué se van á exponer á sufrir el rigor de nuestras leyes? Os doy estos detalles, señora, para fijar un punto; vuestra hija no os ha sido robada por un malhechor vulgar que se dedica á robar niños. Esa terrible profesión no existe ya en esta época.

—Entonces, ¿quién ha sido?—preguntó con ansiedad.

—Sois víctima de alguna venganza. Trátemos de buscar entre los dos á quién habéis podido ofender y sois blanco de su ira.

XXIV

Marcela guardó silencio. Para responder a la pregunta del prefecto de policía y de acudir en su ayuda, hizo un supremo llamamiento á su memoria. Pero entre todas las personas cuyo recuerdo evocaba, ó que hacía memoria de haber conocido, ninguna podía ser enemiga suya. No había hecho por todas partes más que bien.

—Busco, pero no encuentro á nadie—dijo por fin.

—Entonces, señora—replicó el prefecto,—tendréis la bondad de iniciarme, sin reticencias, sin ambigüedades, con completa franqueza, los hechos más salientes de vuestra existencia. Ciertos detalles que á vos se os habrán escapado, los recogeré yo, y podré ayudaros en

vuestro examen. Conozco lo trabajoso que os será ese examen de conciencia ante un extraño; pero no veáis en mí al magistrado deseoso de ilustrarse, sino al padre de familia que comparte con vos vuestro infortunio con toda su alma.

Marcela hizo la confesión que se la pedía. En pocas palabras refirió los diversos incidentes de su juventud; la muerte de su padre y de su madre, que no la dejaron bienes de fortuna. Su tío, el señor de Couëdic, la acogió, la trató como si fuese su hija, y la nombró heredera universal suya. Entonces, bajando la voz y poniéndose encarnada de vergüenza, contó sus amores con Didier. Pasaron unos cuantos años felices. Después sucedió la ruptura entre el barón de Prades y el marqués. El señor de Baud, protegido por el señor de Couëdic, se presentó y la hicieron casar con él. Marcela fijó su residencia en París con su marido, y se consagró á él por completo.

Aquí se detuvo: llegaba á la más delicada situación de su vida. ¿Atreveríase á seguir? Pensó en su hija, rechazó sus más íntimas delicadezas, y no temió hablar, con el corazón en la mano, de todos los sucesos, cuya gravedad comprendió podría servir para ilustrar á la justicia.

El prefecto la prestaba entonces una atención más sostenida. Cuando Marcela por primera vez nombró á Didier de Prades, se levantó bruscamente, como si aquel nombre trajese algún recuerdo á su memoria. Al escucharla, sin perder una palabra de lo que decía, parecía que reflexionaba.

Marcela le refirió de qué modo encontró de nuevo á Didier una noche en la Ópera Cómica; le habló de los triunfos del nuevo tenor, á los cuales su corazón se asociaba. Otra noche tuvo el inmenso dolor de oír silbar al artista que admiraba, á quien en secreto amaba... Interrumpió su relación para protestar contra la injusticia del público, y para criticar aquella intriga que destrozó la carrera de un hombre de talento.

—Conozco, señora—dijo el prefecto,—esos diversos incidentes. Me he interesado otras veces por vuestro protegido. Yo mismo había tenido ocasión de oírle y aplaudirle, y me ha causado gran extrañeza saber que aquellos aplausos habían sido seguidos de chicheos y protestas. Como abonado de la Ópera Cómica y simple espectador, me ha indignado; como prefecto de policía, me ha sido preciso tomar algunas medidas para que cesase aquel escándalo, que turbaba todas las noches el más

agradable de nuestros teatros. Los agentes apostados en ciertos sitios de la sala han detenido á muchos perturbadores, á quienes he interrogado yo con cuidado.

—Estarían pagados, ¿no es cierto?— exclamó Marcela.

—Algunos sí; pero la mayor parte de ellos eran víctimas de la afición de la muchedumbre al ruido y al desorden. Ver una buena obra, escuchar á un artista de mérito, es cosa ordinaria en París; mediante una suma pequeña, relativamente, se puede gozar de ese placer, y muchos no gozan de él por no estar á su alcance. Pero si, por el contrario, corre el rumor de que las representaciones de un teatro se ven turbadas por cualquier intriga, que los de las butacas y la gente de las galerías vienen á las manos, al momento París entero forma cola en los despachos de los billetes para poder participar del tumulto. Todo aquel público acude, no por ver el espectáculo que se va á representar en el escenario, sino por el que habrá en la sala. Los músicos pueden excusarse de ocupar sus puestos, el telón no se alzar, siempre que puedan tener el placer los asistentes de insultarse unos á otros desde los palcos á las butacas, cantar la *Marsellesa*, imitar á ciertos animales y arrojarse las banque-

tas á la cabeza. Si por cualquier casualidad la representación no se viese turbada por ninguno de aquellos sucesos, el público se consideraría engañado, y procuraría él mismo el escándalo. Nada hay tan fácil en una población grande como hacer fracasar el éxito de una obra ó inutilizar á un artista; basta una docena de hombres resueltos, colocados en diversos puntos del teatro. La primer noche se grita contra sus interrupciones, al día siguiente entretienen con ellas y el público se ríe; al tercer día se silba ya, por esa necesidad que sienten todos de hacer un papel activo en el burdel; hasta se silba á los que silban. Esos ruidos se confunden; bien pronto no se sabe dónde se ocultan los primeros perturbadores, en qué lado están los que protestan, y dónde los que sostienen la causa del orden. Nuestros agentes también tienen manos desgraciadas: detienen á los más intencionados, á los reaccionarios más acérrimos, por más que fuesen demasiado ruidosas sus manifestaciones.

—Es preciso volver á dejar en libertad á esos individuos á quienes les reclaman sus puestos en las oficinas del Estado. Furiosos contra nosotros van á sus respectivos clubs, y llevan al día siguiente á todos sus compañeros al teatro de sus desgracias. Ahora ya es á la

policía á quien se va á silbar. La política está en juego; el Ministerio se conmueve, el Consejo de Ministros discute el asunto, la obra se suspende y el teatro se cierra por motivos de orden público. Así ocurrió con *Gaëtana*, drama de Edmundo Abond, y con *Henriette Marechal*, comedia de los hermanos Goncourt, que hace años fueron prohibidas.

—Y cuando ocurrieron esos desórdenes en la Opera Cómica—observó Marcela—decíais que detuvisteis muchos alborotadores á quienes se pagaba. Debíais haber buscado á los que los compraban.

—No han sido descubiertos, y no lo he atribuído ni á su corta inteligencia ni á su poco celo. Es un error creer que la policía puede saberlo todo: hay muchos hechos que se la escapan y deben escapársela, porque se la llama tarde. Si el mismo día en que en un teatro se empiezan á oír ruidos injustos y sin motivo siguiésemos á los perturbadores al salir del teatro, veríamos reunirse á los que manejan la intriga y debían entregarles el prometido salario. Los jefes de ella y sus cómplices serían detenidos al mismo tiempo. Pero cuando intervenimos, los que por primera vez silbaron, los que encendieron el faego, han desaparecido ya. Toda la sala, por las razones

antedichas, atiza la llama y secunda inocentemente los planes de los incendiarios, y detener á todos los espectadores es imposible.

—Entonces—replicó Marcela,—sabiendo que el señor de Prades ha sido víctima de alguna de esas intrigas, ¿no ha sido posible descubrir á los causantes de ella?

—Por los medios ordinarios no, señora. Los partes dados por mis agentes no me han hecho saber nada, lo confieso humildemente; la casualidad me ha servido mucho más que todos sus trabajos. Os pido permiso para consultar delante de vos algunas notas, y si están conformes con los recuerdos que lo que me habéis referido han hecho despertar en mí, podré, dentro de poco, indicaros quiénes son los que persiguen al señor de Prades.

El prefecto de policía, á una señal de Marcela, se dirigió á su mesa de despacho. Después de rebuscar algún tiempo entre muchos legajos, cogió un cuaderno voluminoso, que parecían cuartillas de una novela ó de alguna obra dramática, y le recorrió rápidamente con la vista.

—¡Aquí está; no me había engañado!—dijo al cabo de un instante.

Entonces vino á reunirse con Marcela, y la dijo:

—He interrumpido inoportunamente, señora, la relación que habíais empezado. Tened la bondad de hacerla de nuevo, á partir del día en que habéis vuelto á ver al señor de Prades: ahora debo exigir de vos una confesión completa.

Tuvo el valor de obedecer; por momentos su voz se hacía más débil, se ponía colorada, y se llevó las manos á la cara. Esa emoción fué pasajera: la mujer desapareció para no quedar más que la madre, que levantaba su cabeza.

Después de decirlo todo, el prefecto la manifestó el deseo, para estar al corriente de todo, de hablar con Didier de Prades.

Marcela indicó el sitio donde la esperaba, y un ordenanza recibió orden de ir á buscarle al momento.

XXV

El primer pensamiento de Didier al juntarse con Marcela fué interrogarla con la vista. Dióse cuenta ella de la inquietud que debería experimentar, y marchando hacia él, le dijo:

—El señor prefecto no ha podido darme hasta ahora informes precisos; pero me ha acogido con tanta benevolencia, que tengo grandes esperanzas.

Con una sonrisa la dió las gracias por aquellas palabras. Después Didier dió algunos pasos por el despacho, y se inclinó delante del prefecto de policía.

—Señor—le dijo, después de haberle invitado á sentarse,—he rogado á esta señora, por interés vuestro y por el suyo, que me iniciase en algunos detalles de su existencia. Ha tenido la amabilidad de acceder á mi deseo, y estoy al corriente de diversos puntos que han de serme muy útiles en las pesquisas que he de emprender. Pero esos informes no me bastan y tengo que pedirlos otros.

—Estoy á vuestras órdenes—respondió el señor de Prades, inclinándose de nuevo.

—Quisiera saber vuestro modo de vivir los tres años transecurridos desde vuestra salida de Bretaña hasta la primera visita que hicisteis á esta señora después de morir su esposo. Si hubiese algún motivo que os impidiese explicaros en este momento, podríamos dejar nuestra conversación para mañana, ó contando con el permiso de esta señora, podríamos pasar nosotros dos á otra habitación.

—He interrumpido inoportunamente, señora, la relación que habíais empezado. Tened la bondad de hacerla de nuevo, á partir del día en que habéis vuelto á ver al señor de Prades: ahora debo exigir de vos una confesión completa.

Tuvo el valor de obedecer; por momentos su voz se hacía más débil, se ponía colorada, y se llevó las manos á la cara. Esa emoción fué pasajera: la mujer desapareció para no quedar más que la madre, que levantaba su cabeza.

Después de decirlo todo, el prefecto la manifestó el deseo, para estar al corriente de todo, de hablar con Didier de Prades.

Marcela indicó el sitio donde la esperaba, y un ordenanza recibió orden de ir á buscarle al momento.

XXV

El primer pensamiento de Didier al juntarse con Marcela fué interrogarla con la vista. Dióse cuenta ella de la inquietud que debería experimentar, y marchando hacia él, le dijo:

—El señor prefecto no ha podido darme hasta ahora informes precisos; pero me ha acogido con tanta benevolencia, que tengo grandes esperanzas.

Con una sonrisa la dió las gracias por aquellas palabras. Después Didier dió algunos pasos por el despacho, y se inclinó delante del prefecto de policía.

—Señor—le dijo, después de haberle invitado á sentarse,—he rogado á esta señora, por interés vuestro y por el suyo, que me iniciase en algunos detalles de su existencia. Ha tenido la amabilidad de acceder á mi deseo, y estoy al corriente de diversos puntos que han de serme muy útiles en las pesquisas que he de emprender. Pero esos informes no me bastan y tengo que pedirlos otros.

—Estoy á vuestras órdenes—respondió el señor de Prades, inclinándose de nuevo.

—Quisiera saber vuestro modo de vivir los tres años transecurridos desde vuestra salida de Bretaña hasta la primera visita que hicisteis á esta señora después de morir su esposo. Si hubiese algún motivo que os impidiese explicaros en este momento, podríamos dejar nuestra conversación para mañana, ó contando con el permiso de esta señora, podríamos pasar nosotros dos á otra habitación.

—No hay necesidad—replicó Didier,—puedo hablar delante de esta señora; mi vida ha sido de las más ordenadas, y no tengo que avergonzarme de ninguna de mis acciones.

—No lo dudo. Sin embargo, érais muy joven cuando hicisteis vuestra primera salida en el teatro; habéis alcanzado grandes éxitos que han hecho haceros notar y han podido inflamar á ciertas imaginaciones novelescas. ¿No habéis tenido alguno de esos amoríos que dejan, cuando se terminan, grandes recuerdos en alguna de las partes interesadas?

—No señor. Después de morir mi padre, todo el tiempo de que disponía lo he empleado en trabajar; no he dedicado nada á mis placeres.

—El verano que siguió á vuestra salida en la Opera Cómica, ¿viajasteis acaso?

—Fuí á cantar á varios establecimientos de baños.

—¿Recordáis el nombre de ellos?

—Sí; porque no fueron muchos donde estuve: Vichy, Trouville y Dieppe.

—¡Trouville! Ahí es—dijo el prefecto después de consultar sus notas.—¿En qué hotel vivíais?

—En el de las Rocas Negras.

—Y en ese hotel ¿no os acordáis que os haya

ocurrido nada?—dijo el prefecto mirando al señor de Prades.

Éste se quedó pensativo, como si los recuerdos á que se aludía estuviesen borrados. De repente la memoria vino en su ayuda, algún incidente de su vida se presentó ante él, se puso rojo y se turbó.

—¡Está bien!—dijo el prefecto, después de haber estudiado la fisonomía de Didier,—ya estoy al corriente de un detalle que tenía interés en conocer. Ahora mismo—añadió señalando á Marcela,—mientras la señora me decía las vejaciones de que habéis sido víctima en el teatro, me acordaba de haberme ocupado de este asunto. No me ha satisfecho por completo lo que deseaba saber. Pero esos primeros recuerdos trajeron otros á mi memoria, haciendo más clara aún y más precisa la relación que hacía la señora, y estaba completamente asombrado. Es de vos, señor de Prades—dijo el prefecto mostrando á Didier un cuaderno abierto sobre la mesa—de quien se trata en este expediente.

—¡De mí! No me lo explico...

—Escuchadme. Una mujer de mundo, la señora de R... de cuyas aventuras se ha ocupado otras veces Paris, vino hace unos cuantos meses á traerme el manuscrito que veis

aquí. Había llegado á su poder de una manera muy misteriosa, y le acompañaba una carta, en la que, el autor del manuscrito, sin nombrarse, se desenmascaraba lo bastante para que se le pudiese conocer. Confesaba, ó más bien, lo decía, porque estamos en presencia de otra mujer, que había perseguido á la de R... con su odio y se había vengado de ella de un modo atroz.

Marcela y Didier se miraban sin comprender. ¿Qué relación podía haber entre aquellos papeles y el asunto que les llevaba ante el prefecto de policía?

Éste prosiguió:

—Esa mujer no ha perseguido solamente á la señora de R... durante su permanencia en París, donde ha estado muchos años, se ha hecho reo de muchas infamias y—continuó el prefecto dirigiéndose á Didier—vos sois una de sus víctimas.

—¡Yo!—dijo Prades.

—¡Sí, vos! Ella es la que ha esterilizado vuestra carrera artística. ¿Qué medios ha empleado para conseguir su objeto? ¿Qué la habéis hecho? Ese manuscrito os lo hará saber.

—¿Y se habla en él del proyecto de robarme mi hija?—preguntó Marcela.

—No, señora. Pero no tengo ninguna duda

sobre ese particular: su venganza contra Prades era incompleta, y ha hecho que no lo fuese.

—¿Cómo—exclamó Didier—encontraríamos á esa mujer? ¿Cómo arrancarla su presa?

—Me sería imposible decíroslo hoy; lleváos esos papeles, y mañana á las diez venid á participarme las impresiones que la lectura de ellos os hayan causado. Pensaremos entonces lo que debemos hacer.

Al coger Didier el legajo que le daba el prefecto, añadió:

—Es un depósito lo que os confío, no lo olvidéis. Reconoceréis con facilidad á los personajes que en él figuran. Todo París ha oído hablar de ellos y los ha juzgado y sentenciado. Después de leer ese manuscrito os serán simpáticos, pero os ruego que los compadezcáis en secreto. Por interés vuestro, es preferible no volver de nuevo sobre hechos olvidados ya, y que habria que hacerlos ver nuevamente la luz.

La incredulidad está tan de moda en nuestra época, que acaso se negaría la existencia de estas Memorias ó se diría que habían sido escritas con motivo de la causa que se entabló. Yo mismo, cuando me han sido remitidas, he dudado de su autenticidad. Hasta me

he preguntado si la persona que las hacía llegar á mis manos, deseando rehabilitarse, era el propio autor de ellas. Mis dudas desaparecieron luégo: las maniobras legalmente probadas de que habéis sido víctimas las venganzas, demasiado ciertas, que han ejercitado contra vos, dan autoridad á esa narración y afirman otros hechos odiosos que encontraréis ahí. Si solamente se tratase del pasado, os aconsejaría, acaso, como á la señora de R... que no removieseis esas miserias; pero estoy seguro de que vuestra hija os ha sido robada por la miserable que ha escrito estas páginas; debéis buscarla y confundirla. Yo pongo á vuestro servicio todos los medios de que dispongo.

Marcela y Didier dieron gracias con efusión al prefecto de policía, y después de despedirse de él, salieron á la plaza del Palacio.

Esta vez no hicieron el camino á pie, tenían prisa de encontrarse en su habitación de la calle de Amsterdam, para sin tardanza enterarse del misterioso legajo.

Jorge y su esposa, fieles á su promesa, les esperaban ya, y Marcela acababa de dar cuenta á sus amigos de la entrevista que habían tenido con el prefecto, cuando la asistente entró bruscamente en la sala.

—Señora, señora —dijo,— en el recibimiento hay un hombre que dice tiene que entregar á usted una carta muy urgente.

Marcela, pálida y temblorosa, se había levantado y se disponía á salir de la sala, pero Jorge la detuvo.

—Dejadme á mí—dijo con firmeza, y dirigiéndose á la criada, añadió:—decid á ese hombre que os entregue la carta.

—La he pedido antes, pero no ha querido dármela. Dice que tiene orden de no entregársela á nadie más que á la señora.

—Pues entonces que entre aquí—dijo Jorge.

Mientras la criada iba á darle ese recado, Jorge se volvió á Marcela y Didier, y cogiéndoles las manos les dijo:

—Os suplico que tengáis calma, sobre todo no concibáis ninguna esperanza, que no hay nada hasta ahora que la justifique.

El hombre, seguido de la criada, entró en la sala.

Era un mozo de cuerda, de esos que se ven en las esquinas de las calles, con su placa donde se halla grabado el número que les da la Prefectura de policía.

Marcela se acercó á él.

—¿Es á la señora á quien se la ha perdido una niña?—preguntó el recién venido.

—Sí, soy yo—dijo Marcela, á quien había hecho ponerse pálida la pregunta del mozo.

Abrió una cartera muy mugrienta, sacó un sobre bastante sucio y se lo entregó.

La emoción de Marcela era tan grande, sus manos temblaban de tal modo, que Didier tuvo que tomar la carta, porque ésta no pudo.

Rompió el sobre, y Marcela y sus amigos leyeron al mismo tiempo que él estas palabras:

«Si entregáis mil francos al portador de ésta, sin tratar de saber quién os escribe, os será devuelta vuestra hija.»

XXVI

Jorge era el único que conservaba su sangre fría y dirigiéndose al mozo, le dijo:

—¿Quién os ha dado esa carta?

—Una persona.

—¿Quién es esa persona?

—No la conozco contestó.

—¿No tiene costumbre de mandaros á otros recados?

—No señor, la he visto esta noche por primera vez.

—¿Dónde acostumbráis á estar por el día?

—En la esquina de la calle Vivienne y del Boulevard. Trabajo en aquel barrio hace diez años. El señor puede tomar informes.

—No tengo necesidad de ello; no dudo de vuestra honradez. Lo único que quisiera saber era el nombre de la persona que os mandado venir.

—No puedo decírselo al señor.

—¿A quién tenéis que llevar la respuesta?

—A la persona que me ha dado la carta.

—¿Sabéis las señas de su casa, ya que no sabéis su nombre?

—La encontraré en el boulevard Montmartre, delante del café de Suecia.

—¿Y no podeis decir nada más?

—No señor.

—¿Y si os diese una moneda de 20 francos?

—Ni aunque me diese el señor ciento, podría darle más noticias.

—Está bien. Esperad en el recibimiento, que voy á daros la respuesta.

El mozo se marchó de allí.

Marcela y Didier habían estado oyendo la

conversación sin atreverse á interrumpirla. Pero no comprendían su objeto, hasta la creyeron perjudicial. El que se comprometía á entregarles su hija, ¿no ponía por condición que no se tratase de saber quién era? Hicieron partícipe de sus temores á Jorge, que sonrió tristemente y respondió:

— De modo, pobres amigos míos, que tomáis esa carta en serio. ¡Qué locura! ¡Sí, qué locura! A pesar de la pena que os pueda causar, debo ponerlos en guardia contra todos esos intrigantes que están dispuestos á explotar vuestra desgracia. Después de haber leído el suelto que habrán publicado los periódicos de la noche, se habrán dicho al momento: «Aquí hay dinero; pues demos un *timo*.» Ya se ha puesto uno en campaña, después vendrán otros. Si vuestros corazones se entregan con facilidad á la esperanza, sufriréis desengaños horribles. Mi amistad os suplica que tengáis sangre fría, y no creáis que habéis encontrado á vuestra hija hasta que la podáis estrechar en vuestros brazos.

La emoción de Marcela y de Didier les impedía responder. Lucila acudió en su auxilio.

— ¡Seal! Esta carta ha sido escrita por un intrigante — dijo vivamente á su marido; — ¿pero qué es lo que te hace pensar eso?

— Todo. Un hombre honrado, que puede dar á unos padres agobiados por el dolor noticias de su hija, ¿empieza por pedir dinero? Acude corriendo, habla, y si es pobre, acepta la suma que le ofrecerán indudablemente.

— Es un pobre vergonzante tal vez — objetó Didier. — Tiene necesidad de dinero, lo quiere; pero su posición no le permite confesarlo, quiere ocultar su miseria.

— Entonces — replicó Jorge, — no fijaría la cifra de su recompensa; enviaría á la niña ó daría noticias suyas por escrito, reservándose pedir en seguida, lo más secretamente posible, algún auxilio pecuniario. Lo digo de nuevo; el autor de esta carta es algún miserable, y no sabe nada de nuestra pobre Luisita. Si pudiese devolvérsela, no pediría mil francos, sino que exigiría diez ó veinte mil. El anuncio está concebido de tal modo, las promesas que hago son tan amplias, que hace esperar una magnífica recompensa. Si se contenta con una cantidad relativamente mínima, es con la esperanza de que, sin reflexión, se la darán, y no corren más riesgo, sino que no le den nada; si se oculta es porque teme que pudierais llevarle ante los tribunales por haber cometido una estafa, después que hubieseis estado esperando á la niña y no os la entregase.

—Entonces, ¿no quieres contestarle, no vas á hacer nada?—preguntó Lucila.

—¡He dicho yo eso!—exclamó Jorge.—Me habré explicado mal. No tenemos, por el contrario, derecho de desaprovechar ningún indicio; debemos profundizarlo todo, indagar, buscar, y buscar siempre. Desgraciadamente ese trabajo es muy largo; lo empezamos hoy; puede durar una semana, un mes, un año acaso. Sí, queridos amigos—continuó, cogiendo las manos de Marcela y de Didier.—¡Es terrible! pero debéis acostumbraros á esa idea, á fin de que no os desalentéis demasiado pronto. Quiero precaveros contra esperanza demasiado prematuras; deseo, sobre todo, en estos momentos, hacer que participéis de una triste convicción: esta carta no puede traer ningún alivio á vuestras penas; la promesa que contiene es falsa, de todo punto falsa. Sin embargo, debemos proceder como si fuera verdadera. Nos piden mil francos, empecemos por dárselos; pero debemos estar preparados para poderse los quitar si hiciese falta. Dadme un sobre y confiad en mí.

Didier fué en busca de lo que le pedía Jorge, y éste, sacando de un bolsillo una cartera, cogió de ella un billete de Banco. Cuando le entregaron el sobre, colocó en él el billete; le

cerró cuidadosamente, y después de coger su sombrero que estaba encima de un mueble, dijo:

—Me daréis tiempo á que yo haya bajado la escalera, después entregaréis el sobre al mozo, sin hacerle observación ninguna.

—¿Dónde vas? ¿Qué proyectas hacer?—preguntó Lucila.

—Tras de mi dinero, para ver á la persona que lo reciba. Estad tranquilos; una vez conocida, si tiene algo que decir, se dará prisa á hablar. Le haré que se le suelte la lengua con otros billetes que llevo en la cartera. Si, por el contrario, y es lo más probable, estoy seguro de ello, desgraciadamente no pudiese darnos noticia ninguna, recuperaré los mil francos que están en ese sobre, porque los quiero muchísimo, como que son parte de una suma que destino á la ahijada de mi esposa. De todos modos, pronto sabréis algo á qué ateneros, y no pasaréis la noche esperando inútilmente.

—¿No queréis que os acompañe yo?—preguntó Didier.

—No, estorbaríais mis movimientos. Yendo yo solo, podré deslizarme sin ser visto, detrás del que quiero seguir. Si fuésemos dos, lo conocería al momento, y despertaríamos sus sospechas. Quedaos aquí, os lo ruego, y tratad

entre los tres de esperar mi vuelta sin gran impaciencia. Pensad en el manuscrito que os ha entregado el prefecto de policía. En la lectura de esos papeles debéis poner vuestras esperanzas; no tengáis ninguna en los pasos que voy á dar para... tranquilidad de mi conciencia. Adiós; dentro de tres minutos entregad la carta.

Se dirigió á la puerta de la sala. En el momento de ir á abrirla, Lucila se juntó con él y le dijo:

—No sabes dónde puedes ir; no sea que vayas á meterte en algún atolladero. ¿Llevas armas?

—No tengas cuidado, manejo los puños de tal modo, que habría de darle envidia, si me viese, á algún boxeador de oficio. Déjame que no lleve más armas que las naturales, y no temas nada.

Besó á su mujer en la frente, la estrechó suavemente, salió á la escalera, la bajó con rapidez, atravesó la calle y entró en un estanco.

Mientras encendía un cigarro, tenía los ojos fijos en la puerta de su casa, que tenía enfrente. Abrióse poco después y dió paso al demandado que, sin vacilar, sin temor á que le siguiesen, se dirigió á la plaza del Havre para seguir luego por el boulevard Haussmann.

Jorge, á unos cuantos metros de distancia, marchaba detrás de él á su paso ordinario, y procurando irse ocultando entre los paseantes que llevaban el mismo camino.

En la nueva Opera, el mozo se metió por los boulevards en dirección á la calle Vivienne.

No había que dudar de su buena fe; sus informes eran exactos.

Delante del teatro de Variedades se detuvo y parecía que buscaba á alguien. Jorge atravesó la calle, y oculto tras de un farol espiaba sus movimientos.

Al cabo de cinco minutos escasos, un joven de dieciocho á veinte años, cubierta la cabeza con un sombrero blanco, y con traje de obrero en día de fiesta, se acercó al mozo de cuerda.

Oyéronse algunas palabras, se vió brillar en la oscuridad una moneda, la carta cambió de manos, y el recién llegado, dejando el boulevard, subió por la calle Vivienne.

Jorge esperaba verle detenerse en alguna de aquellas tiendas, aún abiertas, para romper el sobre y asegurarse que iba allí la suma pedida. No fué así: el portador de la carta flojó el paso, atravesó la plaza de la Bolsa y recorrió las calles de la Banca, de la Vrillière, Croix-des-Petits-Champs y Coquillière.

Siguiéndole siempre, Jorge se decía que sin duda tenía delante de sí á otro segundo mensajero, inconsciente como el primero, de la misión que le habían confiado.

Se engañaba: de repente, después de haber pasado por delante de los Mercados, en la esquina de la calle de Rambuteau, el desconocido se detuvo bruscamente y se volvió de frente á Jorge.

XXVII

Eran las once de la noche: las calles de París empezaban á estar desiertas; Jorge, no pudiendo ocultarse ya entre los paseantes, había llamado al fin la atención del hombre á quien seguía.

Este, según todas las probabilidades, no era quien había escrito á Marcela; ignoraba la petición de mil francos y no sabía que la carta contuviese aquella suma. Sin embargo, se le había aleccionado, le habían recomendado tomase precauciones y una gran reserva. Era, como Jorge se figuraba, un simple mensajero,

pero de confianza, iniciado en parte en ciertos secretos.

Al verle detenerse y hacerle cara, Jorge, felizmente, no perdió su sangre fría. Fingió no haberse apercibido de aquel movimiento, continuó su camino sin la menor vacilación, y se metió por la calle de Rambuteau.

Ocurrió lo que había previsto: el joven quedó seguro de que no era sino algún transeunte que se retiraba á su casa, y como la calle de Rambuteau le había de conducir adonde él se dirigía, siguió también por ella. Ahora era él quien seguía los pasos de Jorge, y éste se felicitaba de aquel cambio de posición, porque se acordaba de un consejo dado por uno de los sabuesos más finos de la policía: «La mejor manera de seguir es ir delante.»

No estaba hecho todo, sin embargo. Mientras uno y otro fuesen por la misma acera, Jorge no tenía cuidado ninguno; gracias al silencio de las calles, á los pocos transeuntes que por ellas andaban, no tenía necesidad de volverse para saber que su billete de banco iba detrás de él. Le oía, le veía, por decirlo así. Pero desembocan muchas vías en la calle de Rambuteau. El desconocido podía tomar un camino transversal y desaparecer bruscamente. Jorge se puso en guardia: en todas las

Siguiéndole siempre, Jorge se decía que sin duda tenía delante de sí á otro segundo mensajero, inconsciente como el primero, de la misión que le habían confiado.

Se engañaba: de repente, después de haber pasado por delante de los Mercados, en la esquina de la calle de Rambuteau, el desconocido se detuvo bruscamente y se volvió de frente á Jorge.

XXVII

Eran las once de la noche: las calles de París empezaban á estar desiertas; Jorge, no pudiendo ocultarse ya entre los paseantes, había llamado al fin la atención del hombre á quien seguía.

Este, según todas las probabilidades, no era quien había escrito á Marcela; ignoraba la petición de mil francos y no sabía que la carta contuviese aquella suma. Sin embargo, se le había aleccionado, le habían recomendado tomase precauciones y una gran reserva. Era, como Jorge se figuraba, un simple mensajero,

pero de confianza, iniciado en parte en ciertos secretos.

Al verle detenerse y hacerle cara, Jorge, felizmente, no perdió su sangre fría. Fingió no haberse apercibido de aquel movimiento, continuó su camino sin la menor vacilación, y se metió por la calle de Rambuteau.

Ocurrió lo que había previsto: el joven quedó seguro de que no era sino algún transeunte que se retiraba á su casa, y como la calle de Rambuteau le había de conducir adonde él se dirigía, siguió también por ella. Ahora era él quien seguía los pasos de Jorge, y éste se felicitaba de aquel cambio de posición, porque se acordaba de un consejo dado por uno de los sabuesos más finos de la policía: «La mejor manera de seguir es ir delante.»

No estaba hecho todo, sin embargo. Mientras uno y otro fuesen por la misma acera, Jorge no tenía cuidado ninguno; gracias al silencio de las calles, á los pocos transeuntes que por ellas andaban, no tenía necesidad de volverse para saber que su billete de banco iba detrás de él. Le oía, le veía, por decirlo así. Pero desembocan muchas vías en la calle de Rambuteau. El desconocido podía tomar un camino transversal y desaparecer bruscamente. Jorge se puso en guardia: en todas las

esquinas de las calles detenía el paso, tratando de hacer el menor ruido posible, para darse cuenta de los movimientos de su adversario.

Después de haber atravesado la calle de Saint-Denis, el *boulevard* Sebastopol, las calles de Quincampoix, Saint-Martin y Beaubourg, tuvo el placer de convencerse de que no había dejado de ir por la calle de Rambuteau y que le seguía todavía.

¿Pero cuándo se detendría? ¿Aquella larga correría, atravesando á París, no tendría fin? Jorge no se había acostado la noche anterior consagrando todo el día á sus amigos; se sentía cansado, y por momentos se decía con ansiedad, si sería que el desconocido le siguiese de veras, aguardando para escaparse el momento en que le viese caer muerto de cansancio.

Sus temores no se confirmaron: al poco rato el portador de la carta dejó la acera de la derecha, que había seguido desde que llegó á los Mercados, atravesó la calle de Rambuteau y entró en la del Temple. Jorge se dió cuenta de aquel movimiento, pero hizo como que no se había enterado de él. Continuó su camino en una extensión lo menos de diez metros. Cuando creyó que no se le podía ver, se paró de repente, deshizo el camino recorrido, y apos-

tándose en el ángulo de la casa que forma la esquina de las dos calles nombradas antes, miró delante de sí.

El joven andaba aún sin aparentar sospecha ninguna. Entonces Jorge dejó su observatorio y andando pegado á la pared, confiando en la oscuridad para no ser descubierto, tomó á su vez la calle del Temple. Comprendía que llegaba ya el fin de la empresa que había acometido, ó al menos al final de su correría; el mensajero debía pararse evidentemente en una de aquellas callejuelas, porque si hubiese tenido intención de volverse de nuevo hacia tiempo que podía haberlo hecho.

Jorge no se equivocó: se encontraba ya en el pasaje de Saint-Avoye y, oculto en el esquino, espiaba de nuevo al desconocido, cuando éste, de repente, dió la vuelta hacia la derecha, metiéndose en la calle de Braque.

Jorge siguió sus huellas; la calle que había empezado á recorrer tenía unas cuantas casas nada más: era preciso llegar á ella bastante pronto para saber en qué puerta se paraba, y lo bastante tarde para que no fuese descubierto, si, por prudencia, tenía la idea de volver la vista atrás antes de meterse en la casa.

Cuando llegó á la esquina, la calle estaba desierta. El joven había desaparecido. Pero el

ruido de una puerta que se cerraba hizo comprender á Jorge que había entrado en el número 9.

Detúvose. ¿Qué iba á hacer? ¿Haría que le abriesen la puerta? ¿Sería recibido? Eran más de las doce de la noche, la portera debía estar acostada hacia rato, las luces estaban apagadas. La casa tenía mal aspecto; ¿no era una imprudencia ir más lejos? ¿No podría encontrarse fácilmente al día siguiente á aquel cuyas señas conocía ya?

Al mismo tiempo se decía que estarían esperándole con impaciencia sus amigos. Pero iba á ir á juntarse á ellos sin tener noticias que llevarles, sin poderle dar ninguna razón de los pasos que había dado? ¿Si se habría engañado, si habría juzgado mal al firmante de la carta, si sería sincero ese hombre? Después de haber recibido los mil francos, devolvería á la niña ó iría á ponerles en aptitud de seguir sus huellas? ¿Tendría valor para estar hasta el día siguiente en aquella incertidumbre y dejarles en ella á aquel padre y á aquella madre desconsolados?

Jorge era demasiado resuelto para dudar más tiempo. Llegó hasta la casa número 9, y como no veía campanilla, cogió el llamador de la puerta y llamó por dos veces.

La puerta se abrió al poco tiempo y entró en un patio completamente á oscuras.

No sabía hacia qué parte dirigirse, hasta que le pareció ver cerca de él y á su derecha, un débil resplandor. Se dejó guiar por él, y se encontró delante de una vidriera que debía pertenecer á la portería.

Llamó en los cristales y no le contestaron.

Entonces buscó el picaporte, dió con él y abrió.

—¿Quién va?—dijo una voz de mujer.

—Uno que desea saber una cosa—respondió Jorge.

—¡A tales horas! ¿Os queréis burlar? No se viene á media noche á incomodar á las gentes para eso.

—¿Y para darlas dinero?

—¡Dinero! ¿Qué dinero es ese? ¿Dónde está?

—Le veréis en mi mano, y pasará muy pronto á la vuestra si encendéis una luz.

—Bueno; encenderé.

Muy luego la mujer á quien había despertado Jorge pudo divisarle, y con esa perspicacia particular que tienen las porteras parisienses, comprendió al momento que tenía que habérselas con un hombre formal.

Jorge se apresuró á confirmarla en su opinión.

—Ante todo, aquí tenéis el dinero prometido—dijo, echando una moneda de oro sobre el mármol de la chimenea.—Es para pagaros de algún modo la incomodidad que os vengo á causar á estas horas. Ahora, si queréis ganáros otros veinte francos, responded á mis preguntas. ¿Qué inquilino es el que hace cinco minutos acaba de entrar aquí?

—¿Ha entrado alguien?... No lo sabía. ¿Estáis seguro de ello?

—Segurísimo.

—Será posible. Estaba durmiendo, y habré tirado maquinalmente del cordón que abre el el picaporte. ¿Qué señas tiene?

—Es un joven de diez y ocho á veinte años, de poca estatura, y lleva un sombrero ancho.

La portera reflexionó un segundo, y dijo:

—¡Ah! es el hijo del inquilino del sexto piso. No hay nadie en la casa más que él que tenga las señas que habéis dado. ¡Calla! pues no sabía yo que había salido. ¡Ah! habrá ido á llevar alguna carta del señor Richard.

—Precisamente con motivo de una carta recibida esta noche es para lo que quiero hablar con ese Richard.

—¿No es al pequeño á quién buscáis?

—No, es al mismo señor Richard. Había

olvidado el apellido, y por eso he tenido que incomodaros. Aquí tenéis los otros veinte francos que os había prometido.

Gracias á su buena presencia y á sus liberalidades, Jorge, al cabo de un instante, pudo obtener las noticias que deseaba y subió la escalera de la casa. La portera, no queriendo quedar mal con él, le dió para que alumbrase su ascensión una palmatoria grasienta, roída por el cardenillo.

Al llegar al sexto piso, buscó la puerta que le habían indicado.

La llave estaba puesta en la cerradura. Sin embargo, llamó.

No respondió nadie y la abrió.

XXVIII

Jorge de Saire se encontró en una pieza pequeña y oscura que separaba la sala de la escalera. Su palmatoria le permitió ver otra puerta y llamó en ella.

—¡Entra!—dijeron detrás de la puerta.

El señor Richart se engañó evidentemente,

creía sin duda que era el joven mensajero que le había traído la carta, y que deseaba entrar de nuevo.

Jorge se apresuró á aprovecharse de aquel error y entró en el cuarto.

Era una pobre buhardilla sin chimenea, amueblada con un armario de pino pintado, una mesa vieja, tres sillas de paja completamente deterioradas y una cama de hierro muy estrecha, en la que se veía un jergón y una manta entretelada.

Delante de la mesa y cerca de la ventana, que estaba abierta, había un hombre sentado. Vuelta la espalda á Jorge, parecía absorto en la contemplación de un papel que tenía en la mano. Jorge se inclinó y vió un billete de Banco.

Richard, creyendo hablar con otra persona, decía:

—Irás á cambiarme este billete mañana temprano, y te daré los cincuenta francos que te prometí.

—Dispensadme—dijo Jorge adelantándose;—antes de mostraros tan liberal con ese dinero, sería bueno saber si os pertenece y si lo habéis ganado.

Volvióse aquel á quien Jorge se dirigía, cogió el billete con mano febril, se lo metió en

el bolsillo, y mirando á Jorge con inquietud, exclamó:

—¿Quién sois? ¿Cómo habéis entrado aquí?

—Por la puerta y porque me habéis dicho que pasase—contestó Jorge sin turbarse.

—¿Qué deseáis?

—La niña que habéis prometido entregar.

—¿Qué niña? No sé lo que queréis decir.

—¿No sois vos el que ha escrito á la señora de Baud, á la calle de Amsterdam?

—No, no soy yo.

—Entonces, ¿cómo es que habéis recibido la respuesta dada por aquella señora?

—¿Su respuesta?

—Sí. Está en ese sobre desgarrado que aún se ve ahí. Mirad, aquel papel que hay tirado junto á la cama. Veo en él un sello, sin hablar del billete de Banco que ahora mismo estabais examinando. Vamos, decidios, y entregadme la niña ó dadme noticias de ella.

El inquilino de la buhardilla guardó silencio. Le parecía inútil evidentemente negar por más tiempo; su interlocutor estaba demasiado al corriente de lo que había hecho.

—¿No respondéis nada?—dijo Jorge.

—No tengo ninguna niña que devolveros—dijo Richard, bajando la cabeza,—ni tengo noticias que poderos dar.

—Estaba convencido de ello —replicó Jorge.—Entonces devolvedme mi dinero.

Al oír estas palabras, aquel hombre se enderezó; metió la mano en el bolsillo, donde tenía guardado el billete de Banco, como si quisiese defenderle, dió un paso atrás y miró con fijeza á Jorge.

Chocándole á éste su actitud, y la energía que se retrataba en su fisonomía, le miró por espacio de un minuto.

Encontrábase frente á un hombre de elevada estatura, de espaldas anchas y desarrolladas y de pecho abultado y potente. A pesar de tener la ventana de la buhardilla abierta y sentirse el frío de la madrugada; hacía un calor tan sofocante en aquella habitación, que su inquilino tenía por todo vestido una camisa y un pantalón, sujeto por un cinturón de cuero. Aquel traje permitía adivinar el vigor y la elegancia de su cuerpo. Sus brazos desnudos parecían, á pesar de la finura de sus muñecas, estar dotados de irresistible fuerza; la anchura de su cabeza, colocada sobre un cuello corto y musculoso, pero gracioso y bien cortado, no quitaba á su talle ni flexibilidad ni distinción; sus piernas, gruesas y nerviosas á la vez, terminaban delicadamente.

Sus cabellos, de color negro azabache, finos

y rizados naturalmente como si fuesen de mujer, el bigote sedoso, la vivacidad de la mirada, el color de sus labios á través de los cuales se veían dientes blancos y sanas encías, indicaban que el sujeto á quien apellidaban Richard debía tener de veinticinco á veintiocho años. Sus facciones no podían suministrar indicios ciertos sobre ese particular: su semblante se veía cubierto de los hoyos que dejan la viruela.

La nariz, las mejillas, la barbilla, estaban agujereadas de un modo horrible; la enfermedad se había mostrado inexorable. Sin embargo, á pesar de aquellas cicatrices y de aquellas profundas cavidades, las líneas de su rostro tenían tal pureza, que aún se podían admirar.

Aunque Jorge no podía tener simpatía alguna al sujeto que había escrito á Marcela, le era difícil, al mirarle, no compadecerse de él. Aquel hombre había sido herido en todo el vigor de su fuerza y de su belleza. Al lado suyo se experimentaba el mismo sentimiento que inspira la vista de un hermoso árbol, lleno de savia, de vigor y de lozanía, que acaba de ser destrozado por un rayo. El tronco no ha muerto aún, es magnífico todavía. Pero sus ramas más altas han caído á tierra, el follaje ha sido quemado y se ve despojado de su más

preciado adorno. Lo que de él queda no basta para que su vista agrade; pero hace recordar su antiguo esplendor y obliga á que se le mire con cierta veneración y cierta tristeza.

Jorge se puso en guardia contra la especie de enternecimiento que se había apoderado de él, y volviendo á reanudar la conversación donde había quedado en suspenso, le dijo:

—Os he pedido que me devolváis el dinero, puesto que no podéis darme nada á cambio de él.

—No, no lo devolveré—respondió Richard con voz firme.

Hizo cierto ademán Jorge, y creyendo que quería arrojarse sobre él, se puso á la defensiva.

—¡Oh, estad tranquilo!—le dijo el primero,—no tengo intención de ejercer la más mínima violencia sobre vos. Estáis en vuestra casa, y no tendríais más que dar voces de «ladrones!» asomándoos á esa ventana que está abierta, para que yo, el robado, fuese detenido. Pero, al salir de ésta, nada hay que me impida presentar una demanda contra vos. Y mañana vendrá la policía á haceros una visita.

—Mañana ya no estaré aquí—replicó Richard.

Miró á su alrededor, sonrió tristemente y añadió:

—¡Para lo que dejo aquí!...

Aquella mirada, aquella sonrisa, impresionaron á Jorge á pesar suyo. Y replicó con voz menos ruda y casi conmovida:

—Podréis escaparos de la policía, lo concedo; pero, ¿podréis veros libre de remordimientos cuando penséis, no en los mil francos, sino en el dolor que habréis causado?

—¿Qué dolor?—balbuceó el joven.

—El que sufrirá esa madre que acaba de perder á su hija adorada. Ella la busca, la llora, y la habéis dicho que podríais devolverla. Yo ya la había anunciado que no debía tener confianza en aquella promesa; he adivinado lo que era y el *timo* que la habíais de dar. No ha querido creerme: confía, espera, cree en vos aún. Y ahora tendré que ir á verla para decirle: «No me había engañado; habéis sido víctima de una odiosa intriga; no os traigo á vuestra hija; tenéis que buscarla sin descanso.» ¡Ah! para cometer tan mala acción, ¿teníais necesidad de dinero?

—Sí, replicó el joven, tenía necesidad de él, no por mí, sino por ella. ¡Yo puedo morir, pero no quiero que ella muera!

Brillaban lágrimas en sus ojos.

Jorge, asombrado, le interrogaba con la vista.

De repente Richard tomó una resolución: cogió del brazo á Jorge, le llevó á una puerta falsa que había en un rincón de la habitación, y después de haberla abierto, le hizo pasar delante de él.

XXIX

El cuarto donde entró Jorge estaba tan mal amueblado como el otro, pero presentaba un aspecto muy distinto. La primera pieza parecía estar dedicada á su miseria, y no tenía ningún interés en disimularla. En la segunda, por el contrario, una mano cuidadosa se había entretenido en disimular el deterioro de los muros y la pobreza de los muebles. Cortinas de muselina de resplandeciente blancura, ocultaban la estrecha ventana. En un rincón se veía brillar la caoba de una cómoda antigua á la luz de la lámpara que Richard tenía en la mano. El piso de la habitación estaba cubierto con una alfombra vieja, y descolori-

da, pero que preservaba del frío y de la humedad. Sobre una mesa de madera blanca y bien limpia se veían diferentes objetos colocados con orden: una botella llena de agua cristalina, un vaso de metal inglés, de tal modo reluciente que parecía plata, y una lamparilla de alcoba, de loza, que tenía encima un receptáculo donde se calentaba alguna bebida.

En el centro de la habitación, frente á la ventana, se veía una cama pequeña de hierro, con una varilla para sostener unas cortinas iguales á las que había en la ventana, que le rodeaban y le cerraban herméticamente, pero la transparencia de la muselina permitía divisar el cuerpo de un niño que yacía tendido en aquella camita.

Jorge hizo un movimiento de sorpresa. ¿Había encontrado la niña que buscaba? ¿Era la que veía?

Richard comprendió su pensamiento, y le dijo en voz baja:

—No es ella. Es hija mía.

Seguido de Jorge se aproximó al lecho, marchando de puntillas, y mientras que con una mano tenía la lámpara, con la otra separó las cortinas suavemente y con infinitas precauciones.

Jorge se inclinó y vió una carita delgada y

Jorge, asombrado, le interrogaba con la vista.

De repente Richard tomó una resolución: cogió del brazo á Jorge, le llevó á una puerta falsa que había en un rincón de la habitación, y después de haberla abierto, le hizo pasar delante de él.

XXIX

El cuarto donde entró Jorge estaba tan mal amueblado como el otro, pero presentaba un aspecto muy distinto. La primera pieza parecía estar dedicada á su miseria, y no tenía ningún interés en disimularla. En la segunda, por el contrario, una mano cuidadosa se había entretenido en disimular el deterioro de los muros y la pobreza de los muebles. Cortinas de muselina de resplandeciente blancura, ocultaban la estrecha ventana. En un rincón se veía brillar la caoba de una cómoda antigua á la luz de la lámpara que Richard tenía en la mano. El piso de la habitación estaba cubierto con una alfombra vieja, y descolori-

da, pero que preservaba del frío y de la humedad. Sobre una mesa de madera blanca y bien limpia se veían diferentes objetos colocados con orden: una botella llena de agua cristalina, un vaso de metal inglés, de tal modo reluciente que parecía plata, y una lamparilla de alcoba, de loza, que tenía encima un receptáculo donde se calentaba alguna bebida.

En el centro de la habitación, frente á la ventana, se veía una cama pequeña de hierro, con una varilla para sostener unas cortinas iguales á las que había en la ventana, que le rodeaban y le cerraban herméticamente, pero la transparencia de la muselina permitía divisar el cuerpo de un niño que yacía tendido en aquella camita.

Jorge hizo un movimiento de sorpresa. ¿Había encontrado la niña que buscaba? ¿Era la que veía?

Richard comprendió su pensamiento, y le dijo en voz baja:

—No es ella. Es hija mía.

Seguido de Jorge se aproximó al lecho, marchando de puntillas, y mientras que con una mano tenía la lámpara, con la otra separó las cortinas suavemente y con infinitas precauciones.

Jorge se inclinó y vió una carita delgada y

desechada. La colcha de algodón y las sábanas estaban en completo desorden y permitían ver unas espaldas puntiagudas, un pecho estrecho, y unos brazos y unas piernecillas heladas, un cuerpo pobre y miserable, enteco, raquítico.

—Parece que no tiene más de dos años— dijo Richard, en voz baja á Jorge—y muy pronto cumplirá los cuatro.

El ruido de su voz, acaso el resplandor de la lámpara, despertaron á la niña, que abrió los ojos. Tenían un brillo extraordinario y parecían de una magnitud desmesurada para aquella cara estrecha y angulosa.

Temiendo que se asustase, si veía un extraño junto á su cama, Richard se puso delante de Jorge y después, arrodillado delante de la cama, la examinaba con atención.

—Tengo sed—dijo la pequeña á su padre.

Al momento se dirigió á la mesa, vertió en el vaso de metal algunas cucharadas de la medicina preparada, y volviendo de nuevo junto á la niña, colocó un brazo detrás de sus espaldas, la incorporó suavemente, acercó el vaso á sus labios y la hizo beber á pequeños sorbos lo en él contenido.

—Gracias, papá—dijo la niña cuando ya no quiso beber más.

Richard la volvió á acostar, la besó tiernamente, subió las sábanas de encima hasta el cuello, cogió una de sus manos entre las suyas, observó largo rato el pulso, y después, habiendo cerrado los ojos, se volvió á Jorge que discretamente había permanecido en la oscuridad y le dijo en voz baja:

—Dejémosla, se va á volver á dormir.

Otra vez entraron en la primera pieza.

—Siempre tiene fiebre—dijo el joven, como si hablase consigo mismo.

Se sentó en la silla de paja que había delante de la mesa, y sin mirar á Jorge, sin darse cuenta de su presencia, quedó sumido en hondas reflexiones.

Jorge le examinaba en silencio y trataba de formar su opinión acerca de él. ¿Qué era el hombre aquel? No sólo era autor de una estafa, sino que había escrito una carta digna de castigo. ¡Era un miserable!

Sin embargo, tenía apariencias de un hombre honrado. Su fisonomía, destrozada y marchita, conservaba aún rasgos de distinción y de nobleza. Su rostro indicaba inteligencia, y su mirada era franca y recta. ¡Cuánto quería á su hijo! ¡De qué cuidados la rodeaba! ¡Qué buen padre era!

—Será comedia todo ese cariño que aparen-

ta tenerla—se decía Jorge. A su pesar se acordaba de una de las más célebres novelas de Víctor Hugo, en la que Jondrette espera á su bienhechor, al filántropo, como él le llama, y para enternecerle y sacarle mayor limosna, exagera su miseria y hace que aparezca más terrible, más espantosa. Para ello, rompe las baldosas del piso de su buhardilla, destroza el jergón y estropea las pocas sillas que le quedan. En una palabra, produce el vacío y el desorden al rededor de sí.

Pero en la pobre habitación donde se encuentra, se presenta á los ojos de Jorge un espectáculo muy distinto; si la pobreza, con todos sus horrores, allí se ostenta, reina el orden en cambio junto á ella. Y el desorden podrá improvisarse, pero el orden no. El cuarto de la enfermita, con sus cortinas blancas, aquel resto de alfombra cuidadosamente conservado, el lecho tan limpio, la lamparilla que arde para calentar las medicinas, dan testimonio de una serie de interrumpidas atenciones y de cuidados. Además, por muy cómico que fuera no se aprende de repente á rodear á una niña de toda especie de cuidados, no sabría levantarla dulcemente en sus brazos, calmar su fiebre mirándola, y dormirla con solo apretar su mano.

No, aquel hombre tiene en su corazón demasiado amor para que sea un miserable... y sin embargo...

Jorge se preguntaba que qué hacía en aquel zaquizamí, mientras le esperaban con tanta ansiedad en la calle de Amsterdam. Estuvo á punto de pedir su dinero y marcharse; pero no podía, algo le tenía sujeto en aquel sitio.

Hubo un momento en que, avergonzándose de su debilidad, hizo intención de dirigirse á Richard para terminar de una vez y tratarle como se merecía.

Pero cuando se encontró cerca de él, no tuvo más que estas palabras que decirle:

—¿Qué enfermedad padece vuestra hija?

El joven levantó bruscamente la cabeza, y pareció extrañarse de hallar delante de sí á Jorge. Pero su memoria vino en su auxilio, y respondió:

—No lo sé. El médico de la Casa de Socorro la ve de cuando en cuando. No encuentra que se halle atacado ningún órgano esencial á la vida. Pero una fiebre lenta la consume, y no hay nada que pueda dominarla.

—¿No tiene madre?—preguntó Jorge.

—¡Sí!—respondió Richard levantándose de repente y alzando la voz.—¡Tiene madre! Pero la ha abandonado, me la ha dejado á mí y...

trato de hacer sus veces; y lo he conseguido. ¡Ah! los padres quieren más á sus hijos que las madres.

— Sois injusto con ellas—le dijo Jorge.— Yo conozco algunas que adoran á sus hijos. Sin ir más lejos, esa por quien he venido hasta aquí.

— ¡Ah, sí, es cierto!—replicó Richard.— lo olvidaba... Ha perdido á su hija entre la muchedumbre.

Mientras recorría el cuarto de un lado á otro, decía sin dirigirse directamente á Jorge:

— He leído esta tarde en un periódico unas cuantas líneas que se referían á ese asunto, y me han hecho estremecer... ¡Ah, si á mí se me perdiese mi Juanita!... Y mientras leía la of toser... corrí al momento... tenía calentura como ayer noche, aún más que ayer... me acordé de lo que el médico me había dicho: «Es preciso que esta niña cambie de aires, que vaya al campo ó que esté junto al mar, y dentro de dos ó tres meses estaría curada.»

De repente se me ocurrió una idea: las personas que han hecho insertar un suelto de esta clase en los periódicos deben ser ricos, muy ricos. ¿Qué les importa darme mil francos? Si á mí me robasen mi Juanita y me pidiesen por devolvérmela la última moneda de

cinco francos que tuviese, el último pedazo de pan que me quedase, ¿vacilaría en darlos? Ellos me remitirán esa suma y mi hija se habrá salvado, me decía yo... Y la otra... la otra, la de ellos... la mía rogará por ella, y la encontrarán... ¡Oh! he cometido una mala acción, lo sé; pero no estaba Juana á mi lado, no la oía, no me protegía, estaba entregado á mí mismo... escribí la carta, y á toda prisa la mandé, temiendo pensarlo... porque no me hubiera atrevido á obrar mal.

Detuvo sus paseos por la habitación, y juntándose con Jorge, añadió:

— Ahora la he vuelto á ver, la he tenido en mis brazos y he comprendido mi falta. Tomad vuestro dinero, tomadle; traería la desgracia á mi hija.

Y le dió el billete de Banco. Jorge le tomó. Después miró á Richard un momento y le dijo:

— Quiero volver á ver á vuestra niña.

— ¿Por qué?

— ¡Qué os importa! ¡Dejadme que la vea!

— Venid.

Entraron nuevamente en su cuarto. Jorge se dirigió al lecho, abrió su cartera, sacó otro billete de mil francos, le dejó sobre la almohada en que la niña descansaba, y volviéndose á Richard, le dijo:

—Ese es para vuestra hija, se le doy yo y la traerá la felicidad.

XXX

Jorge, para sustraerse al reconocimiento de Richard, salió inmediatamente del cuarto donde la niña descansaba, atravesó la otra pieza y se dirigió á la puerta con intención de retirarse.

El joven, impresionado en el primer momento, pero conmovido hasta el punto de derramar lágrimas, no encontró palabras para detenerle. Sin embargo, cuando vió á Jorge á punto de marcharse, consiguió sobreponerse á su emoción y se unió á él en el momento de abrir la puerta.

—Caballero—le dijo con voz temblorosa,—por favor, esperad un poco.

Jorge se detuvo.

—No os detengo para daros las gracias. Temería expresar de un modo imperfecto lo que experimento, lo que vuestra acción magnánima me inspira. Además... os he comprendido, habéis dado ese dinero á mi Juana, no á mí...

Yo no merezco vuestras simpatías... habéis sido generoso sólo con mi hija... la habéis arrancado á la muerte, porque esa suma, os lo juro, se empleará entera en devolverla la salud... algún día os lo agradecerá... si os detengo ahora, es para pedir os un favor. Sí, á vos... porque ¿á quién puedo yo pedirselo? Todas las personas que me debían agradecimiento y para quienes he sido bueno y cariñoso, me han abandonado, se han negado á socorrerme en mi miseria... vos, á quien hace un momento no más que conozco, vos á quien he hecho tanto mal, tened compasión de mí... os lo ruego... y no tengáis recelo alguno. Es á mi Juana á quien prestaréis el servicio que os voy á pedir—

—Hablad—dijo Jorge.

—Se trata de que me ayudéis á encontrar á su madre. Pertenece á una clase de la sociedad donde yo no voy, donde no puedo ir. No podría encontrarla nunca... no debo ni aun contar con verla en los paseos, en los sitios públicos. Apenas si salgo de aquí, viéndome obligado á estar siempre junto á mi enferma; me llama á cada momento, no tiene á nadie más que á mí para cuidar de ella... y vos, señor, podéis encontraros con la persona que os diré. Acaso la conozcáis. Tengo necesidad de saber su verdadero nombre, que siempre me ha

ocultado... No quiero devolverla su hija. Dios me libre de ello. Esa niña, que tanto quiero, no se separará de mí... pero, y si la falto yo, y si me muriese... una enfermedad terrible me ha desfigurado, otra puede quitarme la vida... ¿qué sería de la pobre Juanita?... Sería preciso que entonces su madre cumpliera sus deberes con ella y quiero recordárselos.

Jorge, poco á poco se había ido separando de la puerta y se sentó.

—Os escucho—dijo á Richard.

El joven permaneció en pie, apoyado contra el muro y replicó:

—Me veo obligado á hablaros de mí, á daros algunos detalles de mi existencia, hasta el día en que tropecé con ella. Seré breve, os lo prometo. Os entretendré muy poco dándoos detalles de mi nacimiento, de mi familia, de mis primeros años. No he conocido á mis padres. Alguno de ellos ha debido cuidar de mí en mi infancia, ponerme en algún colegio por medio de algún misterioso encargado, y pagar los gastos de mi existencia hasta los quince años. Llegó un día en que el director del colegio donde estaba no recibió la pensión que habitualmente le entregaban, me despidió de su casa y me ví en la precisión de trabajar para vivir.

Me dediqué á todo. La educación que había recibido me separaba, por desgracia mía, de la clase trabajadora, y al propio tiempo mi instrucción era tan insuficiente, que no podía aspirar á tener ninguna carrera. Era fuerte y activo y conseguí pasar bien la vida.

Desempeñaba hace unos cinco años el cargo de dependiente en uno de nuestros grandes almacenes de sedería, y mis principales estaban satisfechos de mi inteligencia, de mi celo, y acaso hasta de mi buena presencia, que traía muchas parroquianas, según decían riéndose, á las mercancías de cuyo despacho estaba yo encargado... Yo, señor, me ocupaba muy poco, puedo asegurároslo, de mis atractivos personales... Puedo decirlo ahora que no existen sino en mi memoria. No pensaba más que en cumplir mi obligación á conciencia... cuando un día, una señora, parroquiana de la casa, me miró de un modo tan extraño, mientras ensalzaba el mérito de una pieza de tela, me hablaba con tal abandono, que si no me conmovió, me hizo salir de mi habitual reserva.

Aquella mujer no era hermosa. De baja estatura, estrecha de hombros, huesosa, tenía la nariz encorvada como el pico de un pájaro, la frente pequeña, los labios delgados y descolo-

ridos, la barbilla saliente, y el color pálido. Sus ojos eran ardientes, expresivos, los cabellos negros, los dientes pequeños, acerados y blancos. Hacíase notar por sus extrañas maneras: parecía extranjera, por más que hablaba perfectamente el francés... Debía ser rica: las compras que hacía importaban mucho, y no llevaba sino artículos de primera clase. Un lacayo, con soberbia librea, la esperaba siempre á la puerta de nuestros almacenes, causándome profunda impresión; daba realce á su señora, la hacía engrandecerse á mis ojos, la embellecía y la daba sello aristocrático.

¿Tengo necesidad de decirlo? Aquella mujer y yo tuvimos relaciones amorosas. ¿La he amado? Muchas veces me lo he preguntado á mí mismo. Lo que hay de cierto es que mientras duraron aquéllas no he analizado jamás su semblante como hoy lo hago. Olvidaba voluntariamente sus imperfecciones y lo hacía con razón fundada. La mujer fea que tiene conciencia de serlo, y ésta no se hacía ilusiones sobre ese punto, compensa las faltas que tiene con el refinamiento de su coquetería, que tanto gusta á los amantes. Como su cara no puede agradar, despliega para captarse los otros sentidos esfuerzos que no emplean las mujeres hermosas, cuya belleza ha-

ce el gusto de sus amores. Eso explica ciertas pasiones profundas por mujeres feas. Todos se asombran de ello, menos el interesado, que ve las cartas y se felicita de poseer el secreto.

Por lo que á mí atañe, no se trataba, en aquel momento al menos, de ninguna pasión. Tenía veintidos años escasamente, una posición modesta y estaba orgulloso con mi conquista: ¡tenía una mujer de la alta sociedad por querida! Era el sueño que acarician los jóvenes que dan el primer paso en el mundo.

¿Era una mujer de historia? No lo he sabido nunca con seguridad. Siempre me ocultó con sumo cuidado, creo que ya os lo he dicho, su nombre y su vida, prohibiéndome toda pesquisa sobre ese particular, amenazándome con no volverme á ver. En mi inocencia, respetaba su secreto, á pesar de que se rodeaba de infinitas precauciones, y es probable que no hubiese podido enterarme de nada referente á eso. Me he dicho, después de nuestra ruptura, que el lacayo que tanto me desvaneció no daba ninguna indicación precisa sobre el rango de su señora. Podía estar al servicio de alguna familia de buena posición y tener orden de acompañar á una doncella de confianza ó una institutriz que estuviese encargada de hacer

las compras que la casa necesitase. Pero estas no son más que suposiciones.

Otra duda se me ha ocurrido otras veces. Aun ahora mismo estoy tentado á creer, al recordar ciertos hechos, que trataba de olvidar conmigo á algún ser querido á su corazón, que no hacía caso de ella; y para olvidarle, ó más bien para hacerse la ilusión de que estaba en sus brazos, es por lo que se arrojaba en los míos. Yo no tenía para ella individualidad, existencia propia. Poco la importaba mi ser inmaterial; no se ocupaba más que de la envoltura exterior. Admiraba la regularidad de mis facciones. Satisfacía casi por completo las ideas que ella tenía sobre la hermosura masculina: era el tipo que más hablaba á su imaginación. Porque aquella mujer pequeña, contrahecha y fea, ponía la belleza corporal por encima de todo en el mundo y la rendía verdadero culto.

XXXI

Jorge prestaba á Richard una gran atención. Su imaginación, excitada por el cansancio, le llevaba á decir en su interior, si no habría encontrado en la sociedad que frecuentaba á la mujer de que se trataba. Encontrándose con una novela desde hacía una hora, viéndose obligado á salir de su positivismo habitual, viéndose arrastrado á pesar suyo por la ola, le parecía que todo lo que veía debía tener relación indirecta con sus preocupaciones del momento y las pesquisas que debía hacer.

Richard continuó en estos términos:

—Esa misma, á quien defendía hace poco, al sostener la causa de las mujeres feas y al hablar de sus méritos ocultos, no hubiera estado nunca tan generosa con nuestro sexo. Decía que era una paradoja la creencia, bastante extendida, de que la belleza es superflua en el hombre, y es muy inferior á la posesión de dotes intelectuales. No comprendía el gusto de ciertas mujeres por hombres de buena presen-

las compras que la casa necesitase. Pero estas no son más que suposiciones.

Otra duda se me ha ocurrido otras veces. Aun ahora mismo estoy tentado á creer, al recordar ciertos hechos, que trataba de olvidar conmigo á algún ser querido á su corazón, que no hacía caso de ella; y para olvidarle, ó más bien para hacerse la ilusión de que estaba en sus brazos, es por lo que se arrojaba en los míos. Yo no tenía para ella individualidad, existencia propia. Poco la importaba mi ser inmaterial; no se ocupaba más que de la envoltura exterior. Admiraba la regularidad de mis facciones. Satisfacía casi por completo las ideas que ella tenía sobre la hermosura masculina: era el tipo que más hablaba á su imaginación. Porque aquella mujer pequeña, contrahecha y fea, ponía la belleza corporal por encima de todo en el mundo y la rendía verdadero culto.

XXXI

Jorge prestaba á Richard una gran atención. Su imaginación, excitada por el cansancio, le llevaba á decir en su interior, si no habría encontrado en la sociedad que frecuentaba á la mujer de que se trataba. Encontrándose con una novela desde hacía una hora, viéndose obligado á salir de su positivismo habitual, viéndose arrastrado á pesar suyo por la ola, le parecía que todo lo que veía debía tener relación indirecta con sus preocupaciones del momento y las pesquisas que debía hacer.

Richard continuó en estos términos:

—Esa misma, á quien defendía hace poco, al sostener la causa de las mujeres feas y al hablar de sus méritos ocultos, no hubiera estado nunca tan generosa con nuestro sexo. Decía que era una paradoja la creencia, bastante extendida, de que la belleza es superflua en el hombre, y es muy inferior á la posesión de dotes intelectuales. No comprendía el gusto de ciertas mujeres por hombres de buena presen-

cia nada más. Gozaba en negar encantos á la expresión del semblante. Una estatura elevada y facciones regulares han sido siempre su único ideal.

No era sólo en cuestiones de amor en lo que se mostraba tan exclusivista. No tenía indulgencia con las fealdades y deformidades que á cada paso se encuentran en la vida, y manifestaba, sin moderación ninguna, su disgusto y su aversión hacia los seres ó los objetos que herían su vista.

¡Ah! señor, creedlo; no ha tenido más que un motivo para abandonar á su hija: la niña no es bonita. Si Juana vió la luz en malas condiciones; en primer lugar, nació antes de tiempo; además, la madre, para ocultar su embarazo, llevó muy oprimido el talle... La pobre niña ya ha sufrido antes de venir al mundo, y se resentirá de ello toda su vida. ¿Os parece extraño que se tenga rencor á un hijo por causa de sus imperfecciones corporales? En general, una madre, lejos de ver los defectos de sus hijos, siempre está dispuesta á encontrar en ellos encantos y perfecciones de que tal vez carecen. La mujer de que os hablo no se hacía esas halagüeñas ilusiones, y como Juana se alejaba de su ideal, ella se separaba de su hija.

No os extrañe, pues, que me haya dejado á mí también el día en que la enfermedad que he pasado me arrebató bruscamente las únicas dotes que para ella eran apreciables. Cuando entré, después de seis semanas, en mi cuarto de la calle de Richelieu, donde teníamos nuestras entrevistas, no pudo, al verme, ocultar su emoción, y comprendí al momento que nuestros amores habían concluido.

Acaso haya sido mejor para mí que esa y no otra fuese la causa de nuestra ruptura. Esa mujer me ha dado miedo muchas veces, y me he dicho qué habría ocurrido, si, cansado de aquellas relaciones, hubiese sido yo quien las hubiese roto. Su amor á lo bello no era puramente estético y contemplativo. Al admirarlo, se desarrollaba en ella un sentimiento de envidia, una necesidad invencible de posesión, y se convertiría en enemiga mortal del hombre que, habiendo sido elegido por ella, la desdefiase. Se ha contentado con abrumarme con su indiferencia, porque mi fealdad extinguió su entusiasmo. Si este hubiese subsistido un día ú otro, atraigo sobre mí, con toda seguridad, su odio, y sin duda su venganza.

Estos son, señor, los informes materiales y morales que os pueden servir para encontrar á la que busco. Os he referido hasta ahora mis

observaciones, no sus confidencias: ni aun en los momentos de sus mayores expansiones de cariño se ha olvidado de sí, hasta el punto de abrirme su corazón.

Permitidme que concluya con algunos datos que se refieren á mí solo. Cuando, después de mi convalecencia quise entrar de nuevo en la importante casa donde antes me tenían en tanta estima, me hicieron comprender que no podía ya ocupar aquel sitio. Mis principales, teniendo también sin duda el sentimiento de lo bello, tenían que las parroquianas se asustasen y se alejasen del establecimiento de sederías donde estaba yo antes. Es triste decirlo: pero en nuestros días, hasta en el comercio se tiene en cuenta la belleza del rostro y la buena presencia de la persona, y el dependiente de un almacén de novedades no tiene el derecho de pasar de ciertos límites de fealdad. Se miden sus cualidades corporales como si se tratase de una tela. Este es un chico guapo, pues puede encargarse de los cachemires, adonde acude la clientela rica que aprecia mucho la belleza de las formas. Aquel es algo feo, pero no lo es mucho; que se encargue de los algodones y de las lanas que sirven para las clases ínfimas, y no ocupándose más que de comprar barato, apenas le han de mirar.

Pero tú, que eres horroroso, muérete de hambre, es el único recurso que te queda.

En verdad, señor, si se sigue por ese camino, será justo dedicar menos dinero á la mejora de la raza caballar, y abrir concursos para premiar el embellecimiento de la raza humana.

No obtuve mejor resultado en otras casas donde me presenté, y cansado de luchar, humillado, descorazonado, tan cansado de la humanidad como ella parecía estarlo de mí, me decidí á trabajar en mi casa para no ofender las miradas de mis semejantes.

Gracias á mi letra, que es bastante buena, me encargó muchos trabajos un copista de teatros y gané así mi vida y la de mi hija. Su madre, que creyó proceder con delicadeza, haciéndome por algún tiempo cortas visitas, con toda reserva, se enteró de mi nuevo oficio y me dió á copiar un voluminoso manuscrito, debido á la pluma de una literata amiga suya, según decía. Hice muchas copias que me pagó con generosidad y me sacaron de apuros algún tiempo. Pero llegó el verano, el trabajo de copiar escasea bastante en esa estación. Sucedióle un invierno terrible; apuré mis últimas economías y me vi obligado á vender en aquella época todo cuanto tenía. Entonces

se presentó la verdadera miseria, implacable, horrorosa, invencible. «Trabajad, os dicen, trabajad.» ¿Dónde encontrar obra? ¿Cómo salir en busca de ella, cuando no tenéis vestidos que poneros, los zapatos que os quedan tienen rotas las suelas y se os salen de los pies? Si os acercáis así al escaparate de una tienda, si os determináis á abrir la puerta vidriera, antes de que habléis os toman por un mendigo y os arrojan de allí. Y el hijo que dejáis en casa, que tiene calentura, que os espera, ¿podéis dejarle abandonado? No sabéis qué hacer, y llega una hora en que, por primera vez en vuestra vida, cometéis una mala acción...

Jorge no le dejó continuar y le tendió la mano.

.....

.....

Eran las dos de la mañana cuando Jorge salió de casa de Richard. En la calle de Rambuteau encontró un coche desocupado y le tomó haciéndose conducir á la calle de Amsterdam.

No tuvo necesidad de llamar en casa de Marcela; oyeron pararse un coche y se lanzaron al momento al descansillo de la escalera. Gracias á las precauciones tomadas por Jorge antes de marchar, para disipar las ilusio-

nes de Marcela y de Didier, el golpe fué menos rudo. No se arrepentía de haber ido á la calle de Braque, y se apresuró á comunicar á sus amigos ciertas sospechas que habían pasado por su imaginación mientras Richard hacía la narración de su vida, y ahora se habían hecho más claras y más precisas.

Tratóse de estar en disposición de ir al día siguiente á ver al prefecto de policía para darle cuenta de la impresión que les causase la lectura del manuscrito.

Didier y Marcela habían recorrido ya las primeras páginas, é hicieron notar á Jorge la especie de prefacio que en forma de carta iba unido á aquellas curiosas memorias.

Copiado al pie de la letra, dice así:

*«A la Señora de R... en su posesión de...
cerca de Paris.*

»Señora:

»No sería completa mi venganza si no llegaseis á conocer la mano que os ha herido. Para daros datos sobre ese particular, me he tomado el trabajo de escribir la historia de mi vida, á la que estáis tan íntimamente ligada. He mandado sacar muchas copias de ese manuscrito, y os ruego que aceptéis el que os re-

mito. Los demás los destino á la señora X... y Z... que, como vos, han tenido graves disgustos por mi causa, y á quienes quiero mortificar por coquetería. Leyéndole, pasaréis unas horas más con el autor de vuestros males y de todas vuestras desgracias.

»Recibid, señora, la seguridad de mi mas profundo respeto.

»La que en vuestras reuniones tenía por mote

LA REPULSIVA.

El episodio que sigue lleva por título *Las banistas de Trouville*.

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ

JACOMETREZO, 72, MADRID

- Dozy.**—Historia de los musulmanes españoles, traducido por Castro, 4 tomos, 16 pesetas.
—Investigaciones acerca de la historia y literatura de España durante la Edad Media, 2 tomos, 9.
—Rodrigo el Campeador, estudio histórico, 7,50.
- Escandon.**—Historia monumental del heroico Rey Pelayo, 5 pesetas.
- Espanoles de ogaño.**—Colección de cuadros dibujados á pluma, por 51 literatos, 2 tomos, 5 pesetas.
- Espanolas pintadas por los españoles.**—Colección de 70 tipos, 2 tomos, 8 pesetas.
- Fawcett.**—El libre-cambio y la protección, 2,50 pesetas.
- Escudero.**—Ensayo sobre economía política, con un prólogo de Azcárate, 2 tomos, 9 pesetas.
- Fray Gerundio.**—Viajes por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin, 2 tomos con láminas y grabados, 20 pesetas.
- Fors.**—Miscelánea americana: escritos sobre política, administración, filosofía, artes, literatura y costumbres, etc., publicados en la América meridional, 2,50 pesetas.
- Lista y Aragón (D. Alberto).**—Ensayos literarios y críticos, 6 pesetas.
—La Sal de María Santísima; Musa epigramática y cancionero festivo popular de autores antiguos y contemporáneos, y los más intencionados y alegres cantares del pueblo, 2 pesetas.
- Moratin.**—Obras, 2 tomos holandesa, 5 pesetas.
- Pereda (D. José María).**—Tipos y paisajes, 3 pesetas.
—Tipos trashumantes, 2.
—Esbozos y rasguños, 4.
—El sabor de la Tierrauca, tela, 3.
—Bocetos al temple, 3.
—Los hombres de pro.
- Quevedo.**—El libro verde, poesías satíricas y discursos festivos, 2,50 pesetas.
—Marco Bruto, 1.
- Quintana.**—Obras poéticas, 1 peseta.

mito. Los demás los destino á la señora X... y Z... que, como vos, han tenido graves disgustos por mi causa, y á quienes quiero mortificar por coquetería. Leyéndole, pasaréis unas horas más con el autor de vuestros males y de todas vuestras desgracias.

»Recibid, señora, la seguridad de mi mas profundo respeto.

»La que en vuestras reuniones tenía por mote

LA REPULSIVA.

El episodio que sigue lleva por título *Las banistas de Trouville*.

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ

JACOMETREZO, 72, MADRID

- Dozy.**—Historia de los musulmanes españoles, traducido por Castro, 4 tomos, 16 pesetas.
—Investigaciones acerca de la historia y literatura de España durante la Edad Media, 2 tomos, 9.
—Rodrigo el Campeador, estudio histórico, 7,50.
- Escandon.**—Historia monumental del heroico Rey Pelayo, 5 pesetas.
- Espanoles de ogaño.**—Colección de cuadros dibujados á pluma, por 51 literatos, 2 tomos, 5 pesetas.
- Espanolas pintadas por los españoles.**—Colección de 70 tipos, 2 tomos, 8 pesetas.
- Fawcett.**—El libre-cambio y la protección, 2,50 pesetas.
- Escudero.**—Ensayo sobre economía política, con un prólogo de Azcárate, 2 tomos, 9 pesetas.
- Fray Gerundio.**—Viajes por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin, 2 tomos con láminas y grabados, 20 pesetas.
- Fors.**—Miscelánea americana: escritos sobre política, administración, filosofía, artes, literatura y costumbres, etc., publicados en la América meridional, 2,50 pesetas.
- Lista y Aragón (D. Alberto).**—Ensayos literarios y críticos, 6 pesetas.
—La Sal de María Santísima; Musa epigramática y cancionero festivo popular de autores antiguos y contemporáneos, y los más intencionados y alegres cantares del pueblo, 2 pesetas.
- Moratin.**—Obras, 2 tomos holandesa, 5 pesetas.
- Pereda (D. José María).**—Tipos y paisajes, 3 pesetas.
—Tipos trashumantes, 2.
—Esbozos y rasguños, 4.
—El sabor de la Tierrauca, tela, 3.
—Bocetos al temple, 3.
—Los hombres de pro.
- Quevedo.**—El libro verde, poesías satíricas y discursos festivos, 2,50 pesetas.
—Marco Bruto, 1.
- Quintana.**—Obras poéticas, 1 peseta.

Quinet.—El Cristianismo y la revolución francesa, 3 pesetas.

—El genio de las religiones, 4.

—La creación, 2 tomos, 7.

—La revolución precedida de la crítica de la misma, 2 tomos, 7.

Ribó (D. José Joaquín).—Historia de los voluntarios cubanos; hechos más notables; apuntes biográficos de sus principales jefes, 2 tomos folio, con 84 retratos, 75 pesetas.

Ribot.—Psicología alemana contemporánea, 3,50 pesetas.

Robert (D. Roberto).—Los cachivaches de antaño, 3 pesetas.

—Los tiempos de Mari-castaña, 4.

—La espumadera de los siglos, 4.

—Las españolas pintadas por los españoles, bajo la dirección de Robert, 2 tomos con láminas, 8.

Roda (D. Arcadio).—Los oradores griegos: lecciones explicadas en el Ateneo, 1872 y 73, 2,50 pesetas.

—Los oradores romanos: lecciones explicadas en el Ateneo, 1873 y 74, 2,50 pesetas.

—Breves noticias sobre la vida literaria y política de Cánovas del Castillo, 1.

—Ensayos sobre la opinión pública, 3.

Roder.—Doctrinas fundamentales reinantes sobre el delito y la pena en sus interiores contradicciones, tercera edición, 3 pesetas.

Rodríguez (D. Eduardo).—Manual de física general y aplicada á la industria y á la agricultura, obra premiada en concurso público á propuesta de la Academia de Ciencias, 1 tomo en 4.º, con 661 grabados y una lámina cromo-litográfica, 11 pesetas.

—Instrucción sobre para-rayos, 2.

—Estudio de los objetos que en la Exposición de Londres del año 1862 tenían relación con las ciencias físicas, 2.

Las obras que no citan tomo es un solo volumen.

Los precios marcados son por pesetas y para Madrid.

Esta Casa sirve cuantos pedidos de libros se la hagan, aun cuando éstos no estén anunciados en su *Catálogo*, siempre que el pedido venga acompañado de su importe.

OBRAS DE ALEJANDRO DUMAS

Los tres Mosqueteros; un tomo, 4.º, con grabados, 4 pesetas.

Veinte años después (segunda parte de Los tres Mosqueteros); un tomo, 4.º, con grabados, 4 pesetas.

Vizconde de Bragelonne (tercera parte de Los tres Mosqueteros); dos tomos, 4.º, con grabados, 8 pesetas.

Memorias de un médico; un tomo, 4.º, 4 pesetas.

Collar de la Reina (segunda parte de Memorias de un médico); un tomo, 4.º, 5 pesetas.

Angel Pitou (tercera parte de Memorias de un médico); un tomo 4.º, 3,50 pesetas.

Condesa de Charni (cuarta parte de Memorias de un médico); dos tomos, 4.º, 8 pesetas.

Ascanio; dos tomos, 8.º mayor, 3,50 pesetas

Caballero de Armental; un tomo, 4.º, 3 pesetas.

Capitan Pablo; un tomo, 8.º mayor, 2,50 pesetas.

Dama de Monsereau; un tomo, 4.º, 4 pesetas.

Dos Dianas; un tomo, 4.º, 4 pesetas.

Los Cuarenta y cinco; un tomo, 4.º, 3,50 pesetas.

Los mil y un fantasmas; un tomo, 4.º, 3 pesetas.

Luis XV, ó la Regencia; un tomo, 4.º, 3,50 pesetas.

Reina Margarita; un tomo, 4.º, 3 pesetas.

BIBLIOTECA DE AUTORES ESCOGIDOS

Á PESETA TOMO EN MADRID, Y A 1,50 PROVINCIAS

Quevedo.—Marco Bruto; un tomo.

Souvestre.—Un filósofo en una buhardilla; un tomo.

Quintana.—Obras poéticas; un tomo.

Ossian.—Poemas gaélicos; dos tomos.

Jovellanos.—Oraciones y discursos; un tomo.

Victor Hugo.—Discursos; dos tomos.

Sacramento y Concubinato, novela original de costumbres contemporáneas, por D. Manuel Polo y Peirrolón, con un prólogo de D. Antonio de Trueba, 1884, 8.º, 2,50 y 3 pesetas.

Un amor del infierno, novela original de Arturo Perera, 2 pesetas.

Las tres Marías: por Massón, dos tomos, 2,50 pesetas.

Pablo y Virginia, por Saint-Pierre, una peseta.

Reyes en el desierto (Los). Novela parisiense: por Daudet: traducida por Joaquín Portuondo, en Madrid 3,50 pesetas, 4 en provincias.

Cuentos españoles, seguidos de un estudio sobre los trajes, armas, mobiliario, instrumentos, medios de conducción, fama, costumbre y estado social del siglo VII: por Jiménez y Hurtado, 1881, 2,50 pesetas.

Cuentos brolaticos, por Balzac: traducidos por Ronda, y prólogo de Clarín: 2 pesetas

Matrimonio (Manual del) obra utilísima á los contrayentes y á los Párrocos. Tratado completo de la legislación vigente acerca del matrimonio canónico y del civil, con indicación de los procedimientos matrimoniales y de los especiales para el divorcio, ilustrado con los correspondientes formularios, por D. Ignacio R. Jaumandreu Puig, Catedrático electo (por oposición) de la Universidad de la Habana, Doctor en Derecho civil y canónico y Administrativo, etc., 1884, 1,50 pesetas en Madrid, 1,75 en provincias.

Martin el Expósito: por Sué, tres tomos, 5 pesetas.

OBRAS DE D. GUMERSINDO DE AZCÁRATE

Ensayo sobre la Historia del derecho de propiedad y su estado actual en Europa; 3 tomos 4.º, tela, 21 y 23 pesetas.

Ensayo de una introducción á la legislación comparada, y programa de esta asignatura; un tomo 4.º, 2,50 y 3 pesetas.

Estudios económicos y sociales; un tomo 8.º, 2,50 y 3 pesetas.

Resumen de un debate sobre el problema social; un tomo 8.º, 3 y 3,50 pesetas.

El Self-government y la monarquía doctrinaria; un tomo 8.º, 3,50 y 4 pesetas.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





REC

—Ese es para vuestra hija, se le doy yo y la traerá la felicidad.

XXX

Jorge, para sustraerse al reconocimiento de Richard, salió inmediatamente del cuarto donde la niña descansaba, atravesó la otra pieza y se dirigió á la puerta con intención de retirarse.

El joven, impresionado en el primer momento, pero conmovido hasta el punto de derramar lágrimas, no encontró palabras para detenerle. Sin embargo, cuando vió á Jorge á punto de marcharse, consiguió sobreponerse á su emoción y se unió á él en el momento de abrir la puerta.

—Caballero—le dijo con voz temblorosa,—por favor, esperad un poco.

Jorge se detuvo.

—No os detengo para daros las gracias. Temería expresar de un modo imperfecto lo que experimento, lo que vuestra acción magnánima me inspira. Además... os he comprendido, habéis dado ese dinero á mi Juana, no á mí...

Yo no merezco vuestras simpatías... habéis sido generoso sólo con mi hija... la habéis arrancado á la muerte, porque esa suma, os lo juro, se empleará entera en devolverla la salud... algún día os lo agradecerá... si es detengo ahora, es para pedir os un favor. Sí, á vos... porque ¿á quién puedo yo pedirselo? Todas las personas que me debían agradecimiento y para quienes he sido bueno y cariñoso, me han abandonado, se han negado á socorrerme en mi miseria... vos, á quien hace un momento no más que conozco, vos á quien he hecho tanto mal, tened compasión de mí... os lo ruego... y no tengáis recelo alguno. Es á mi Juana á quien prestaréis el servicio que os voy á pedir

—Hablad—dijo Jorge.

—Se trata de que me ayudéis á encontrar á su madre. Pertenece á una clase de la sociedad donde yo no voy, donde no puedo ir. No podría encontrarla nunca... no debo ni aun contar con verla en los paseos, en los sitios públicos. Apenas si salgo de aquí, viéndome obligado á estar siempre junto á mi enferma; me llama á cada momento, no tiene á nadie más que á mí para cuidar de ella... y vos, señor, podéis encontraros con la persona que os diré. Acaso la conozcáis. Tengo necesidad de saber su verdadero nombre, que siempre me ha